El Hogar

ILUSTRACION SEMANAL ARGENTINA



"LECCIÓN DE BAILE", por E. DALBONO

Del Salón Costa.

EMPRESA HAYNES
CASA EDITORA
393, CALLE MAIPÚ, 393
UNIÓN TELEFÓNICA 1472, AVENIDA

El Hogar

ILUSTRACIÓN SEMANAL ARGENTINA
(FUNDADA EN 1904)
APARECE TODOS LOS VIERNES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN LA CAPITAL		EN EL INTERIOR		EN EL EXTERIOR	
Año	$ 9.— m|n.	Año	$ 11.— m|n.	Año	$ oro 8.—
Semestre	„ 5.— „	Semestre	„ 6.— „	Semestre	„ „ 4.—
Trimestre	„ 2.50 „	Trimestre	„ 3.— „	Trimestre	„ „ 2.—
Núm. suelto	„ 0.20 „	Núm. suelto	„ 0.25 „		
„ atrasado	„ 0.40 „	„ atrasado	„ 0.50 „		

El importe de las subscripciones puede ser remitido a esta administración en giros postales, cheques, órdenes contra casas de comercio establecidas en ésta o estampillas de correo, bajo sobre certificado

ANUNCIOS EN EL EXTERIOR. — Se aceptan anuncios de cualquier Agencia o Casa de publicidad de buena reputación. — No se acuerdan representaciones exclusivas. La Administración atiende todo pedido de ejemplares y tarifas.

AGENTES PARA LA VENTA EN EL EXTERIOR:

Para evitar interrupciones en la recepción, conviene remitir la renovación de las subscripciones sin demora.

CHILE, BOLIVIA: Alfredo Sánchez A., Santa Mónica 2169 y Portal Edwards 2752. — Casilla 3536

URUGUAY.—Angel Adami, 18 de Julio 873, Montevideo.
PARAGUAY.—R. D. Recalde, Av. Colón 185, Asunción.

Año XV — Buenos Aires, 10 de Mayo de 1918 — Número 449

De la vida nacional

Teatro para los niños

por Vicente D. Sierra

Entre nosotros—y es en general achaque de todo pueblo de origen latino, más o menos puro—no se sabe amar a los niños. Carecemos de un arte, de una literatura propiamente dedicada a ellos, y es así, que leen nuestros libros, concurren a nuestros teatros, frecuentan nuestras diversiones. Y vanse formando sus personitas morales a salto de mata, teniendo como única distracción, ese arte de los "grandes" donde falta el entusiasmo y la fe que ellos necesitan; y donde, en cambio, hay mucha amargura, mucha agria verdad disfrazada, mucho desconsuelo de gente hastiada de vivir, y en cuyos pechos no hay fe, porque no hay valor para sostenerla ni entusiasmo para proclamarla. ¡Y cuándo se piensa en esa admirable literatura infantil de los anglosajones!... (Dichoso tú, simpático "Baby", que no sabes tanto como mal saben nuestros niños—por lo general monstruosos engendros de hombres en cuerpos infantiles. ¡Y qué hombres! —pero que tienes en cambio quien trabaja para tu entusiasmo, para tu deleite, para formar tu fe). Cuando pensamos en esa literatura infantil comprendemos la fortaleza de esos pueblos; porque un pueblo es fuerte cuando ama el porvenir, y un pueblo ama el porvenir cuando se preocupa de saber querer a sus niños. Como dijera el poeta de Woohollen: "Los niños son los padres de los hombres".



La terca nostalgia

por Ricardo BUCCICARDI

Perdón, Señor, no puedo con mi pena,
es algo superior a mis esfuerzos;
¡quién pudiera sumirse en el olvido
y sumergir en él el pensamiento!...

No es la amargura insana del asceta
ni un dolor material lo que yo tengo:
es algo más intenso, más terrible,
el fantasma latente del recuerdo...

Esa nostalgia que recorre y vuela
por sobre las cenizas de lo muerto
y acuciando, fulgura en lo pasado,
tal las alas fatídicas de un cuervo,

frufrutuando cegado en lo apacible,
lo apacible y beato de un ensueño
que en silencio, pugnado, feneciera,
y resurge al compás del aleteo...

Oh, Señor, esta pena, esta agonía
de mis suaves y líricos deseos,
esta llaga de amor desventurado
que recuerda y fustiga sin recelo;

es la angustia moral de sus caricias
que han quedado grabadas en mis nervios...
¡Es algo muy terrible, tan terrible,
que es superior a todos mis esfuerzos!

Dib. de Friedrich.

Pero, ¡entre nosotros! Desde los asilos repletos de buenas intenciones y de mal entendida cristiana caridad, dentro de los cuales los niños viven sumidos en la dura caparazón de un sistema casi militar, hasta los otros, los felices poseedores de un hogar, que pervierten su sentido moral en el cinematógrafo o en el teatro de los "grandes". ¡Cuánta tarea por realizar!

Porque, sea dicho: el cine depaupera las mentes infantiles. No me han preocupado nunca las llamadas "películas policiales" —felizmente casi desaparecidas—sino por su falta absoluta de todo valor artístico (y lo artístico es imprescindible en toda buena educación moral). El peligro del cinematógrafo ha sido y es otro: el sensualismo. El teatro, a su vez, junto a ello, agrega la amargura, disfrazada por la ironía; esas nuestras ironías de hombres incapaces de decir a "cara descubierta" verdades amargas.

Es claro que hablo del gran teatro, dado que, de lo contrario, tenemos: o la comedia de mal gusto, o la que sin serlo basa su jocosidad en un ridículo, que por ser poco humano es risible. ¡Y cómo ha de educar niños teatro que pervierte a hombres!

Conozco un ensayo de teatro infantil que, entre nosotros, se realiza con buen éxito. Me refiero al que, domingo tras domingo, reune a una porción de niños en alguna de nuestras plazas. Sus organizadores merecen más que nuestra consideración y nuestro aplauso, nuestra ayuda. Pero, no es eso todo lo que se necesita. Cuando se escribe para los niños solemos poner tal desconocimiento de sus psicologías, que nuestra obra resulta ineficaz. Así, el ensayo de teatro que entre nosotros se realiza, salvo los interesantes números de música con que se matiza cada reunión, padecen ese defecto: es para niños... demasiado niños. ¡Aparte de que son niños los que en él trabajan!

Es otra la obra que hay que realizar. Teatro para niños, sí, pero no un teatro rebosante de nuestra puerilidad—que no es la ingenuidad de ellos—ni obras de esas que terminan con una muletilla moral que nadie entiende y que nada enseña. Teatro de entusiasmo y de fe; teatro cuya moral no se diga, sino que se vea, que se palpe. Teatro en el cual los hombres buenos lo sean porque sí, porque lo son, sin esperar recompensas; sino porque es más bello, más grande y más difícil que ser malo. Teatro que sirva también para los "grandes". (Es un error creer que las cosas de los niños no sirven más que para ellos. En la literatura existe el ejemplo del "Robinson", la narración de De Foe, la cual, con deleite es leída por los niños o por los hombres).

Sé que en varias ocasiones se han abierto concursos de obras teatrales infantiles. Entiendo que se han efectuado algunos trabajos para que sea un hecho, pero... todo está por hacerse. ¿No hay una institución, una persona que recoja la idea y la lleve a la práctica? Bueno está que todos nuestros niños aprendan a leer y a escribir; bien que adquieran una capacidad técnica, o que aprendan otras muchas cosas; pero, a veces, se piensa si esos niños mendicantes, vagabundos, no agradecen más una sonrisa a tiempo que un pedazo de pan. La mejor educación de la infancia no consiste en darle muchos conocimientos de cosas. No es un gran país el formado por médicos o abogados; es un gran país el formado por ciudadanos, en el amplio sentido de la palabra.

Cuando se piensa que la revista más leída por nuestros niños está repleta de misteriosas historias de carácter policial; que las diversiones favoritas de nuestro egoísmo les brinda, y a las que más concurren, son el cinematógrafo—en el cual para haber drama hay siempre lucha de pasiones—y el teatro, el cual cuando no es antiartístico suele ser perverso, vemos bien de cómo niños tristes o niños-hombres han de ser los nuestros.

Y no es por falta de amor. No es por falta de cariño. Es por incapacidad. ¿Existen excepciones? Bien, existen. Pero, como dijera Benavente, "los ejemplos hay que buscarlos en singular y las razones en plural". Hay pa-

(*Continúa en la siguiente página.*)

"Teatro para los niños".—Final

dres que sólo se preocupan de la salud de sus hijos; de que estén "gordos". "Rebosan salud", nos dicen a cada paso. "Hace tanto o cuánto tiempo que no están enfermos", los oímos decir diariamente. ¡Bah! ¿Es acaso la salud física lo único? El "mens sana"... de los antiguos, suele ser una pobre verdad. Cuerpo sano, en sana cabeza, quizás sea más cierto. Porque, ¡qué importa la pureza de la sangre cuando ella ha de bañar un cerebro enfermo! La conducta en la vida no será dada por su salud, sino por su educación. ¡Bienvenida la preocupación por la vida, puramente física, de los niños! La estadística nos dice que aun hay mucho que hacer en ese sentido. ¡Se mueren tantos niños!, pero... ¡Hay tantos niños detenidos por delincuentes!

Una perversidad precoz es el resultado de nuestra carencia, casi absoluta, de verdaderas diversiones para la infancia. Y si toda precocidad es en ellos dolorosa (¡oh, las pobres almas tristes de los niños precoces!), cuánto más no ha de serlo esta precocidad de los sentidos.

Una literatura infantil, propiamente infantil, no es obra de un día. Son muchas las voluntades que para ello se necesita... y los intereses. Pero esta obra de un teatro para ellos, no. Bastaría para que fuera una realidad, unas cuantas personas dispuestas y un empresario inteligente; inteligente digo, porque haría negocio. Y no es esto cosa de olvidar. El mal comerciante es despreciable; el bueno, nunca. Y cosas como ésta, que tienden a un fin práctico, con tal criterio hay que resolverlas. Bueno, excelente negocio sería, y a la vez obra de verdadero patriotismo. ¡Y qué mejor que poder dar a nuestras ganancias materiales cierto aspecto ideal!

Voluntades sanas se necesitan. Voluntades que comprendan toda la belleza y la bondad de la obra, que cuando ella esté en marcha—¡Dios lo quiera!—habremos de ver, sorprendidos, que no serán sólo los niños los que sostengan y alienten la empresa, sino también muchos "grandes"; muchos, cuya hombría consiste en saber ser, como los niños, buenos, pero que, como ellos, necesitan de un entusiasmo y de una fe que los hombres niegan.

¿Qué voz tiene mayor alcance?—

Sucede frecuentemente que un orador titubea cuando debe hacer uso de la palabra en una sala cuyas cualidades o defectos acústicos ignora, preguntándose entonces ansiosamente qué grado de intensidad debe dar a la voz para hacerse oir de todos los espectadores.

El problema es, en efecto, bastante complejo, interviniendo en él tres factores: la sala, el auditorio y el orador.

Sabido está que la acústica de una sala es buena cuando no hay eco, y cuando el sonido de resonancia tiene duración suficiente para reforzar el sonido que lo engendró, sin mezclarse por esto, con el sonido que subsigue. Y también sabemos que el oído humano no es igualmente sensible a todas las sonoridades. Queda por averiguar la influencia del orador.

Dícese generalmente que unas voces alcanzan más que otras; aserto cuya verdad ha tratado de comprobar el doctor Marage, de París, averiguando de un modo experimental qué energía deben imprimir a sus voces para hacerse oir, los oradores que posean los timbres de bajo, barítono o tenor.

A dicho objeto, empleó Marage un orador artificial, esto es, la sirena de vocales. Con ayuda del aparato de referencia, ha podido el experimentador medir fácilmente el volumen de aire emitido por los pulmones, así como la presión. El producto de estos dos números ha dado a Mr. Marage la energía del sonido.

Las experiencias de que nos ocupamos fueron llevadas a cabo en la inmensa sala del Trocadero, en la capilla de la Sorbona, en el anfiteatro Richelieu y en una cátedra de la Academia de Medicina. De esas pruebas resulta que las voces de bajo tienen una gran desventaja, puesto que necesitan gastar energías de 7 a 18 veces mayores que las voces de tenor. Hay algunos locales en que una voz de bajo tiene que gastar para hacerse oir una fuerza 9 veces mayor que en otros recintos, dependiendo ello de la forma de la sala. Las voces de barítono son las que mejor se oyen en toda clase de locales, cualesquiera que sean las dimensiones de éstos, y las que menos energía de emisión exigen, produciendo mayor efecto sobre el oyente.

Para purificar los pozos.—

El agua de manantial es siempre y en todo caso preferible a la de pozo, tratándose de beberla. Lo malo es que en algunos distritos rurales, no se dispone de otra agua potable que la extraída de pozo o algibe, y esto puede engendrar graves peligros para la salud, en el caso de que el líquido se impurifique ya por infiltraciones nocivas o porque caigan en él substancias u objetos corrompidos.

Si tal caso curre, lo mejor que puede hacerse es desinfectar el pozo con permanganato de potasa. En las instrucciones para el saneamiento de pozos aprobadas por el Consejo superior de higiene, de Francia, se recomienda el siguiente procedimiento:

Echese en el pozo sospechoso una cantidad de permanganato de potasa, en solución, suficiente para comunicar al líquido un pronunciado color rosa (500 gramos de permanganato por metro cúbico de agua), dejándolo reposar durante veinticuatro horas. Transcurrido este tiempo, se saca agua del pozo hasta que ésta suba clara.

Cuando no hay posibilidad de obtener permanganato, se emplea como desinfectante la cal, si bien se advierte que la fuerza bactericida de esta última es bastante menor que la de aquél. Usase preparando una lechada de cal en la proporción de 10 kilos de cal viva en 40 litros de agua. La lechada se arroja al pozo, y tres días después se extrae el agua con bomba o cubo hasta que suba cristalina.

Buceos peligrosos.—

La muerte del ahogado es mucho más rápida de lo que vulgarmente se cree. Dicen los médicos que la insensibilidad comienza al minuto de la sumersión, sobreviniendo la muerte a los dos minutos. Vese, en efecto, que aun los buzos más experimentados no pueden permanecer bajo el agua más de minuto y medio.

En Navarino, donde se practica la pesca de esponjas por buceadores excelentes, no se ha dado jamás el caso de que ninguno de ellos esté sin respirar más allá de los 100 segundos como máximum. Los buzos del Mar Rojo, también famosos por sus pulmones, permanecen bajo el agua de 75 a 80 segundos, y los pescadores de perlas de Ceilán, 60 segundos a lo sumo. El "record" del buceo lo llevó a cabo hace algún tiempo un buzo de Falmouth, quien habiendo descendido a la profundidad de 25 metros, tardó dos minutos en volver a la superficie. Al ser extraído del agua arrojaba sangre en abundancia por boca y narices, muriendo a los pocos momentos.

La insensibilidad en que cae el ahogado no supone siempre la muerte irremisible, pues hoy se conocen muchos medios de volver a la vida a los que por accidente o suicidio cayeron al agua. Sin embargo, los recursos más enérgicos, entre los cuales debe contarse la tracción rítmica de la lengua, son completamente inútiles si la sumersión ha excedido de cinco minutos.

Notas y comentarios de actualidad

La alternativa del centavo

¿Qué trastornos económicos han venido a promover la restauración de valores que hasta ahora se perdían en las márgenes de lo hipotético o lo indiferente? Ahí está, por ejemplo, el centavo, como unidad monetaria, desestimado, confundido hasta hace bien poco en el acervo de los valores mezquinos y ridículos, elevado hoy en virtud de influencias circunstanciales a la categoría de entidad ponderable, acreedora a todas las preocupaciones que mejor propicien el influjo de su positiva efectividad y mejor allanen los pretendidos impedimentos de su circulación.

En realidad, la pedante opulencia de nuestra economía, mantenía confinado en los límites de lo abstracto y nominal la valorización del centavo, considerándola una fracción menospreciable, razón por la cual la moneda de tal valor, en su vulgar y modesta acuñación de cobre, hallábase perdida en el plano de los cotizaciones misérrimas.

Los tiempos han cambiado. Las crecientes necesidades aquilatando los valores más mezquinos, empiezan a restaurar como un valor apreciable la proletaria moneda de cobre tan molesta para la chocante fanfarronería de nuestra tradicional opulencia burguesa. Y ahí está la misma iniciativa parlamentaria haciéndole mimos a la más modesta expresión del sistema monetario argentino, con el propósito de encariñarla con nuestros pródigos bolsillos.

Un señor legislador ha pensado, según parece, que un cuño más reducido de la moneda de uno y dos centavos, la haría más accesible para la circulación impuesta por las circunstancias, pretendiendo que en la desvalorización del centavo ha influído particularmente el tamaño desmedido de tal moneda.

Más exacto fuera pensar que el menosprecio de las monedas de cobre que se hizo habitual entre nosotros, es un efecto de aquella fiebre de grandezas que en días no lejanos nos indujo a cometer excesos y ridiculeces que hoy estamos pagando. Por lo demás, el penique, por ejemplo, las monedas de cinco y diez céntimos españolas, y otras extranjeras de valor equivalente y bien conocidas, tienen un tamaño igual a la nuestra de igual metal, sin que ello sea impedimento para su regular circulación ni a nadie se le haya ocurrido protestar de su tamaño.

Nuestra moneda de cobre será aceptada y manipulada de buen grado, mientras no la desvalorice la torpe fiebre de los valores ficticios.

En virtud de tales razones es que el "centavo", satisfecho hoy de que se le haya dado la alternativa y se ocupen de él con tanto interés, manteniéndose empero en la modestia de su figuración, cede gustosísimo el tema y vería con agrado que los señores legisladores se ocupasen de problemas e iniciativas de más "valor".

El ejemplo de Mahoma

No podríamos afirmar que nuestras autoridades competentes y algunas beneméritas instituciones particulares carecen de iniciativas tendentes a mejorar la salud pública. Mucho se habla y algo se hace en ese sentido. La estadística, sin embargo, acusa un promedio de fallecimientos en nuestra metrópoli que no es, por cierto, el menos elevado, comparado con el de otras capitales.

Buscando causas, no se necesita ser una autoridad científica para señalar algunas que son, sin duda alguna, origen de muchas enfermedades graves. En más de una ocasión hemos hablado del hacinamiento antihigiénico en que viven millares de personas en los conventillos que abundan en ciertos radios de la ciudad. Fácilmente se comprende que semejantes pocilgas deben ser campo propicio para el desarrollo de toda clase de gérmenes malsanos.

Otra de las causas que atentan contra la salud pública y contribuyen a aumentar las cifras que forman el promedio mencionado de la estadística, consiste en las innumerables personas, mujeres sobre todo, que se ven obligadas a trabajar en forma y condiciones verdaderamente inhumanas para ganarse el sustento diario. El trabajo a domicilio, en muchos casos, no es más que una indigna explotación de la miseria, con la cual especulan y lucran ciertos "respetables" comerciantes con alma de logreros.

Entre las prácticas religiosas de los musulmanes, la más simpática, quizá, es la del baño obligatorio. Mahoma, profeta clarovidente, comprendió que tal medida contribuiría eficazmente a conservar la salud de su pueblo, e hizo del baño cuestión esencialísima del culto mahometano.

De vivir entre nosotros, el profeta, pensando en la salud de su pueblo, hubiese tronado contra los propietarios de conventillos y los explotadores de los infelices obligados a pagar con sangre el precio del pan diario.

El ejemplo de Mahoma podría inspirar, quizá, a nuestras autoridades, a tomar alguna medida que redundara en beneficio del pueblo.

Al salir de la iglesia



"Audaces fortuna juvat"

La literatura del mal

Más de una vez hemos dicho desde estas columnas, y no está de más su repetición, que las crónicas policiales de nuestros grandes y pedagógicos colegas son de una inmoralidad manifiesta. Podemos añadir que son uno de los libros de texto de nuestra escuela de malas costumbres. Entre estas crónicas y ciertas películas hay para hacer una humanidad de foragidos. Ahora, con motivo de ciertos sucesos delictuosos en que los paraísos artificiales han sido evocados por diezmillonésima vez, nuestros plumíferos amigos, queriéndole "matar el punto" a Baudelaire, nos han dado a conocer todo un florilegio de literatura del mal. Las almas ingenuas que se asoman a la vida con ganas de beber en la fuente Castalia, han podido saciar su sed de curiosidad en el consabido abrevadero policiano. Quisiéramos presenciar los aprietos de algunos padres para satisfacer las preguntas sugeridas a sus jóvenes hijos por la lectura de las comentadas crónicas.

Como por lo visto no llevamos traza de suprimir esta literatura malsana, lo conveniente, en todo caso, sería que se suprimiera por las autoridades sus causas. ¡Pero, sí! Esas drogas nefandas que han dado motivo a los recientes delitos, tan literariamente registrados, a pesar de estar prohibida su venta, las adquiere quien quiera y en donde quiera, porque para eso somos el pueblo de "hecha la ley hecha la trampa". Los pujos éticos de nuestro intendente que no alcanzamos a comprender, ante la realidad de los hechos, tienen en nuestra ciudad campo sobrado donde ensayarse.

Suplicio de Tántalo

Nuestra tierra, ubérrima y pródiga, ha respondido siempre con generosidad al esfuerzo del hombre. Lo que antes era una perspectiva indefinida de llanuras inconmensurables, hoy se ha convertido, merced al brazo del hombre trabajador, en un panorama risueño, con sus trigales ondulantes, sus viñas, sus montes y alegres caseríos. Donde antes sólo había páramos estériles e insalubres, florecen ahora colonias; resuena el golpe de hacha en los obrajes misioneros y chaqueños; nos brindan sus tesoros las entrañas de nuestras sierras, e innumerable hacienda puebla las inmensas sabanas de nuestro territorio.

Largos años de sacrificios y de ímprobos trabajos realizaron la maravilla de esta Canaán americana; pero he aquí que llegado el momento oportuno—nunca lo fué tanto—de aprovechar la riqueza de nuestro suelo, para contrarrestar, en lo posible, los efectos de la crisis general, nos encontramos con que los productos de tierra adentro no pueden llegar a la capital por falta de medios de transporte.

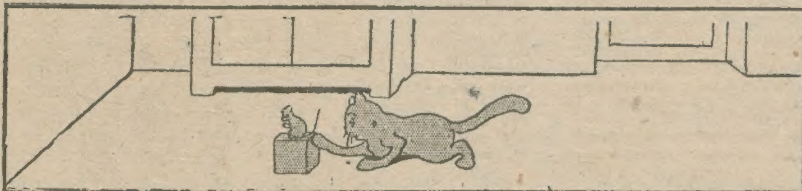
La desorganización en los servicios ferroviarios anula los esfuerzos del productor, con el consiguiente perjuicio para el comercio y el público consumidor. No conocemos las causas de estas deficiencias, pero es necesario hacer comprender a las empresas que están en el deber ineludible de normalizar esta situación. Tienen ellas un privilegio que les permite obtener pingües ganancias; cumplan, entonces, con su obligación y comprendan que no tienen derecho a condenar a un pueblo a vivir en la miseria en pleno país de la abundancia.

El gorro de dormir femenino.—

El vetusto cuanto feo adminículo ha vuelto a ponerse de moda entre las damas "fashionables" de Londres. Justifícase tan extravagante resurrección, al decir de las aludidas señoras, por lo excesivamente historiado de los actuales peinados, algunos de los cuales, y por efecto de su complicación, sólo pueden hacerse un par de veces por semana. Naturalmentte tamañas obras de paciencia peluqueril, exigen alguna protección nocturna. De ahí la necesidad del gorro de dormir.

Otra razón es el haber adoptado varias elegantes la costumbre de pelarse completamente (otra chifladura de cien años ha) para poder usar peinados de "transformación", ya a lo Cleo de Merode, ya a lo Madame Lamballe, ya a lo Friné; ora rubios los cabellos, mañana negros como la endrina. Esas elegantes, llegado el momento de acostarse, que es el de despojarse de la peluca, necesitan precauciones contra los constipados de cabeza, y por tanto, recurren al antiestético gorro de dormir.

Hechos en que son actores perros, gatos y roedores



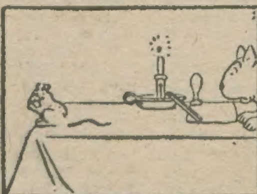
—Qué rollizo está y qué grueso;
debe comer mucho queso.



—¡Válgame san Zapirón!,
¿es el diablo o un bandoneón?



—Por lo que pueda ocurrir
lo mejor aquí es huir.



—Jamás tuve yo ninguna
ocasión más oportuna



para cazar fácilmente
una lauchita inocente.



—Con esta barra de lacre
voy a empezar la masacre.



—Alumbrados por la vela
procedamos con cautela.



—No grites, que no te pego.
Te pongo puntas de fuego.



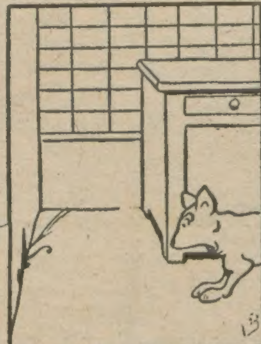
—¡Cómo! ¿mi mente delira
o es que la barra se estira?



—Tu habrás tenido un be-
[rrinche,
pero yo te hice de guinche



ahorrándote dar el salto
desde este lugar tan alto.



—Adiós, hasta otra ocasión.
Por hoy he hecho un pa-
[pelón.







Desde la platea



por OMICRÓN

"Los dientes del perro", de González Castillo y Alberto Weisbach, en el Buenos Aires.—

Un acontecimiento artístico, pero un acontecimiento de ley, como acaso no registran dos los anales del teatro nacional, lo constituye el estreno de esta pieza de los señores González Castillo y Alberto Weisbach. La crítica local, insensible, parcial e ignorante, como de ordinario; tan dada a fraguar acontecimientos artísticos de mentirijillas, en atención a amistades personales y no a los intereses universales del arte y de la verdad; esta crítica que parece tener por único oficio la perversión del buen gusto y la desorientación pública, ha callado esta vez; para no desmentir, seguramente, su tradicional abolengo. Sólo "La Prensa" con criterio que han de agradecer todos los que en el país luchan por el alzamiento de nuestro nivel intelectual, ha sabido hacer justicia. (1) En esta página hemos de hacerla también, lo mejor que podamos, y bien entendido que en ello no nos interesan para nada las personas que forzosamente han de resultar alabadas, del mismo modo que no nos importan otras cuando resultan afectadas por nuestras censuras. En uno y otro caso procuraremos hacer justicia, y a la vez ir señalando las malas cosas que se debe preterir y las bondades que se debe aceptar.

Se han inspirado los autores de "Los dientes del perro" en una hermosa leyenda cristiana: en una calle de Jerusalén había una vez un perro muerto; varios plebeyos, formando corro al animal, comentaban sus lacras: era sarnoso—decía uno; era feo—decía otro; tenía la rabia—agregaba un tercero; y así sucesivamente, hasta que un hombre flaco, togado de blanco, que se acercó a ellos, miró al perro odioso y dijo: "sin embargo, los dientes parecen perlas." Este hombre era Cristo; solamente él supo advertir algo hermoso en lo que para los demás era únicamente motivo de repulsión.



La leyenda, que no consta en las Sagradas Escrituras, es popular en Oriente, y Tolstoy la ha referido en una bellísima página literaria, muy conocida. Su relación con el argumento de la obra dramática que comentamos, es la siguiente: en uno de los "cabarets" de la ciudad, un joven encuentra un día una mujer del oficio, que, como todas las de su condición, se ve constantemente expuesta a las vejaciones de los que hacen de la inhumanidad un culto. Con ocasión de un incidente, el joven sale en defensa de la pobre mujer — entregada a esa vida por la fatalidad — y se la lleva a la tienda de modas de su padre, donde podrá trabajar como costurera y regenerarse. Pero el padre, que es uno de estos señores de moralidad exterior y anecdótica, se entera a poco de la procedencia de la costurera y la echa de casa, sin atender a los ruegos y razonamientos del hijo, ni a los de un hermano que, por pedido del sobrino, se la recomendó como huérfana y desamparada. Pero no se irá sola: el joven se irá con ella, porque él es el único que vió en un cuerpo sarnoso unos dientes como perlas; en una vida de perdición, un alma noble.

Naturalmente, el argumento no tiene nada de original; pero la originalidad en el teatro no consiste en inventar conflictos, como suelen creer nuestros autores. Shakespeare — para no discurrir más sobre un asunto ya resuelto — no tiene en todas sus obras ni un solo argumento inventado por él. Los conflictos psicológicos son siempre los mismos, y sólo adquieren variación de matices según las épocas, según los pueblos, según los hombres. En adueñarse de estos matices, según su época, según su pueblo, según los personajes que presenta, está la obra del dramaturgo. Y los señores González Castillo y Weisbach han sabido hacerlo magistralmente.

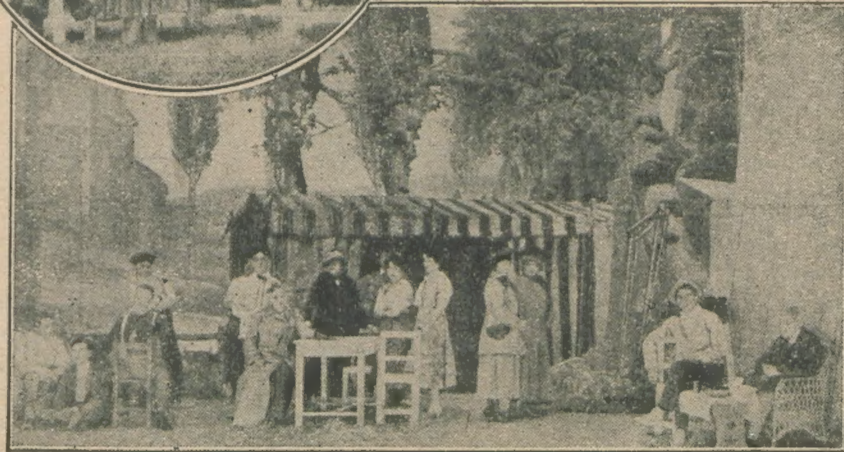
Empezamos por la verdad psicológica de los personajes de la obra. Allí no hay muñecos sin alma; cada uno tiene su alma, es una persona, un ser viviente, en realidad; el que odia, odia de veras; el que ama, siente la pasión; el que ríe, ríe con la entraña, y aunque ninguno de ellos hablara, por sus ademanes, por sus actitudes, por sus hechos conoceríamos de manera indudable sus afectos. En una palabra, son los verdaderos e irreemplazables agentes del proceso dramático; la cuestión en que se hallan envueltos, la provocan ellos, y no el dramaturgo. Exactamente como en todas las buenas obras de todos los teatros — de todo el arte, debiéramos decir — de todos los países.

Atendiendo luego al ambiente a que pertenecen estos personajes, no se puede dudar de que son seres de ese ambiente, son hombres y mujeres de aquí, de Buenos Aires, y dentro de Buenos Aires, del círculo de gente alegre y vaga en que aparecen. Hay allí una francesa: esa francesa es de nuestra ciudad; en Francia, no podría ser así. Hay un provinciano, un santiagueño: es un santiagueño de Buenos Aires; queremos decir, que está en Buenos Aires, y tal como se aparece no puede estar en otro lado. El sitio mismo en que se muestran estos seres: es, en el primer cuadro, un "cabaret". Los "cabarets", desde luego, no son producto nacional; pero aquí los hay y alguna característica especial han de tener, que los distinga de los "cabarets" del resto del mundo. Supongamos que no se diferencia en nada exterior un "cabaret" porteño de uno de París; bueno, pues ya esto es una particularidad: el haber llegado, en distinto ambiente, a ser idéntico al de París. De esta particularidad que lo caracteriza, se han adueñado absolutamente nuestros autores y la han comunicado de manera perfecta.

El lenguaje de los personajes, por otra parte, además de responder a la modalidad de expresión que les es propia en la vida, se ajusta estrictamente al diálogo dramático. Tanto, que en el segundo cuadro, cuando el tío — el Payo Martínez — cuenta a sus sobrinitos la leyenda cristiana, lo hace como lo haría cualquier Payo Martínez, en la misma situación, y no como la contaría, por medio de la escritura, un literato.

La técnica teatral de la obra, por lo demás, no presenta falla ninguna; no hay escenas forzadas, no hay situaciones absurdas, no hay paso de los personajes que no responda a alguna realidad.

Todos estos caracteres, que son, como se ve, los del arte verdadero, resaltan especialmente en el primer cuadro (la pieza es en un acto, dividido en dos cuadros), y no porque esté mejor realizado que el segundo, sino porque su índole se presta mejor. El cronista fué al teatro, como de costumbre, a pura expectativa y más bien pesimista, dada la experiencia que proporciona el teatro nacional. Le interesó, de entrada, un agradable estilo criollo compuesto a propósito por Roberto Firpo. Se sucedieron algunas escenas, buenas, pero sin cosa notable, y en seguida, alguien en el escenario pidió un tango y se inició la danza. Pero ¿qué era lo que de pronto impresionaba fuertemente al cronista, como mero espectador? Uno de los músicos de la orquesta situada en el foro, el que tocaba el acordeón o "mandoneón", como se llama, a la vez que sonaban las notas de la música, lanzaba fuertes carcajadas; otro, hacía sonar la bocina de un Ford; otro, una carraca; otro, hacía una alusión satírica a los bailarines, y otro, al compás del tango, como los demás, iba diciendo: "Cómo te va, — che, Rafael; — qué me contás — qué me batís." Palabras, gestos, gritos, sonidos discordantes, como de salvajes. ¿Qué había en ello que pudiera impresionar? Y la impresión, ¿era de desagrado o de qué naturaleza?



Dos escenas de la nueva comedia de Jacinto Benavente, "Los cachorros", estrenada con gran éxito en Madrid por la compañía de María Guerrero.

Lo que pasaba allí, era que nos encontrábamos ante un espectáculo artístico soberbio. Aquello era una escena típica, finamente observada. Las palabras sin sentido y los gritos y los ruidos de la orquesta, eran la fiel interpretación de lo que en lugares como aquél sucede; lugares donde un borracho dirige un insulto a un bailarín; un atrevido se ríe de una pareja; un "niño-bien" suena la bocina de su Ford; otro, grita sin tono ni concierto, respondiendo a una necesidad fisiológica, como los campesinos, al final de una canción, gritan "i-ju-ju". Y hasta el que esto lo hicieran precisamente los de la orquesta y no los mismos muchachos de la "camada", resultaba mejor, porque se dejaba ver que había habido observación, y que por ese medio se representaba la realidad.

De tal modo y con la misma fuerza, impresionan todas las escenas de la pieza, porque son verdaderas. "El arte — ha dicho un hombre de ciencia — es convertir lo consciente en inconsciente." La máxima debe ser muy exacta. En "Los dientes del perro" hay detalles tan hermosos, tan profundamente humanos, que no se puede menos que creerlos obra de la inconsciencia. El Payo Martínez, por ejemplo, después de haber tenido un serio altercado con su hermano, por la actitud de éste con María Ester — la costurera repudiada; — después, casi, de haberse ido a las manos y después de haberse marchado de casa la muchacha a quien defendía ardientemente, no vacila en sentarse a la mesa con su hermano. Y es que se trata de un hombre indulgente y de buen corazón, es cierto, pero con una bondad pasiva, más bien, incapaz de adoptar un gesto decisivo. No se hubiera sentado a la mesa en aquel momento, y no sería él el Payo Martínez, con su vida de "cabaret".

Decimos que este detalle — y no es el único — parece obra de la inconsciencia, porque, en verdad, de la actitud del Payo también pudiera darse esta explicación: se queda en escena para contar el cuento del perro, al final. Pero aunque esta haya sido la intención de los autores, no se rebaja su mérito. Por el contrario, habían preparado tan bien todo lo anterior, que el Payo tenía que quedarse allí para contar el cuento y para no desdecir su verdad psicológica. Después de todo, el artista obra así, por intuición, y sólo es capaz de intuición el que tiene talento.

Se advierte el mismo fenómeno en el final de la obra. El joven sale, corriendo, a buscar a María Ester. ¿La encontrará? ¿Se unirá a ella? Y ella, ¿accederá? No se sabe, ni podría afirmarse nada en ningún sentido, pues la pasión del joven es también indecisa: ¿Ama ciertamente a María Ester? ¿No es más bien un arresto romántico, de juventud? ¿Se casará con ella, aunque la quiera?

Haríamos un estudio demasiado extenso si continuáramos poniendo ejemplos de la bondad de la obra. Dentro del orden artístico a que pertenece por la calidad de los caracteres, las ideas y las pasiones en juego, es una obra maestra, una pequeña obra maestra; más importante aún por ser del teatro nacional. La casi totalidad de las obras que componen nuestro teatro, no la constituyen obras malas: son obras que no tienen nada que ver con el teatro. "Los dientes del perro", en cambio, es una obra de teatro indudablemente. Por ahí está el camino del arte.

Pero hay más todavía, y es que aquí parecen haberse reunido autores, actores, músicos y hasta escenógrafo para dar un espectáculo hermoso. La escena típica del baile, que hemos citado, no es propiamente de los autores que, a lo sumo, pueden haber intervenido en ella con una indicación. Tampoco de los señores González Castillo y Weisbach es la excelente presentación de la obra, cuidada de manera increíble — recuerde el lector el mantel recogido sobre la mesa — en sus más pequeños detalles. Ni la labor de los artistas. Parece cosa de magia, pero estos cómicos nacionales que tantas muestras de torpeza dan todos los días, se portan en la interpretación de esta obra correctísimamente. En realidad, no sabemos que pueda representarse mejor los papeles que se les ha encargado; principalmente, los papeles de María Ester, del Payo — sólo un poco de más senectud en la voz le falta al Payo, — del joven enamorado — no recordamos nombres de artistas, — de la francesa, del santiagueño, en fin, de todos, hasta de los comparsas del primer cuadro, que, sin decir nada, participan de la escena como deben. Y es que, además de haberlos estudiado bien, son papeles que encajan perfectamente en sus condiciones artísticas y personales.

Lo mismo puede decirse de la música de Roberto Firpo. Es música sencilla, naturalmente, pero característica y muy grata al oído; en particular, la de las canciones de María Ester, que, por lo demás, tienen una letra encantadora; parecen canciones populares, de esas que canta el pueblo, sin nombre de autor, nacidas no se sabe en qué época ni de dónde, como si fueran fruto natural de la tierra.

El público, aunque visiblemente desconcertado, acude numeroso al teatro Buenos Aires y prodiga a autores y artistas calurosos aplausos. Decimos desconcertado, y ello puede certificarse con ver que a lo mejor suelta la carcajada en situaciones que nada tienen de cómicas, como aquella en que el Payo advierte a su sobrino del peligro a que se expone con defender a María Ester, contra la "patota", o como la otra en que el padre, enojado, deshace de un puntapié los castillos de tarugos que levantan los niños. "Te van a fusilar", dice el Payo a su sobrino, en la primera, y el público ríe; "Basta de casillas", dice el padre en la segunda, al pegar el puntapié, y el público vuelve a reir; pero no ríe todo el público: unos ríen y otros chistan, y es un desconcierto que prueba que la obra es superior a la generalidad del público.

Otras obras han estrenado en la última semana las compañías nacionales: "Hebe", del doctor César Viale y "La propia casa", de un autor novel, entre ellas.

No vale la pena hablar de ninguna. Estas obras son las que, si el público se despabila, vendrá a suprimir de cuajo la de los señores González Castillo y Weisbach.

(1) Escritas ya estas líneas, y a los seis días del estreno, "La Nación" dedica a la obra un elogioso artículo, no muy comprensivo, sin embargo.

Las rubias, por C. OSSORIO y GALLARDO

Imparcialmente pensando y escribiendo, las rubias valen tanto, por lo menos, como las morenas; y hay aún quien, cometiendo con ello notoria grosería, piensa, con el Conde de Viermes, que cuando el amor fluctúa entre una morena como Juno y una rubia como Ceres, la primera es la que pierde el pleito, siendo así que cuando el amor fluctúa deja de serlo, para convertirse de deidad sublime en un ídolo de barro con peana quebradiza.

Lo mismo los ancianos de Troya que a su hermosa Elena no podían sin emocionarse contemplar por sus cabellos dorados como "las espigas del trigo maduro", que los contemporáneos de La Vallière, elevándola, sólo por ser rubia, al trono que con sus alabanzas el hombre levanta, amontonando elogios sobre elogios y requiebros sobre ternezas, o los modernísimos panegiristas de las rubias que a menudo también piensan de cualquiera de ellas, creyendo hacer su mejor y más cumplido elogio, lo que pensaba Campoamor de una de sus protagonistas, al decir de ella que era

Alta, rubia, delgada y muy graciosa,
Digna de ser morena y sevillana.

término de comparación codiciable y codiciado; todos en general, artistas y poetas, ociosos y novelistas, han demostrado siempre interés especialísimo en poner de moda a las mujeres

.......................de raso,
De nácar y jazmín y terciopelo.

Las griegas, tipos acabados de belleza femenil, pusieron marcado interés en ser todas rubias. Esto, que por un lado confirma la primitiva idea de la hermosura morena de aquéllas, robustece la opinión del que crea que "La bêtise humaine" es tan antigua como los caprichos del hombre y las debilidades de la mujer.

Gente que ignoro por qué conducto se encuentra enterada de las deliciosas interioridades del tocado griego, ha hecho saber que sus dueñas, perpetuadas en mármoles y bronces, se lavaban el cabello con lejía para decolorarle, se le frotaban luego con una pomada hecha de sebo de cabra, de ceniza de haya y flores amarillas, dejándosele luego flotante sobre sus hombros torneados, causando la desesperación de sus constantes enemigas las romanas.

Ovidio refiere, ¡vaya usted a saber la verdad del caso! que los fígaros de su tiempo hacían gran consumo de las cabelleras de las muertas alemanas, para satisfacer en parte los deseos que, por el pelo rubio ceniciento de las nacidas en el país de las brumas, los lagos misteriosos y los poetas y filósofos escépticos, sentían sus paisanas; sabidos por todos son los excesivos cuidados y a veces verdaderos suplicios que las venecianas se han impuesto para sacar adelante la raza del pelo rubio Ticiano, de tonos brillantes, y no menos el orgullo que las inglesas tienen por el rubio ceniciento, tornasolado, de reflejos de oro, de sus cabellos.

¿Quién que lo pretendiera saldría airoso en el difícil cometido de reseñar las tonalidades diversas que las rubias ostentan en sus cabezas?



¿Quién quedaría satisfecho de la lista que hiciera de rubias célebres?

Desde el "auburn" británico que tiende a hacer a todas las damas albinas, hasta el azafranado ardiente, existe una serie interminable de matices en las cabelleras rubias y desde Salomé, la hija de Herodías, que danzaba delante de Herodes y le pidió la cabeza de San Juan Bautista, hasta las que hoy contemplamos arrogantes, hermosas, por nuestros paseos y avenidas, muellemente recostadas en carruajes, el número de rubias notables por su posición, su belleza o sus talentos es infinito.



María de Médicis.



Lucrecia Borgia



Mme. de Sévigné.



Mme. Girardin

Lady Macbeth, María Tudor, Lucrecia Borgia, María de Médicis, Mme. de Longueville, Ana de Austria, madame de Sevigné, que ha legado el famoso peinado suyo de rizos a la posteridad; María Antonieta, cuya cabeza, salpicada de su propia sangre, semejaría en medio de las lobregueces de la muerte un campo de mieses doradas, esmaltado de amapolas; Mme. de Girardin y Mme. Lamballe, la infortunada emperatriz Eugenia, y cien millares más de rubias naturales y artificiales, como Catalina de Médicis, que se teñía del color del oro sus negras y abundantes trenzas, podrían citarse entre las rubias célebres, de querer eclipsar la gloria que tratando de tan peliagudos asuntos alcanzaron Armando Baschet y Feuillet de Conches.

Las rubias, que a los poetas han dado contingente maravilloso de inspiración, pueden estar poco agradecidas a quien, como Quevedo, en tan alto grado poseía aquella concesión sobrenatural.

De todas sus obras, sólo recuerdo un soneto que esté inspirado por una rubia, y que no me atrevo a copiar, aunque alguna llegue a figurarse que sólo dulzuras se han dicho de ellas.

El autor de tanta galantería en forma de retruécano, tanta sutileza en forma poética, tanto chisporroteo de ingenio como lanzaba a cada uno de sus pasos irregulares, debió, sin duda, personalizar en la rubia retratada en su soneto, uno de tantos desengaños como se nos presentan en el mundo, vestidos con ropaje encantador, deslumbrante, luminoso, con el aspecto, en fin, de una rubia, para disimular más y mejor su verdadera fisonomía horripilante y enfadosa.

Perdónese al creador del buscón Pablos tales desahogos, en gracia a la habilidad que tuvo para enmascarar su característica tristeza con antifaces risueños, y recordemos, a cambio del citado soneto, que en cierto lugar de la Mancha, de cuyo nombre no puedo acordarme por más que lo procuro, oí en cierta ocasión a uno de tantos Batilos como andan guardando vacas por esos campos de Dios, y desacreditando a Anacreonte y sus secuaces, el siguiente cantar, dirigido sin duda a una Lesbia del color de las uvas en otoño:

El cabello de las rubias
Dicen que tiene veneno;
Aunque tenga solimán,
Cabello de rubia quiero;

y en no recuerdo qué libro, ¡malhaya mi memoria! tropecé con los siguientes renglones sueltos:

En vain la brume a de l'esprit,
En vain le sel de la saillie
Se mêle a tout ce qu'elle dit;
De ces attraits je me défie
Qu'elle inspire la volupté
Par une grace sans seconde,
Je lui dis: "Belle en verité
Vous meritez bien d'être blonde";

y que hay quien dice que las rubias son dos veces mujeres, elogio poético, popular y erudito que no podrán echar en saco roto los panegiristas, que los hay, y con muy sobrados fundamentos, de las morenas, aunque no comience uno por citar aquello de "Moreno pintan a Cristo, etc.".

Pero el amor no entiende de colores, y ni le ofende la brillantez del oro, ni estorbarle puede lo negro: busca el color del alma si lo encuentra, se retira conforme llegó; que el alma pura, inmaculada, inocente, no consiente la menor sombra que la empañe; si la halla incólume, diáfana, cristalina, le importa poco que esté encerrada en un dorado estuche de ámbar o en las entrañas de una perla negra.



Las razas forzudas

El que se dirige hacia el Oriente a lo largo de la costa del Mediterráneo, no puede menos de asombrarse al llegar a Constantinopla y encontrarse por las calles los mozos de cuerda del país con cargas tan inverosímiles, que a su lado resultan ridículas las que transportan los nuestros.

Un hombre llevando él solo un piano a cuestas, es cosa vulgar y corriente en las calles de la capital de Turquía; allí no hay carros de mudanza, y cuando se cambia de domicilio, ya se sabe que cada mueble no necesita más que un hombre para llevarlo aunque se trate del más pesado aparador o del armario más enorme. Allí, las bombas de incendios las llevan a hombros seis u ocho jayanes, que corren al lugar del siniestro como si llevasen una pluma, y el agua la venden por la calle los aguadores en odres inmensos que apenas podrían sostener nuestros más robustos changadores.


Turco llevando él solo un piano.

Cuando más se avanza hacia oriente, mayores pruebas da el hombre de su capacidad para hacer el papel de bestia de carga. En Egipto, cuando se remonta el Nilo y se trata de subir una de las cataratas, la operación se lleva a efecto por los mismos tripulantes del barco o por algunos indígenas a quienes se les da una buena propina. Un par de docenas de hombres, atados al ''libán'', como llaman ellos a la cuerda de remolque, bastan para subir un barco de vela, y un centenar es suficiente cuando se trata de uno de los vapores de la casa Cook.

En China, en el Japón y en toda la Malasia, el hombre hace con frecuencia de animal de carga. La navegación de los grandes ríos asiáticos da de comer a toda una población ocupada solamente en el remolque de los juncos cuando van contra corriente. Hombres, mujeres y niños, inclinados hacia el suelo hasta el punto de parecer que andan en cuatro patas, tiran de las embarcaciones para hacerlas franquear los temibles rápidos y las corrientes violentas. El flojo, el perezoso, recibe algunos varazos; el que trabaja con afán gana lo exclusivamente necesario para no morirse de hambre.

En el territorio chino, para toda clase de transportes, lo mismo para las cargas más difíciles y pesadas que para las más ligeras, no se conoce más que un medio de transporte: el porteador, o como allí se le llama: ''culi''. El es quien tira del cochecillo en que cómodamente pasea el europeo, trotando horas enteras sin mostrar la menor fatiga; él quien empuja una pesada carretilla en la que se sientan tres o cuatro y hasta seis personas, y con ella recorre sus sesenta kilómetros diarios; él quien se echa a cuestas trescientos kilos de harina o un cerdo de colosal tamaño; él también quien cuelga cien kilos de peso a los extremos de una pértiga que lleva en equilibrio sobre los hombros y con esta carga recorre doce kilómetros por hora con un paso que tiene algo de resbalante.

Los ''culis'' chinos como casi todos los oficios en el mismo país, forman una corporación, con sus leyes y sus privilegios especiales. Esta corporación se cuida de que sus miembros estén siempre dispuestos al trabajo en los pueblos y en las paradas que se encuentran junto a los caminos. Allí, lo mismo el fardo que se remite a un punto distante, que el viajero que va de un lado a otro en su ''jirinkischa'', tienen que confiarse a un ''culi'', que a determinada distancia será sustituído por otro, relevándose así los porteadores como se relevaban los caballos de los antiguos correos y diligencias.

Por una módica suma, el ''culi'' se compromete a transportar de una parte a otra el peso de un ''pikul'', llevándolo corriendo a un aire que se acerca al trote de un caballo; pero muchos llevan mayor carga si se les consiente que vayan al paso y que se detengan a descansar por el camino. Una buena gratificación basta para decidir al porteador a cargarse tres o cuatro ''pikules''. La equivalencia en kilogramos de este peso, varía un poco según las localidades; porque esta unidad se emplea desde China hasta Sumatra. El ''pikul'' que podríamos llamar legal, que es un peso empleado por los comerciantes en arroz, equivale próximamente a sesenta y dos kilos y medio.


Cargadores de Madagascar.

El cargar al hombro con tan grandes pesos no es, como pudiera creerse, indicio de barbarie, sino consecuencia de mil circunstancias propias del país. Los mismos europeos, cuando en los barrios asiáticos a ellos destinados quieren apisonar las calles o llevar a efecto cualquier otra obra que requiere gran fuerza, apelan al ''culi'' indígena, que con la mejor voluntad se engancha al rulo. Y es porque en aquellos países los caballos suelen ser pequeños y de escasa fuerza, y los camellos y elefantes cuestan demasiado caros y no son lo bastante abundantes para emplearlos en tan ordinarios trabajos.


Remolcando desde tierra un barco.

La mula más grande del mundo.—

En San Luis (Estados Unidos) se ha vendido, hace poco, una mula en 11.200 francos.

El motivo de pagarse tan enorme cantidad era el colosal tamaño de la mula, que pesaba 1.960 libras, próximamente el doble de lo que pesa una mula ordinaria. Su alzada es de 2 metros 44 centímetros, según certificaron los peritos a cuyo examen fué sometido el animal, que, sin duda alguna, es el mayor del mundo.

Las matanzas de la guerra moderna.—

En Liao-Yang, tuvieron los japoneses en números redondos 5.000 muertos y 18.000 heridos; la batalla duró diez días.

En Cho-Ho las bajas en trece días de lucha fueron 3.500 muertos y 16.000 heridos.

En Mukden contaron los japoneses 16.000 muertos y 53.000 heridos y los rusos algo más.

Estas cifras tienen una aterradora elocuencia. Los 70.000 japoneses muertos o heridos en Mukden, representan la población obrera masculina de una gran ciudad que desaparece en un par de semanas.

Los cantantes que ganan millones.



La ilustre cantante Melba.

Si bien es cierto que hay desdichadas cigarras humanas que después de pasarse la vida cantando, mueren pobrísimas, también es verdad que otras cigarras doradas llegan a la madurez de su talento poseyendo saneadas fortunas, que aumentan sin cesar merced a honorarios inverosímiles por lo gigantescos. La Melba, por ejemplo, gana por noche la pequeñez de 15.000 pesos; ni un centavo menos. No parecerá, pues, extraño que con tales ingresos sea hoy archimillonaria la ilustre cantatriz. Su palacio de Londres, en la plaza de Cumberland, es de las más hermosas residencias señoriales de dicha capital. Perteneció el palacio en tiempos a una opulenta dama inglesa. Al adquirirlo la Melba, lo hizo decorar de nuevo, invirtiendo en ese capricho sumas enormes. Tal como ahora se encuentra el "home" de la artista, podrá valer, según cálculos aproximados, unos seis millones y medio de francos. Además posee la Melba otras propiedades valoradas en cinco millones de dólares, y alhajas riquísimas, cuya estimación hacen, las personas que las conocen, en 16 millones de francos. De esta afortunada cantante, diremos como detalle curioso que una compañía fonográfica de Nueva York acaba de celebrar con ella un contrato, con arreglo al cual, percibirá la tiple 50.000 dólares por impresionar discos durante una semana; de modo que la Melba, por hacer gorgoritos ante un receptor fonográfico, ganará en siete días lo que el presidente Wilson en un año dirigiendo los destinos de la América del Norte.

Mario Sammarco, el famoso barítono italiano, conocido del público porteño, tiene ya su milloncito de dólares en buenas fincas rústicas y urbanas. El vive, durante sus épocas de descanso, en su espléndido palacio de Milán, adquirido hace poco tiempo. Es un antiguo edificio de la época del Renacimiento italiano, que Sammarco mandó reconstruir y alhajar a la moderna, aunque respetando sus magníficos frescos, artesonados y tapicerías medioevales. De la magnificencia del palacio puede tomarse idea sabiendo que el primer piso contiene una hermosa galería artística, un salón de baile, otro de música, y un comedor de gala donde pueden tomar asiento cómodamente cincuenta convidados.



El barítono Mario Sammarco.

Más rico aún que Sammarco es el tenor



El afortunado Enrique Caruso.

Amadeo Bassi, cuya fortuna asciende a más de dos millones de dólares. Bassi se permite también el lujo de poseer un palacio soberbio, situado en Florencia; palacio denominado por el tenor, "mio villino a Firenze", pero que sabe ser tan grande como el de Sammarco en Milán, dispone de instalación de electricidad, de baños de alabastro, de calefacción por vapor, y de otros sibaritismos por el estilo, que justifican el que el "villino" haya devorado más de un millón de dólares del capital de Bassi.

Otro cantante millonario es Mario Ancona, el barítono, quien armoniza sus facultades artísticas con el negocio de vinos establecido allá en su bello país de Florencia. La tiple Brenier-Gianoli tiene una fortuna que excede de medio millón de dólares, y al igual de Ancona y de Paderewski, saca gran producto a sus capitales dedicándolos a explotaciones agrícolas. Estas radican principalmente en Suiza, y en ellas constituye la principal fuente de ingresos la cría de aves.

Marcella Sembrich, que también oímos hace una veintena de años, tiene ya reunidos sus dos milloncitos de dólares. Dispone de un suntuoso palacio, de numerosos automóviles y de magníficos caballos de tiro.

Caruso, el gran tenor Caruso, que se disputan hoy las grandes empresas teatrales a puro golpe de "cheque", cuenta los dólares por millones, y los invierte en propiedades inmuebles, como su colega el tenor Bonci, cuya fortuna se evalúa en más de cinco millones de francos.



Alejandro Bonci en "Manon".

Comparado con sus anteriores compañeros de tablas, Carlos Dalmores, el afamado tenor, predilecto del público neoyorquino, no pasa de ser un burgués algo adinerado. Sin embargo, su fortuna es bastante considerable, como lo prueba el hecho de permitirse dicho artista el disfrute de una "villa" encantadora sobre las orillas del Lago Maggiore, en Italia. La tal "villa" ha costado a su dueño, entre unas y otras cosas, cerca de 750.000 francos, y es un verdadero museo de obras de arte. Dalmores está entusiasmado con su delicioso lugar de retiro. De ocho días tan sólo que disponga, allá se dirige el tenor y allá permanece aislado como un cartujo, recreándose en la pequeña riqueza conquistada a fuerza de "fermatas" y gorgoritos. Pero las dos chifladuras del artista son el automóvil y los perros; sobre todo los perros. Los jardines y avenidas de "Villa Sofio", nombre de la finca, ofrecen al curioso una variedad infinita de pichichos de todas las castas imaginables, desde el dogo de Ulm, de talla gigantesca, hasta el diminuto "King-Charles". Y ¡ay del visitante distraído o demasiado resuelto que penetre en la morada de Carlos Dalmores sin guardar a la hueste perruna las consideraciones y miramientos que les son debidos!... Porque si eso acontece, no tardará en sentir sobre sus pantorrillas las manifestaciones de desagrado de los perros, perrillos y perrines del aplaudido cantante.

Un rasgo curioso de Dalmores, consiste en su afición desmedida a la gimnasia. No bien se levanta de la cama, se dirige al salón dispuesto "ad hoc" en el hotel para los ejercicios físicos, y allí se pasa una, dos o más horas, haciendo flexiones y cabriolas, levantando pesas e jugando a la barra. Estas aficiones le han valido a Dalmores el sobrenombre de "El tenor pugilista"; sobrenombre muy bien puesto, según parece, ya que al decir de los íntimos del tenor, éste podría dar más de un disgusto a los boxeadores profesionales, si faltándole la voz algún día se dedicara a ganarse la vida a trompada limpia. Sabido esto de los biceps de Dalmores, no habrá quien se atreva a sostener que éste no es un tenor de primera fuerza.

---

* * * Hace poco ha muerto en Nueva York un caballero llamado D. M. Ripley, famoso por su notable parecido con el príncipe de Gales. Era tal su semejanza, que en cierta ocasión tuvo que protegerle la policía porque los transeuntes armaron un verdadero tumulto por verlo. Se cuenta también que varias veces, al entrar en los teatros de Londres, los espectadores se pusieron de pie y la orquesta tocó la marcha nacional.

* * * En la parte de Londres llamada la City, que tiene un área de poco más de kilómetro y medio cuadrado, hay nada menos que cincuenta y siete iglesias protestantes y veinte de otras religiones.

En las primeras hay sitio para 32.455 fieles, y en las segundas caben 18.070 personas.

Brooklyn, arrabal de Nueva York, recibe el nombre de 'la ciudad de las iglesias'', porque tiene 285 de diferentes ritos en un área de 39 kilómetros cuadrados.

* * * Aunque el cerebro está en actividad perpetuamente, no trabaja por entero al propio tiempo. Los dos hemisferios que lo componen no operan simultáneamente, sino que alternan en la acción.

Juegos de ingenio

Queda abierto un concurso de juegos de ingenio con cuatro premios distribuídos en la forma siguiente: 1.°, de $ 20 m|n. a la persona que envíe el juego que otbenga menor número de soluciones; 2.°, 3.° y 4.°, de $ 10 m|n. cada uno, para las tres primeras personas que nos remitan el mayor número de soluciones durante el mes. Este concurso quedará clausurado el 31 de mayo, y su resultado se dará a conocer el 14 de junio. Los juegos y las soluciones deben enviarse con esta dirección: "Concurso de juegos de ingenio de "El Hogar", Maipú, 393. Ciudad".

(1) Logogrifo jeroglífico, por J. G. Girado

Estadista

4 6 7 8 5 3 9 1 2

(2) Interpretativo, por Cachita

D 5 NOTA NOTA

(3) Metátesis, por María Ofelia Moreno Caro

1 2 3 4 Villa provincia Gerona
4 3 2 1 Tiempo de verbo

(4 Logogrifo jeroglífico, por Juan M. Magro

Batalla

4 6 3 1 5 7 2

(5) Metátesis, por Guillermo Chiappe

1 2 3 4 5 6 Planta
5 1 2 3 4 6 Animal

(6) Losange, por Z. A. R.



Cambiar los puntos por letras, de modo que, horizontal y verticalmente, se lea: consonante, magnate, turco, navío, vegetal y vocal.

(7) Intercalación, por Lola Entremés

Mari flauta no

(8) Triángulo numérico, por J. R.

1 2 3 4 5 6 7 8 9 0 6	para escribir
0 6 3 6 7 8 9 0 4 9	artista
1 2 3 4 5 4 2 3 9	calígrafo
2 9 8 8 9 3 1 9	prócer argentino
3 8 9 0 9 7 6	design. del comercio
7 8 9 3 4 5	en marina
0 6 5 4 6	hoja escrita
3 6 7 6	colonia africana
8 9 2	locución
5 6	artículo
0	consonante

(9) Charada, por I. D. A.

"Segunda" es ultra confianza
"Prima" es nombre de varón
"Tres" pronombre posesivo
Mal decir mi "sorución".

(10) Metátesis, por D. Arriaga

1 2 3 4 5 verbo
2 3 1 4 5 verbo

(11) Charadístico, por J. Corigliano

1.ª, 2.ª animal	1.ª, 4.ª Dios	3.ª, 2.ª tiempo verbal	3.ª, 4.ª animal
Oodo: ESTADO			

(12) Rombo, por Dicducfacfer

```
        S
      * A *          combustible
    * * R * *        pájaro
  * * * M * * *      animal
S A R M I E N T O
  * * * E * * *      nombre propio
    * * N * *        botánico naturalista
      * T *          tiempo de verbo
        O
```

(13) Logogrifo jeroglífico, por M. S.

Cazuela

6 5 1 6 7 4 2
6 5 1 2 6 4 7

No hagas hoy lo que puedes hacer mañana

por C. A. LOPEZ BLOMBERG

¡Ah, amigo lector! ¿Crees que voy a darte un mal consejo? ¿Y te indignas? ¡Cálmate! He llegado ya a la edad en que se sabe que dar consejos es perder lamentablemente el tiempo, sean ellos buenos o malos. Tranquilízate, pues.

El título que me sirve de pretexto para emborronar algunas carillas de inofensivo y sufrido papel, discreto receptor de cuanta sandez se nos ocurre confiarle, es, simplemente, la divisa que adoptaran, en la repartición nacional que fué tristísimo recodo de mi vía crucis, mis inolvidables y muy amados compañeros.

¡Que "adoptaran"! ¿Por qué te exceptúas?—oigo que me preguntas, querido lector. Me excluyo,—te contesto,—primero: para no faltar a la verdad. Segundo porque si no me excluyera yo mismo, nadie se tomaría el trabajo de hacerlo.

Ahora debo explicarte el alcance de la divisa de marras, que tú, seguramente, supondrás un alarde de cinismo. No hay tal. Imagínate, por ejemplo, que tu vecino sale hoy para hacer una diligencia, y al atravesar la calzada, lo atropella uno de esos tanques vulgarmente conocidos por taxímetros. ¿Crees que si en vez de salir hoy hubiera esperado a mañana, habría podido evitarse el percance?

Bueno. Aplicando ejemplos parecidos y multiplicándolos hasta el infinito, convendrás conmigo en que es tan buena esa divisa como la que te aconseja lo contrario. Tú estás en libertad de seguir la que te parezca.

Vamos al cuento.

Debes saber, ante todo, amigo mío, que si bien es muy cierto que un noventa y cinco por ciento del personal administrativo del Estado, se pasa las seis horas reglamentarias, un rato sin hacer nada y otro descansando, resta un ínfimo porcentaje de carga sobre sus espaldas la idiotamente embrollada máquin de hacer y deshacer expedientes, portentoso invento de quién sabe qué individuo que encontró un placer en complicar los



asuntos más sencillos, y en demorar seis mil años la solución de aquellos que podrían dejarse resueltos en seis días.

Quienquiera que haya sido, se hizo acreedor a la inmensa gratitud de los parásitos que roen el estómago, vulgo presupuesto, del Estado. Se ha granjeado también el eterno agradecimiento de esos otros parásitos privilegiados que se califican "políticos", por cuanto les proporcionó la ocasión de "ocupar" a millares de "conscientes y desinteresados" electores.

Gracias a ese ilustre y desconocido ciudadano, medran millares de seres que han encontrado el único destino que son capaces de desempeñar: el de no hacer nada... y gozar de una renta que crece a medida que disminuye el "trabajo".

¡Ah! Porque la inagotable inventiva del burócrata incógnito le proporcionó otro invento prodigioso para justificar el que se pague más a quien hace menos: "Un jefe tiene mayor responsabilidad que un simple tinterillo",—afirman enfáticamente los que encuentran conveniencia en afirmarlo.

¡Bah, bah! Demasiado bien sé yo que un jefe de oficina no asume más responsabilidad que la correspondiente a la inversión privada de sus ochocientos o mil pesotes mensuales.

Y es así. Cuando a un jefe se le exige, allá, para la muerte de un papa, que responda por alguna de las innumerables barbaridades que salen diariamente de su oficina, siempre encuentra a mano el tinterillo que ha de servirle de paragolpes.

La frase "error de copia", es proverbial en la administración del Estado, y sirve para justificar el noventa y nueve por ciento de las "burradas" cometidas por jefes.

El empleado subalterno es, por regla general, un semianalfabeto, cuando no un analfabeto completo. La tarea que encuentra más seductora es la de llenar los blancos de los recibos oficiales, a principios de cada mes, y es el único trabajo que aprende en seguida y realiza con toda perfección para evitar inconvenientes en el cobro.

(Continúa en la siguiente página.)

"No hagas hoy lo que puedes hacer mañana".—(Final)

Lo demás, no siendo copiar, que tampoco suele hacer muy bien, confiárselo es lo mismo que desahuciarlo. O no lo hace, o lo hace mal. Dedica las horas de oficina a deletrear novelas de Carolina Invernizio y Carlota Braemé, o a copiar cartas de "El secretario del amor", que envía a sus cursis y sentimentales Dulcineas.

Cuando el conventilleseo corazón del parásito está desalquilado, transcurren sus horas entre comentarios de sucesos de actualidad. El último ascenso es, invariablemente, injusto. Cada uno alienta la profunda y sincera convicción de ser él quién lo merecía. Las críticas al gobierno, al jefe, al compañero ausente, a cualquiera que se le venga a la boca, es plato de todos los días.

Los finales de mes son muy tristes, casi fúnebres. Las caras impregnadas de intensa melancolía, revelan el recrudecimiento de la crónica enfermedad del empleado: la "patitis".

Pero llega el día de pago, y los rostros mustios de la víspera, resplandecen de alegría. Alegría efímera, pero alegría al fin, y, acaso, la más grande que experimenta y es capaz de sentir el empleado.

También se animan de manera insólita las oficinas, cuando se discute el presupuesto; cuando surge el eterno y espantable fantasma que turba la beatífica placidez del mísero parásito: la cesantía. Comenta las menores palabras de los párasitos privilegiados que hacen como si fueran legisladores, y compite con ellos en eso de decir disparates.

Se sanciona el presupuesto. Vuelve la tranquilidad, reanudándose la rutinaria y embrutecedora existencia... hasta el año próximo.

Un cambio de gobierno agita el avispero. Pero tal acontecimiento sólo se "padece" cada seis años, y no vale la pena mencionarlo.

—Y bien,—me dirás tú, lector,—Si el jefe no hace nada y sus empleados tampoco, ¿quién ejecuta el trabajo que forzosamente debe realizarse?

Tenía prevista tu pregunta. Aquel cinco por ciento, constituido, las más de las veces, por empleados novicios que creen, ¡infelices soñadores!, que serán ascendidos en mérito a su "contracción y laboriosidad". A este reducido "núcleo" de creyentes, lo capitanea algún "sonso" veterano, que, por hábito natural de trabajo o por puro patriotismo, apechuga con la tarea de dirigir al "team" "pateador" de expedientes, pues el trámite de éstos no es más que un "pateo" de oficina a oficina, como pelota de football, hasta que se rompen deviejos, se pierden por ahí, o se muere el que los inició.

Finalmente, debo pedirte perdón, querido lector. Quise contarte un cuento y me perdí en divagaciones.

Otra vez será.

Dib. de Lanteri.

El dinero en Inglaterra.—

Según una estadística anterior a la guerra, la riqueza personal de la Gran Bretaña estaba repartida en la siguiente forma:

Hace unos años había en Inglaterra, Gales y Escocia más de 700 familias millonarias, entendiéndose que los millones son de libras esterlinas; 9.850 familias eran "muy ricas": 180.000 de posición acomodada. 2.008.000 familias tenían que luchar para ir pasando y 4.000.000 de familias estaban en la miseria.

Un paquidermo carterista.—

En el Jardín Zoológico de Nueva York, cansado un elefante de los bollos y demás golosinas que le ofrecían los visitantes, registró hábilmente el bolsillo de uno de ellos, y extrajo del mismo un paquete de papeles que se hubiera tragado, a no ser por los gritos de desesperación lanzados por su dueño.

Lo que el animal acababa de tomar era un fajo de billetes de Banco, por valor de 1.500 francos.

El encargado de la guarda del paquidermo pudo recobrar de este original carterista el producto de su rapiña, que ya había estropeado bastante.

La verdadera historia de "Carmen"



Los verdaderos aficionados a la ópera, han notado la especie de fatalidad que persigue a la generalidad de las cantantes que han interpretado el papel de "Carmen" en la ópera de Bizet.

Una de ellas, la Nadushka, ha sido misteriosamente amenazada de muerte dos veces, la primera en Viena con un puñal, y más tarde en Londres por medio de un veneno.

Emma Calvé, la que más fama ha alcanzado en dicho papel, estuvo a punto de ser víctima de un atraco hallándose en Sevilla, y ella misma tiene la persuasión de que se trataba de asesinarla.



Una intérprete de "Carmen" en la Opera Cómica de París, Mlle. Thérenet, al salir del teatro una noche fué asaltada por dos gitanos armados de puñales, de los cuales sólo pudo librarse gracias al valor de algunos caballeros que la acompañaban.

Finalmente, una muchacha llamada Lorette Focquet, que cantó dicha ópera en Viena, fué hallada estrangulada en su habitación a la mañana siguiente.

En todos estos casos, se ha creído que se trataba de conatos de robo, de vulgares ataques de apaches o atracadores.

Pero la Nadushka ya citada, ha explicado de otro modo más original esas tentativas de asesinato.

La Nadushka es de raza gitana, y lo que es más interesante, biznieta de la "Carmen" auténtica.

Porque hay que saber que el personaje de la novela de Merimée puesta en música por Bizet, no es una feliz concepción del novelista, ni una personificación de la gitanería. Carmen fué un personaje real, como lo fué también D. José. Según dice su biznieta, el verdadero nombre de Carmen, el que le daban los gitanos, era Nadushka, y además se le añadía el alias de "Ar Mintz", que significa en caló "la Tigre" o "la Indomable". Era una mujer muy hermosa, y su descendiente asegura que su retrato se encuentra en el Museo del Prado.



El maestro Bizet, autor de la ópera "Carmen".

Como todas las gitanas, Carmen fué casada muy joven, con un hombre de su raza llamado, o apodado, Jaleo, que se dedicaba al contrabando. Poco después de la boda, Jaleo murió en un encuentro con los carabineros, y entonces Carmen volvió a reunirse con su tribu, establecida en los alrededores de Gibraltar.

Al poco tiempo, ocurrió el encuentro de Carmen con D. José; pero ni este encuentro tuvo lugar en Triana, ni Carmen era cigarrera en Sevilla. Las gitanas no son amigas del trabajo metódico de las ciudades. Carmen se dedicaba, cual todas sus compañeras, a decir la buenaventura.

Un día, fué detenida en Tarifa por timadora, y enviada a la cárcel. El sargento que mandaba la guardia, y que efectivamente era navarro y se llamaba José, se enamoró de ella y la ayudó a escapar.

Un año estuvieron juntos los dos enamorados, entre los gitanos; pero el amante de Carmen era un hombre violento, de carácter brusco, que creía poder tratar a la gitana como a una esclava. Lo único que con esto consiguió fué el aborrecimiento de Carmen; ésta huyó muy pronto de su lado, y entonces el ex sargento, rabioso al verse despreciado por la mujer por quien había perdido su carrera, la mató. Los gitanos se apoderaron de él y le dieron horrible muerte.

Se pretende que esta es la verdadera historia de Carmen, sin seguidillas en la venta, sin riñas a navaja, sin "toreador". La gitana había tenido una hija de su matrimonio con Jaleo, y de esta hija es nieta por parte de madre la Nadushka actual.

Próspero Merimée pintó las cosas de muy distinta manera; hizo odioso, o poco menos, el personaje de Carmen, y en cambio, presentó bajo un aspecto simpático y atractivo la figura del asesino. Los gitanos lo saben, y según la Nadushka los que pertenecen a la misma tribu a que pertenecía la Indomable, han jurado impedir por todos los medios posibles la representación de la famosa ópera.

Para la gente menuda

33º. Concurso de "El Hogar"

100 PREMIOS

Accediendo gustosa al pedido de muchos de sus nietos y amiguitos de "El Hogar", la Abuelita ha resuelto hacer una tregua con los concursos de colorido, y establecer para el de este mes un nuevo tema que creemos interesará a nuestros pequeños lectores.

La Abuelita invita a todos sus nietecitos a tomar parte en este concurso que además de la amenidad y entretenimiento que les proporcionará su fácil solución, tiene la virtud de constituir uno de los ejercicios prácticos y agradables que familiarizan con el idioma.

He aquí las condiciones del Concurso 33 de "El Hogar":

100 HERMOSOS PREMIOS

serán distribuidos a los niños que combinen mayor número de palabras, con las letras que forman la palabra

Argentina

Las palabras que se compongan podrán tener cualquier número de letras. Por ejemplo: pueden ser monósilabas como: **te**, bisílabas como: **tina**, o polisílabas.

Ninguna letra puede repetirse, a excepción de la **a** y la **n**, por estar comprendidas dos veces en la palabra "**Argentina**".

El niño que envíe mayor número de palabras será objeto de mención especial, y los que sigan en orden a los cien premiados, y se hayan distinguido por su trabajo, figurarán en un cuadro de honor.

Los niños que deseen mayores explicaciones pueden pedirlas a "La Abuelita", que las contestará amablemente.

Las soluciones deben remitirse por escrito, acompañadas del cupón que va al pie, dirigiéndolas bajo sobre a

LA ABUELITA — "El Hogar" — Maipú 393

La admisión de cartas se cerrará el 6 de junio a las 12 m., publicándose el resultado en el número correspondiente al 14 de junio.

Los premios pueden retirarse dentro del mes siguiente a la clausura del concurso. Pasado ese plazo, el ganador no tiene derecho a la recompensa.

El correo de la Abuelita. — No siéndome posible, por razones de espacio, contestar en esta página a los millares de nietos que diariamente me escriben, ruego a los buenos amiguitos de "El Hogar" que deseen recibir respuestas adjunten a sus cartas el franqueo necesario (una estampilla de 5 centavos para la República Argentina y de 10 centavos para el exterior). Tendré mucho gusto en escribir a mis queridos nietos. — **LA ABUELITA.**

.... Córtese por aquí ....

CUPON DEL "CONCURSO 33"

"ARGENTINA"

Número de palabras combinadas.......................................

Nombre ....

Domicilio ....

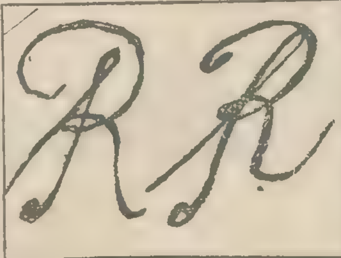
Población ....

Cómo se descubre la falsificación de firmas

Carvalho, el célebre perito calígrafo, ha escrito hace poco sus observaciones acerca de cómo se descubre infaliblemente la falsificación de una firma.

Nadie escribe nunca dos veces del mismo modo la misma palabra, y según Carvalho esa diferencia es todavía mayor cuando se trata de la firma que cuando se trata de cualquier otra palabra. La principal razón de esto es que la firma, más que ninguna otra palabra, se escribe en mayor variedad de circunstancias, con distintas clases de tinta, de papel y de pluma, en diferentes posturas, y en estados de ánimo, de agitación o de tranquilidad más diversos.

Los elementos indispensables para reconocer una firma son estudios prolijos y continuos de letras, y análisis de detalles a primera vista insignificantes, además del empleo del microscopio y de fotografías ampliadas a veces a 100 diámetros; con el microscopio y con estas fotografías se exageran aquellos pequeños detalles que para los peritos son casi siempre mucho más importantes que los rasgos mayores.



La R. de la falsificación y la R. legítima.

Carvalho, con experiencia de muchos años de reconocimientos caligráficos, dice:

"Mis observaciones propias, que confirman las de muchos de mis predecesores, permiten afirmar que no hay nadie que, aun queriéndolo, pueda reproducir su firma hasta el punto de duplicarla de una manera exacta. Sucede con la escritura lo mismo que con la cara, en la cual aun cuando las facciones son siempre las mismas, varían sin embargo continuamente de expresión.

Por lo tanto, cuando se presentan dos firmas por completo semejantes por la forma de las letras, o por el ángulo con relación a la línea que sirve de base, o en la colocación de las letras, puede darse como probado que una de las dos firmas es falsa.

Para determinar esto las firmas se colocan contra el cristal de una ventana, y poniendo la una sobre la otra, la luz que pasa por el papel permite determinar si en efecto coinciden exactamente, decir, si cada línea se ajusta sobre la que tiene debajo. Si por casualidad hay alguna pequeña variación puede atribuirse a que alguno de los papeles se movió algo, y si las líneas principales coinciden, hay motivo para sospechar mucho de la legitimidad de una de las dos firmas.

Después queda la prueba de medir exactamente las letras de la firma sospechosa comparándolas con las de la firma legítima, y de ese modo puede demostrarse matemáticamente si es espuria o no. Unicamente los novatos en falsificación recurren por lo tanto al sistema de falsificar una firma calcándola sobre otra legítima. A varios se les ha probado ya la falsificación por haber recurrido a ese método tan primitivo, y ya son pocos los criminales que ignoran el peligro que corren al practicarlo. Uno de los casos más célebres de calco de firmas, fué uno en que intervinieron los tribunales de los Estados Unidos y en el cual se había calcado para falsificar su testamento la firma de Holt, fiscal del Supremo que había sido durante la presidencia del general Grant. Tratábase de un testamento ológrafo y firmaban como testigos el presidente Grant, el general Sherman y la señora de éste. Pudo encontrarse algún documento cuya firma había calcado el falsificador, y gracias a esto se pudo probar el fraude. La imitación de las firmas estaba tan bien hecha que las familias de Grant y de Sherman testificaron que las firmas de estos dos personajes eran auténticas, y sin embargo no eran más que calcos.



Palo de la R. en la falsificación y en la firma legítima. (El palo en la falsificación está indeciso, el mismo palo en la firma legítima es decidido).



Rasgos de la letra R.

A: Donde el falsificador levantó la pluma para ver cómo iba el trazo.—*B:* Aquí se ve que el millonario Rice hacía un lazo casi imperceptible para empezar la letra R.—*C:* Se pone de manifiesto, gracias a la ampliación fotográfica, que el falsificador no observó dicho lazo.—*D:* Los dos puntos de la pluma del falsificador iban separados y vacilantes. — *E:* La curva de la letra auténtica en la misma parte de la firma era franca y decidida.

El falsificador hábil y experimentado se ejercita la mano copiando centenares de veces la firma que quiere imitar, hasta que consigue reproducir, sin necesidad del calco, los rasgos generales de la letra.

El perito, cuando se encuentra con una falsificación de este género, tiene que estudiar tan cuidadosamente como el falsificador los rasgos característicos, tanto conscientes como inconscientes, de la escritura legítima, y después de haberse familiarizado con ellos, comparar la firma sospechosa con la legítima y observar si aquellos rasgos aparecen en ambas. De igual modo que el autor de la firma auténtica tiene personalidad propia que le pertenece a él únicamente, así el falsificador tiene también personalidad que sólo le pertenece a él, y haga lo que quiera, no le será posible ocultar algunos de sus rasgos inconscientes.

Para examinar falsificaciones de ese género, el perito, además de su experiencia y de la costumbre de ver y de observar escritos, echa mano primero al lente, después al microscopio, luego al transportador y por último al compás y a la fotografía.



La mala vista. los nervios y el crimen

Se ha comparado el ojo humano con una máquina fotográfica, y en efecto, la semejanza es muy grande; la única diferencia está en que la imagen, en vez de formarse sobre una placa, se produce sobre la retina, ese delicado tejido que recubre interiormente la parte posterior del globo del ojo. Desde la retina, la percepción de la imagen pasa lentamente al cerebro; esto es lo que llamamos ver. Pero si en la estructura hay poca diferencia entre el órgano formado por la naturaleza y el aparato hecho por el hombre, la hay muy grande en los resultados que con una y otra se obtienen. Un aparato fotográfico mal construído no tiene más graves consecuencias que el gasto que ocasiona el comprar otro; pero una imperfección en la construcción del ojo, y por consiguiente la continua presencia de imágenes borrosas e imperfectas en la retina, que hacen trabajar al cerebro y lo fatigan constantemente, pueden traer consecuencias gravísimas y hasta funestas.

Tales imperfecciones, en efecto, no significan sólo los defectos que llamamos miopía, o vista corta, hipermetropía o vista larga, y astigmatismo o vista borrosa; con frecuencia traen también consigo una multitud de desórdenes orgánicos secundarios, que para el profano en estos asuntos no parece tener la menor relación con dichos defectos, y que alteran, seriamente, el sistema nervioso.

Cualquier imperfección en la vista afecta, ante todo, al cerebro. Los especialistas en enfermedades de los ojos reconocen hoy una porción de enfermedades motivadas únicamente por defectos de la vista, sobre todo trastornos nerviosos, dolores de cabeza y padecimientos de estómago. Los pacientes raras veces, por no decir nunca, comprenden la verdadera causa de enfermedad, sobre todo cuando el defecto que presentan es la hipermetropía, pues realmente parece inverosímil que por ver desde muy lejos pueda una persona estar enferma.

Pero no es eso lo per, sino que de tales enfermedades nace muchas veces el crimen. Lo cual no es decir que todo el que tenga mala vista tenga también instintos criminales, ni que aquel que tiene los ojos perfectamente sanos haya de ser necesariamente hombre de intachable conducta. Mas no cabe dudar de que los padecimientos del cerebro y de los nervios ejercen una triste influencia sobre la naturaleza moral del hombre, y que dichos padecimientos son muchas veces consecuencias de defectos ópticos.

Curiosa por demás, y realmente alarmante, es la noticia recibida recientemente de Nueva York. En un correccional de aquella metrópoli, haciendo observaciones antropológicas sobre los penados, se han descubierto nada menos que 400 casos de defectos de la vista. No es necesario hacer comentarios sobre la significación de este hecho. La vista defectuosa, desde el momento que puede influir sobre el cerebro, puede tener una influencia indirecta sobre la moral del individuo.

Bueno es hacer presente que, en los casos ordinarios, las imperfecciones de la vista no influyen de la misma manera en los dos sexos. En la mujer se traducen casi siempre por jaquecas y neuralgias; no es otra la causa de esos dolores de cabeza diarios que torturan a muchas mujeres. En cambio, en el hombre, y sobre todo en el que trabaja demasiado con los ojos, las consecuencias de dichos defectos se observan en el aparato digestivo. Hoy es cosa bien averiguada que muchos trastornos gástricos, intestinales o biliosos no reconocen otra causa que algún defecto de los ojos.

El día en que la medicina se ocupe seriamente de estos trastornos de la vista, relacionándolos con los que producen en el resto del organismo, y sobre todo en el cerebro, en los nervios, en el estómago y en el hígado, se suprimirán muchos padecimientos que hoy se achacan a otras causas.



Los débiles

por Javier de VIANA

Las negras agujas del viejo reloj marcaban las nueve de la noche y la campana las contaba con voz lenta y pausada.

Marcelina, que agobiada por las doce horas de incesante trajín se había quedado dormida sobre el banquillo junto al hogar, despertó sobresaltada.

Y en ese mismo momento abrióse la puerta de calle y penetró Servando, con el sombrero echado a la nuca, el busto erguido y taconeando recio. Esa actitud, unida a la brillantez de los ojos y el arrebolado del rostro bastó a Marcelina para convencerse de que su esposo había castigado fuerte en el café.

Bien que apenada, como siempre en casos análogos, por desgracia frecuentes, halló consuelo notando que en vez del habitual gesto adusto y atormentado, la fisonomía de Servando expresaba contento y jovialidad.

—¡Qué tarde!—dijo sin reproche,—la sopa estará fría y el asado seco.

—¡No importa, viejita! respondió él, abrazándola y besándola efusivamente. Me demoré en el bar por complacer a los muchachos, más bien dicho, por satisfacer a Paulino Salvatierra... ¿sabés?... el hijo del ricacho mendocino don Tiburcio Salvatierra... Hacía tiempo que no nos veíamos y...

—Espera un momento, que voy a servir la sopa.

A su regreso, Servando, sin hacer caso de la comida, prosiguió:

—Empezamos a charlar, recordando aventuras de muchachos, y entre cocktail y cocktail, entramos en el terreno de las confidencias. El me contó que había recibido la parte de la madre,—¡un Tupungato de moneda!...—y que se iba a pasar cuatro o cinco años en Europa.—"El viejo,—me dijo,—quería que abriese estudio, pero a mí me repugna el papel sellado, y además, hermano, este Buenos Aires se está poniendo más aburridor que La Plata..." Y eso es verdad, ¿sabés?... Hoy no hay en todo Buenos Aires un sitio donde divertirse...

—Tomá la sopa que se enfría,—insinuó Marcelina.

El empujó el plato diciendo:

—¡Dejate de sopa de hospital!... Recién me acuerdo que traigo una caja de "paté de foie gras"... ¡Ah! tomá un cartucho de "marrons glacés" para tí y dos de bombones finos para los chicos. ¿Están durmiendo ya?...

—Seguramente... ¿Pero para qué has gastado en esas golosinas cuando nos están haciendo falta tantas cosas!... Hoy vino furioso el almacenero...

—¡Que se vaya al infierno el almacenero!... Ya se le pagará... que espere; y si no quiere esperar, se busca otro: no faltan almacenes en Buenos Aires!...

Ella, humilde, guardó silencio, y él prosiguió:

—Pues, como te decía, Paulino, después de contarme su situación y sus proyectos, me preguntó:—¿Y vos, siempre en las mismas taperas, siempre amojosándote en el periodismo?...

—Siempre,—le respondí.—¿Qué quieres que haga?

—Buscar otra cosa, moverse, salir de la ciudad en busca de un porvenir, utilizar tu inteligencia en provecho propio en vez de hacerlo en provecho de los demás,—me aconsejó.

—Lo comprendo,—respondí;—pero ¿cómo? ¿en qué?

—Mira,—me dijo;—la fortuna está en la campaña. Si tanto bruto analfabeto amontona millones en pocos años, cómo no podrá enriquecer un hombre inteligente e ilustrado como vos, decime?...

—Sí, pero...

Se interrumpió Servando para servirse vino y al encontrar vacía la botella, exclamó con desagrado:

—¿No hay más vino?

—No; compré medio litro y te lo has bebido...

—¡Siempre la manía de comprar por medio litro!... Dentro de poco compraremos por bordalesas... ¿Lo dudas?... Escucha: Cuando yo dije eso, Salvatierra me interrumpió para exclamar:

—¡Ya sé lo que vas a decirme!... ¡Que se necesita capital, relaciones, crédito, etc, etc.... Bueno; vos sabés, hermano, que el amigo y el caballo son pa las ocasiones, y aquí estoy yo para darte una manito. Mirá, entre los bienes que me correspondieron por herencia de la finada mamá, hay una estanzuela, un soberbio valle en Uspallata... Yo no lo conozco, ni sé bien dónde está, pero me han dicho que es de lo mejor y puedo producir un platal... ¡Te lo doy en sociedad y te adelantaré unos cuatro o cinco mil pesos para los gastos!... ¿Te conviene?...

—¡Cómo no me va a convenir, hermano!—exclamé.

—Bueno. Mañana a la una te espero aquí; tomaremos los aperitivos, almorzaremos juntos y arreglaremos todo... Por lo pronto, tomá un "canario", para festejar el acontecimiento...

—¿Qué te parece, viejita?... ¡Ese es un amigo!... Fijate a ver si está la chiquilina de al lado, que vaya a traer un litro de vino.







El amigo cumplió la promesa y poco después la familia partió para Mendoza. Iba Servando rebosante de entusiasmo, mas no así su compañera, quien estaba habituada a tales entusiasmos, siempre fugitivos.

En la estanzuela—un vallecito enclavado en la montaña—no había nada más que una casucha de adobones y media docena de chivas semisalvajes. Pero el flamante cultivador, muy orgulloso de su traje, su gorra y sus botas de alpinista, no se amilanó por eso: el abundante surtido de conservas que había llevado consigo aseguraba por varios meses exquisito comestible.

Púsose a la obra inmediatamente. Lo primero fué planear un jardincito; mientras el peón preparaba la tierra, él se engolfaba en la lectura del más reciente tratado de floricultura venido de París. Luego siguió la formación de una pequeña huerta de hortalizas y un plantel de frutales; todo lo cual daba pretexto a frecuentes viajes a la ciudad en procura de semillas, plantas y útiles. Al principio demoraba el regreso un par de días, pero después las estadas prolongábanse por una semana y aun más, ocasionando considerables dispendios.

Y mientras el ex periodista derrochaba el tiempo y el dinero en viajes, en diversiones y en fantásticos planes de explotación agropecuaria, llegó el invierno con sus nieves y turbonadas y fríos atroces. El jardín y la huerta—absurdamente y descuidadamente cultivados—se agostaron bien pronto; y los árboles que no derribaron los vientos, perecieron por inadaptación al clima.

Terminadas las conservas, fué necesario surtirse de víveres, a gran costo, en la capital de la provincia. Todos los chivatos y casi todas las chivas fueron muertos a tiros por Servando, que no encontró otro medio de utilizar su copioso material cinegético. Frecuentemente bloqueado por el mal tiempo, y abandonado el propósito de consagrar los ocios al cultivo de la alta literatura, el joven se consolaba abusando más que nunca de los alcoholes.

Por otra parte, los cinco mil pesos estaban a punto de agotarse; y un buen día, el pioneer, desilusionado y aburrido, empezó a maldecir la tierra ingrata, la campaña que "envejece, empobrece y embrutece", según dice el adagio.

Y no tardó en decidirse:

—La campaña—dijo—está hecha para los animales. ¡Volvamos a Buenos Aires!...

Marcelina, sumisa, dócil, sin voluntad, aceptó con indiferencia y sin un reproche el nuevo fracaso, preparándose para el venidero.

Dib. de Bolins.

* * * Las cuerdas de un piano, puestas una tras otra, alcanzarían una longitud de cerca de dos kilómetros.

* * * Las estadísticas de seguros sobre la vida demuestran que en los últimos 25 años la duración media de la vida de las mujeres ha aumentado de 42 años a 46, o sea más de un ocho por ciento. Durante el mismo período, la duración media de la vida del hombre ha alcanzado 44 años en vez de 42, o sea el cinco por ciento.

Temas escolares. por la Srta. PALOTES

No hay en todo el programa de la escuela primaria asignatura que revista la importancia que tiene la lectura.

Está llamada a realizar por sí sola lo que no harían muchos años de vida escolar. La cultura que posee una considerable mayoría de hombres que apenas pisaron el aula, lo atestigua demasiado.

Siendo ésta una verdad repetida hasta el cansancio, parecerán fuera de tono estas consideraciones.

Hay que insistir, sin embargo, hasta hacer de la lectura, no la primera materia, sino la fundamental y básica de toda enseñanza.

Que los niños de nuestras escuelas sepan leer y tengan amor a los libros; el resto se hará sin esfuerzo.

Y no me refiero aquí a la tarea de vencer dificultades mecánicas en la lectura, ni a la adquisición de cualidades en la misma, no. Es ésta una tarea aunque difícil, muy hacedera al maestro inteligente.

La pureza de la pronunciación; se obtiene con la constante vigilancia sobre la emisión de sonidos, de las vocales especialmente.

La claridad; sólo requiere insistencia en la repetición de sonidos confusos.

El acento correcto; depende de la fuerza relativa de cada sonido; pronto se acostumbra a ello el alumno.

El énfasis; se adquiere por imitación, y así los demás elementos de una buena lectura.

Lo que no puede obtenerse con métodos especiales ni estudiadas técnicas, es el gusto por la lectura, el amor a los caracteres impresos. Esta sí que es tarea complicada para el educador.

Conseguir de los niños que vean en un libro el mejor compañero; fomentar sus inclinaciones naturales poniendo en sus manos obras que traten asuntos de su predilección; fundar, si es posible, en cada grado una pequeña biblioteca con ejemplares seleccionados y con la cooperación de todos.

Que estos libros circulen continuamente entre los niños, ya como medio de preparar sus lecciones, ya sirvan de distracción en las tardes dominicales, largas, por lo general, en ocios, o mal empleadas entre la atmósfera dos veces viciosa del cine.

No creo en la necesidad de perder mucho tiempo en la enseñanza de lectura expresiva y enfática. Contados son los alumnos que tendrán ocasión de lucir su arte en públicos torneos. Más necesario es que lo sepan hacer para sí, con inteligencia, desentrañando sin esfuerzo la idea de lo leído, y sobre todo sintiendo interés por cada cosa nueva que descubran en los capítulos sucesivos.

El maestro debe fomentar la curiosidad por la lectura. Que ella sea el importante recurso para educar el entendimiento, el corazón y la imaginación del niño. Naturalmente, se tendrá buen cuidado con los libros puestos en mano de los niños. Esta es una tarea minuciosa de rebusca y selección.

Crece la dificultad en la práctica, si se tiene en cuenta la carencia en nuestro país de libros especiales para chicos.

Como guía para su discernimiento, transcribo aquí algunas advertencias dadas por un maestro en la materia:

"1.° El libro debe recurrir a la imaginación y no meramente a la razón. Un estilo didáctico frío, aunque sea claro, no tiene atractivo para los niños.

2.° Hablando a los sentimientos, el libro no debe suponer en el niño un alto grado de conocimiento de sí mismo. Algunos libros, por otra parte convenientes, están inutilizados por una moralización perpetua que demanda reflexiones de una naturaleza enteramente fuera del alcance de los niños, olvidando que la moralidad debe estar entretejida en la tela de la narración, y que ellos se la emboben silenciosamente, identificándose con el personaje cuyos sentimientos y acciones son morales.

3.° Enseñando moralidad el libro, debe basarla cuidadosamente en un principio estable. Una moralidad falsa es una falta peligrosa y, sin embargo, muy común en los libros de los niños.

La virtud está frecuentemente asociada a la ventaja personal, como cuando el lucro se hace la base para inculcar la veracidad y la honradez, y el vicio está frecuentemente condenado sólo en el terreno de la desventaja personal. Si la virtud y el vicio no tienen bases más profundas, la moralidad del niño será con el tiempo rudamente combatida y quizá vencida. Algunas veces la virtud y el vicio están fundadas en casos extremos de recompensa y castigo; así al muchacho que roba nidos se le anuncia a menudo la mala suerte de caer de un árbol en un río y ahogarse; o al niño que sigue una conducta depravada se le dice que camina al patíbulo. Tales consecuencias rara vez ocurren, y si ningunas otras penas son mencionadas para el vicio, el niño que no ve suceder nada de eso, concluye por dudar de toda veracidad.

4.° El niño debe describir la virtud para imitarla con preferencia al vicio para evitarlo. No es prudente anatomizar los caracteres viciosos ante el niño, ni trazar sus pasos por entre sus varias tretas, ni mostrar sus designios, aun con el propósito de denunciarlos. Ninguna ventaja resulta de dar a los niños una experiencia del mal, sin la cual está mejor. Presérvese su ignorancia tan largo tiempo como se pueda, pues el conocimiento del bien y del mal vendría bastante pronto. No el lado oscuro, sino el luminoso de la naturaleza humana, será pues expuesto como el cuadro que los niños deben imitar."



Distracciones del Zoológico

por José GABRIEL

Las ratas japonesas. —

Por fuera, el Jardín Zoológico parece muy largo. Un espectador situado en plaza Italia, en dirección a la avenida Sarmiento, apenas alcanza a ver el final (sobre todo de noche). Por dentro ya es más corto. Tampoco se ve el extremo opuesto, pero se llega rápidamente de una punta a otra. Hay una compensación: que por dentro parece más ancho de lo que es.

La causa del error está en los vericuetos de dentro, que nos quitan la noción de lo ancho y de lo largo, para darnos sólo la de extensidad en todos sentidos. De aquí que corramos el jardín de extremo a extremo y siempre nos quede algo del centro por ver. El pabellón de los elefantes, ¿Quién lo encuentra a la primera?

En Japón, ahora que recuerdo, hay unas ratas blancas, muy lindas, que carecen de canales semicirculares en el laberinto. Una variación del medio las trastorna, y empiezan a dar vueltas, como sobre un eje. Se les llama, por eso, ratas bailarinas, y su baile se parece al baile sanvito. Es que la ausencia de los canales en la cavidad laberíntica, les priva del sentido de la orientación.



Yo no he visto ratas japonesas en las jaulas del zoológico; pero las hay, estoy seguro de que las hay, aunque con el laberinto completo, y en domingos, a millares.

La giba del camello. —

Me es francamente antipática. Mientras conserva su turgor, todavía la soporto (túrgida es como soporta ella también a los niños). Entonces me parece una sinuosidad del esqueleto. Pero en seguida que se agosta (mitad a un lado, mitad a otro, ¡qué horrible!), me repele inevitablemente. Y es que, sin ser órgano independiente del esqueleto — como las orejas, por ejemplo, — tampoco le es fiel, puesto que cobra una forma accesoria.

Yo saco de esto la siguiente conclusión: o independencia o sometimiento; el término medio es accesorio, y lo accesorio, sobra.

Estrambote: evitemos las protuberancias (y el estrambote en el soneto).

La tortuga. —

¡Uf! ¡Qué bicho absurdo! Bien supo lo que hacía Zenón de Elea, cuando lo eligió para defender una absurdidad.

El pavo real. —

Como hembra, muy bien, hermosísimo; como macho, me resulta ambiguo.



La iniciativa del mono.—

Todos, todos los animalitos del zoológico, o se están constantemente tumbados, al sol, o no paran dando vueltas por su encierro. Sus movimientos son casi rítmicos. Pasan por una veredita, dan vuelta, vuelven a pasar vuelven a dar vuelta, vuelven; principalmente el oso, que camina como por alambre y siempre pegado a las rejas.

Los monos, no; los monos tienen iniciativa. Entre sus movimientos automáticos suelen poner, de pronto, un saltito especial, un paso atrás, una carnerita, una pausa; movimientos no previstos por el espectador.

—Así la música modernista—comenta un soldado de la banda del regimiento;—así la música modernista, que no deja al auditor ir siguiendo el tema.—Lo dice por la escuela de Debussy.

—Así los hombres—reflexiona, por su parte, el guardián;—que, sin poderlo prever, dan saltos, retroceden, corren, matan, roban y echan comida a los bichos, lo cual está prohibido por ordenanza municipal.

El mono, la música modernista y el hombre tienen, pues, iniciativa.

El hipopótamo.—

No lo comprendo.

El león.—

El color, sí, parduzco, color de tierra; pero las melenas hasta la mitad del cuerpo, la mitad posterior trasquilada y el plumerito de la cola, no lo veo.

Me causa profunda desilusión. Es un tigre cualquiera.

El lobo.—

Carece de personalidad.

El gesto del mono.—

Vuelvo hacia las jaulas de los monos. Me atraen en particular los monitos comunes, de América,—vulgo organistas.—Son los más chiquitos, pero también los más graciosos. No sé por qué presiento que nunca se hallanarían a un régimen democrático.

Con todos sus juegos, su inquietante movilidad, sus malabarismos insospechables, por el suelo, por el techo, por los alambres, por las cornisas, y sus chillidos (éstos chillan, borrea el de enfrente, cuyo prognatismo y cuya impudicia denuncian un fuerte atraso filogenético); con todo eso, los organistas hacen reir. Entonces, los hombres se les semejan.

Pero, cuando se quedan quietecitos, hacen pensar. Uno de ellos se acerca a las rejas y mira al público como con desgano. Si otro le rasca el lomo, entorna los párpados plácidamente; si un niño le chista, vuelve la cabecita y arquea las cejas. ¡Cuidado con esto último! Arquear las cejas es su único gesto original. El único, pero con eso sólo ya nos parece que siente, que piensa, que va a hablar, porque la movilidad de las cejas desempeña el más importante papel en la expresión del rostro. Los albinos son mímicamente menos expresivos que nosotros. En el momento en que el ágil organista juega las cejas, se parece al hombre.

Lo que el mono no logra—a ver, que lo haga, que lo haga—es reir, reir con la cara, como nosotros, como yo. Salta, corre, juega, se divierte con los suyos, y cuando le veo así no me cabe duda de que está contento; sencillamente porque es lo que yo hacía cuando me contentaba. Pero vuelve la cara, y me desconcierta: el gesto es igual, no ríe, no puede soltar la risa. A ver, que lo haga.

En hacer reir, el hombre se parece al mono; en manifestar desconfianza, contento o duelo, el mono al hombre. Sólo en reir el hombre se parece a sí mismo. Y es su privilegio.

La jirafa.—

¡Qué tonta!

El rostro del oso.—

Yo aconsejaría al oso que caminase siempre para atrás, como los socialistas (hoy, ya no son los conservadores los reaccionarios). Donde metiera la parte posterior, entraría todo. No así caminando como lo hace ahora, que puede meter el rostro (así se puede llamar lo que termina en punta); que puede meter el rostro, pero nadie responde de lo que sigue.

El oso hormiguero ya es una caricatura del oso común. Empieza verdaderamente en punta.

La mirada del mono.—

El mismo monito organista que se arrima al alambrado de la jaula y deja que otro lo espulgue, se vuelve hacia mí y me mira; me mira fijamente (no es que me alabe), y en el iris de sus ojillos pardos advierto la misma sucesión de acomodaciones al objeto, que es propiedad del ojo humano.

Sigue mirándome, y yo debo retirar la vista. Me ha parecido una persona, y dos personas no pueden mirarse fijamente en los ojos durante más tiempo que algunos segundos, porque en seguida tiene que resultar algo: si son un hombre y una mujer, sonreirán peligrosamente; una mujer y un hombre, lo mismo; dos hombres, se preguntarán: "¿Qué hay?"... De un mono personificado y un hombre, yo no sé qué puede resultar, fuera de este comentario.

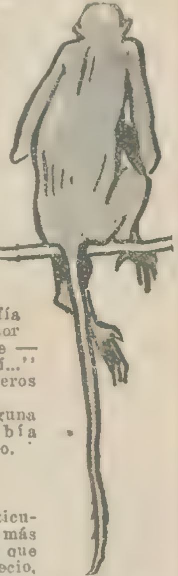


El lobo de mar.—

Al andar se apoya con los codos, es decir, se acoda como las mujeres en el balneario municipal, cuando está bajo el río.

El pulgar del mono.—

Todavía, y después de haber hecho una visita de cumplido al elefante, que me llena de admiración, vuelvo a acercarme a las jaulas de mis monos. Son fuente inagotable de diversión y de reflexión.



No me resigno a admitir que los monos, aparte de la risa, no tengan otra diferencia con los hombres. Me planto allí, y en el momento en que leo unas letras negras, grandes, que rezan: "Cuidado con los...", llama mi atención uno de los organistas que ha tomado con una de las extremidades anteriores una cáscara de naranja. La aprehende bien, la parte, la mira y se la lleva a la boca, pero — este es el secreto, — al cerrar la mano no consigue tocar la falangeta del dedo índice con la falanguina del pulgar. Yo, en cambio, pruebo y lo hago sin trabajo, y del mismo modo, el guardián.

Entonces comprendo toda la filosofía encerrada en la máxima del profesor Jakob — ¡gran profesor! "El hombre — dice Jakob — es un mono que hace así..." (y junta las yemas de los dos primeros dedos).

Ya sospechaba yo que alguna diferencia fundamental había entre el hombre y el mono.

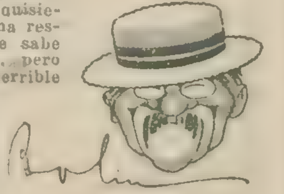
El jaguar americano. —

El jaguar americano es de mi particular dilección. De poca alzada — algo más grande que el puma y un poco menos que el tigre rey, — pero proporcionado, recio, sin un vacío en todo el cuerpo, musculoso y con una piel a figuras exagonales que le presta irresistible atractivo.

Don Jacinto Benavente ha referido, como él sabe hacerlo, la aventura de un oso que un día rompió su jaula y quiso salir a comer dulces y a jugar con los niños. Surtió, y fué tal su regocijo al verse libre y muy cerca de cumplir sus deseos, que se puso a bailar, "acompañándose de unos berridos que a él le parecían muy dulces". Pero todos huyeron al verle, y unos hombres que se le acercaron cautelosos, fué para matarlo a tiros. Y el pobre animal, "al mirar el cielo azul, sobre los árboles y las montañas, pensó al morir: ¡Qué brutos son los hombres! Han creído que yo era una fiera y se han asustado al verme suelto... ¡Y yo sólo quería revolcarme en la hierba, comer golosinas y jugar con los niños!"

Yo veo ahora este hermoso jaguar americano, y me entran súbitas ganas de meterme en la jaula y jugar con él, y pasarle la mano por el lomo, suavemente, y abrazarle la cabeza preciosa, y decirle cosas de mimo, como a los gatitos: "Pichichito, pichichito, tan rico él...; venga, mono, ¡tan rico, tan rico!" Yo quisiera hablarle, persuadirle de que no le haré nada malo, de que podemos ser buenos amigos, de que le cuidaré. Si lo tuviera en mi casa, viviría como un príncipe, tendría buena comida, cuidado, regalo, calor... ¡Debe ser más lindo recostar la cara sobre su piel!

Yo pienso esto al verle entre las rejas, pero, de pronto, como si conociera mi solicitud y quisiera darme una respuesta, una respuesta suya, la única que sabe dar, se yergue, magnífico, pero amenazador, y lanza un terrible rugido.



¡No ve! ¡Qué rabia! Ah, pero yo te aseguro, jaguar hermoso, que si un día quitas los barrotes de tu jaula y sales a la calle con ganas de jugar con los niños, te mataré.

Un buen director. —

Dejo por hoy los animales. Este jaguar me ha dado un poco de fastidio. Nunca nos entenderemos hombres y animales. ¡Si no estuviéramos tan mal prevenidos unos contra otros! Pero, ¡qué!, es lo que nos pasa entre los hombres mismos.

Dejo por hoy los animales. Este jaguar me jardín. Dicen que los directores de encierros de locos, si aman la profesión y se preocupan con el bienestar y la curación de sus asilados, terminan por parecerse a ellos. Y el contagio en toda convivencia y preocupación, es de tal modo evidente, que el director del zoológico, que atiende de verdad su puesto y cuida paternalmente a los animales, va cobrando ya un aspecto interesantísimo. Es la consagración divina de su admirable apostolado. Yo le reverencio.

Al salir. —

Cuando voy saliendo, en la boca de una calle angosta del jardín advierto un letrero que dice: "Está prohibido transitar por las vías del tren". Y me meto por las vías.

Dib. de Bolín.

El feliz Rodrigo Rodriguez

(Diario)

por Arturo VAZQUEZ CEY

Noviembre 5. — Me llamo Rodrigo Rodríguez. A veces cuando reflexiono en mi nombre y apellido harto vulgares, pienso no sin melancolía que mis padres, mis ricos y dichosos padres, fueron personas de un endiablado mal gusto. Ocurre, entonces, que prenden en mí deseos violentísimos de tañer cualquier instrumento raro: una flauta de color de iris, un pífano de cuarzo, ¡qué sé yo! Bien advierto que dentro de mí prospera algo roto para siempre. Poseo un alma enteramente trastornada. Acaso el Todopoderoso me la dió así, para que me fuese como un espejo infernal, en el que se reflejara, torcidamente, la belleza dolorosa del mundo.

Has de saber lector, que acaso no me entenderás, que soy un hombre feliz o por lo menos dueño de lo que la gente estima como la felicidad verdadera. Disfruto de una sólida posición económica y de consideración social. Para conseguir ambas cosas existen personas que se desgarran a dentelladas de lobos, arriesgando que las enjaulen en la cárcel.

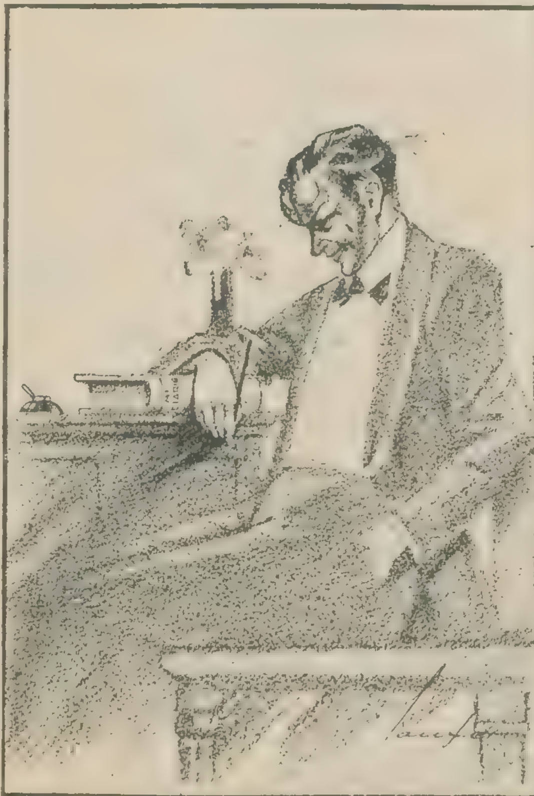
Puedo prescindir de tan ominosas luchas. Agregaré que soy argentino, natural de Bahía Blanca y que me eduqué y desarrollé en Buenos Aires. Tengo 37 años de edad. Un mechón gris domina mi cabellera negra "como el ala del cuervo", según decía mi padre, que escribía versos, y cae sobre mi frente como tembloroso tirabuzón de plata. Mi madre murió cuando yo tenía cinco años. No sentí su desesperación, naturalmente. Renuncio a narrar la vida que llevó desde entonces mi padre, hasta el día de su muerte, que ocurrió una lluviosa noche de carnaval, en un salón de baile, al que había concurrido, acompañado de dos circasianas, disfrazado de sapo.

Quedé completamente huérfano a los veinte años. Tenía veinticinco cuando me casé. Confieso que apenas a esa edad comencé a penetrar el sentido de la vida. El fallecimiento de mi padre no me provocó el menor sentimiento de pena, ¿qué vínculo me ataba a ese hombre de faz roja que me dejara entregado a la tutela de unos tíos?

Eulalia, mi dulce prima Eulalia, a quien conocí en casa de éstos y a la que pude llamar mi esposa, surge entre mis recuerdos, como una imagen tumular, dominándolo todo. ¿Dónde estás ahora, muerta mía adorada? Sin duda en mundo mejor, donde nos uniremos para siempre. Tus grandes ojos de esmeralda, tus esponjosos cabellos albazanos ejercen todavía sobre mí su antigua virtud de sortilegio; a veces creo embriagarme con su perfume... Tú eres lo único que permanece intacto en el corazón de este hombre, que a no ser por ti, amor mío, jamás hubiera sufrido.

Tuve siempre la satisfacción al alcance de mi deseo, ignoré ordinariamente lo qué significa el obstáculo, la la hesitación, lo imprevisto hostil, en cuyo juego se forma la trama de las existencias comunes... Rico y bien parecido se me inclinan las voluntades ajenas; nadie osa discutir conmigo, las mujeres buscan mi mirada, mis sentimientos son acatados y he rechazado tres veces la presidencia del club. ¡Dios mío! Voy como un río lento y claro no sé dónde: seguramente ha de ser hacia algo semejante al mar, mar monstruoso y bravío.

Sí: voy por la vida como un río que, bajo un cielo blanco, cruza una pradera de blancas vegetaciones arrastrando perezosamente su canción monótona. En las noches azules y estrelladas de invierno siento deseos vehementes de gritar: ¡ven a mí, dolor! ¡ven, dolor adorado!



Noviembre 10. — Acabo de leer las noticias de policía. El cronista revela ingenio para interesar al público forjando un melodrama con las vulgares noticias de un crimen ordinario. Habla de lo trágico cotidiano. He aquí algo que comprendo pero que ignoro y, por cierto, no me siento capaz de arrojarme bajo las ruedas de un tren para comprenderlo mejor. Lejos, muy lejos de mí, rueda el dolor de los hombres con su cortejo de esplendores.

Enero 6.—Las noticias de la guerra, francamente, me producen náuseas. Creo percibir el terrible olor de cadaverina que emana de montones de muertos que se pudren bajo la luz de la luna. Innumerables semejantes míos matan y sucumben en el momento en que escribo con desgano en esta hoja de papel finísimo. El presidente del comité de la Cruz Roja de..., a la que hiciera una importante donación, me ha enviado una nota, alabando mi comprensión del dolor humano. Esta mañana he corrido como un loco por el bosque de Palermo, a riesgo de estrellarme contra un tronco. Jugar toda mi fortuna a la ruleta sería un buen recurso para probar una fuerte emoción, pero sé que soy un perfecto inútil, y el tener que ganarme la vida, acabaría conmigo. ¡No me atrevo!...

Enero 15.—Anoche, durante tres horas seguidas, interpreté el adiós, al piano, de Beethoven. ¡Desgarrador! Hoy me encontré con Tobías Simowsky, mi condiscípulo del colegio nacional. Es doctor en filosofía y letras y desde hace ocho años persigue en vano una cátedra. Observé que gastaba un par de botines viejos de puntas torcidas y que su ropa negra tenía visos verdes. Me habló de su madre y de su novia, muertas, y de su prima casadera, exclamando con sincero énfasis literario:—¡He bebido hasta las heces el dolor! Para mí no hay esperanza. ¡Nevermore! ¡Nevermore! Cuando se despidió, estreché su diestra huesuda con profunda emoción.

Sin fecha. Deseo deseos. Deseo padecer. Carezco de ambiciones. En el mundo me ahogo como en una cárcel. Mi desgracia consiste en que poseo una sensibilidad extrema que en nada puede hallar objeto. ¡Ven, ven a mí, dolor adorado!

Dib. de Lanteri.

AÑO XV
Número
449

10
Mayo
1918

Bellezas edilicias



El notable grupo escultórico inaugurado estos días en la plaza Rodríguez Peña.

Fot. Cabada.




Fiesta militar






Algunas personalidades concurrentes a la fiesta celebrada por el R. 2 de línea "Lanceros General Paz", con motivo del 96 aniversario de su fundación.



Ganador de la carrera de mulas, llevada a cabo en la referida fiesta.



La distinguida concurrencia penetrando en el lugar de los festejos.



El subteniente Francisco Leyría, leyendo una conferencia sobre el regimiento.

Teatro Nacional



Una escena de "Crispín el conquistador", de E. Dupuy de Lome, estrenada el viernes 3 de mayo.

Fots. de Louzán y Cabada.

Nuestro gran mundo



Srta. María Zulema Clérici.

Fot. A. d'Alberet.





Srta. Pearson Esnaty.

Fot. Witcomb.

Srta. Ocampo Alvear.

Fot. Witcomb.

El nuevo gobernador de Buenos Aires



El señor José C. Crotto, nuevo gobernador de la provincia de Buenos Aires, leyendo el mensaje ante la legislatura del primer estado argentino.

Fot. F. Ramos.

Bodas de plata



El doctor Tomás de Veyga y señora, que el 4 del actual celebraron sus bodas de plata.

Fots. Chandler.

Laura

por Augusto GONZALEZ CASTRO



Es moderna, tiene veinte años y se pone Rimel's *en los ojos y* rouge *en los labios. Ella dice así alargando felinamente la húmeda boquita en un galo gesto que sólo entendemos nosotros, pero que le da cierto aire de distinción trasatlántica. Sabe vestir. Es algo inteligente, muy frívola y no habla sino riéndose atropelladamente. Su cuerpo largo, bastante bien hecho, se inclina hacia adelante, apenas aprisionado por el corsé; el traje, de cualquier color, termina en el lugar preciso en que la pantorrilla hace un revelador y dulce declive; y los pies, no muy pequeños, gozan en unos elegantes zapatos "modoré" de última moda, que son el orgullo de su dueña.*

Laura es buena. Le gusta agradar y lo sabe hacer. Ahora es novia de un militar más bajo que ella, se cree algo enamorada de un diplomático al que nunca ha visto, pero de quien ha oído hablar, y está deslumbrada por la verbosidad de un poeta tropical, todo lo cual es peligroso.

Esta mañana de domingo, después de misa, Laura se ha ido al Parque. El Parque, con sus avenidas umbrosas, la atrae siempre, pero, más que el parque, la seguridad de un uniforme exacto en cierto banco, bajo la sombra de un árbol, subyuga su coquetería; porque si a Laura no le importa su novio, en cambio está sugestionada por un dorman azul, orgulloso de galones y por unos pantalones encarnados, a los que la vecindad de un sable curvo, da altas continencias de heroicidad.

El poseedor de estas prendas es un muchacho casi tonto para la vida civil. Ambulante lección de balística, su conversación es una perenne trayectoria, ya ante una mujer bonita, ya ante un clérigo medroso. Laura no le ha comprendido nunca una frase y por eso le ha sonreído siempre.

Ambos, puntuales a la cita, se han saludado sin efusión y han hablado después. Él, infalible, en largos monólogos científicos de cañones y granadas; ella, distraída en alegres charlas locas de encajes y de cintas. Luego han disputado por cualquier cosa, como de costumbre, y se han separado enojados.

Traspuesta la verja del paseo, Laura piensa sorprender a Esther, su amiga íntima, con una visita inusitada. Camina las cuatro calles que la separan de su casa y llama nerviosamente. Esther no está. Así lo asegura entre dos sonrisas serviles el viejo criado que ha acudido. No está y probablemente no vendrá a almorzar, porque fué a misa con las señoritas X.

En la acera, Laura se resigna a la monótona comida familiar. Hace detener un auto, y cuando tras la rapidez de su pie suena la portezuela y vibra el motor, ella piensa que no es feliz porque su novio no la quiere, y presiente que tampoco lo sería si la quisiera...

* * *

—Sí, mamá. Estoy triste... Vamos, triste no, pero siento algo raro. Quizás un poco de hastío. ¡Es tan igual esta vida!...

Y Laura, después de decir indolentemente las anteriores palabras, se deja caer con suavidad en una chaise-longue.

La mamá mueve la cabeza. ¡Sí! La niña está pálida, hace días que no come bien y su carácter, antes tan jovial, se ha tornado algo sombrío. ¿Qué tiene la pobrecita? ¿Acaso ella no le da gusto en todo? ¿Está enferma? ¿Algún amorcillo, quizás? ¿Por qué no se confía a su madre? ¡Y le echa la culpa a la vida! ¡La vida! ¡La vida es siempre buena para una muchacha de veinte años!... Si fuera vieja... ¡Vaya! ¿Qué quiere la tontuela? ¿Pasear? ¿Ir al teatro? ¿Comprar el adrezo tal? ¿Por qué no habla?...

Estos pensamientos hallan dulces inflexiones de ternura en los labios de la señora. Laura la escucha y, mimosa, dice:

—No, mamita. No quiero nada de eso... Quiero... (se sonríe). *Quiero...* (vacila). *Quiero lo que no podré hallar nunca: ¡un cariño raro! Ya ves que soy loca, ¿verdad?...*

¡Un cariño raro! La mamá abre desmesurados los ojos. ¿Cómo se le ha ocurrido eso a la niña?... ¡Un cariño raro!...

* * *

En una matinée, otro domingo, Laura conoció al diplomático que la intrigaba: un caballero de irreprochables maneras y meloso trato, que usaba monóculo y que llevaba engomadas las guías del bigote. Habló con él; lo miró largamente con sus grandes ojos interrogadores y luego, en un giro de la conversación, tras el vaivén de su abanico y entre sorbo y sorbo de un delicioso refresco de fresas, inició, distraída, el repertorio de sus encantos.

El tema del amor se deslizó como siempre. Galanterías y sonrisas volaron de cerebro a cerebro, sin que una línea de emoción plegara, siquiera fugazmente, los impasibles párpados, bajo los cuales se buscaban sabias pupilas cansadas de lo mismo.

Laura habló de Ellas. *Se lamentó de que el alma femenina, generalmente incomprendida, pasara con sus ensueños, con sus amores y con sus penas, sin ser descubierta jamás por el ser varonil, noble y fuerte, que debía estar esperándola. Hizo una síntesis clara del amor moderno: lo calificó de teatro banal en el que mujeres maniquíes y hombres monigotes se mentían sin arte y, por último, cuando su discurso vibrante y atolondrado, vaciló en una frase, hizo la pregunta final:*

—¿Usted cree que puede existir hoy un cariño raro? ¿Algo así como de cine en que a lo puro del sentimiento se una la superstición de lo irremediable y la sucesión del obstáculo?... ¿En el que todo sea imposible, hasta que algo fácil que llegue porque sí, desgrane los acontecimientos hacia el ánfora de la vida común?...

Pensativo, el diplomático se acaricia el bigote, tose ligeramente y, perplejo, dice:

—No, señorita. En el cine de la vida, las películas son distintas, y debemos conformarnos con ellas. Son pocas las mujeres que piensan como usted, se lo aseguro... Varíe, mejor. ¿Para qué martirizarse la juventud con esas ideas?...

* * *

Si hablara menos...

En los oídos de Laura vibran aún las palabras de su poeta... "Penumbras azules, fosforescencias de luna, rumores de florestas encantadas, músicas de lejanas brisas, perfumes, matices, besos, trinos, escalas de suspiros, ritornelos de alas, ensueños, gloria, amor, amor, amor!..."

Si hablara menos...

* * *

Y esta mañana de domingo, bajo el sol ardiente del verano triunfante, Laura ha ido al Parque. Y en el mismo banco de siempre, hechas las paces, ha escuchado con los ojos enormes una lección sobre las balas dum-dum, y se ha marchado después, sin disputar, sumisa y ligera, pensando que su amor de hoy es raro porque no lo comprende o porque no es amor...

Dib. de J. Larco.

Informaciones varias



Distribución de premios a los alumnos en el colegio El Salvador, durante la fiesta con que se solemnizó el cincuentenario de su fundación.



Parte de la concurrencia de la fiesta rememorativa del 2 de mayo, celebrada en la "Asociación Patriótica Española".



El doctor Rufo leyendo el discurso con que se abrió el citado acto patriótico en la referida institución.



Asistentes a la fiesta socialista celebrada en el teatro Coliseo el 1.° de Mayo.

LAS ESTRELLAS DEL CINE



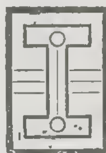
Bárbara Castleton

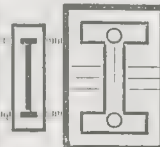


Bessie Barriscale.



Corine Griffit'



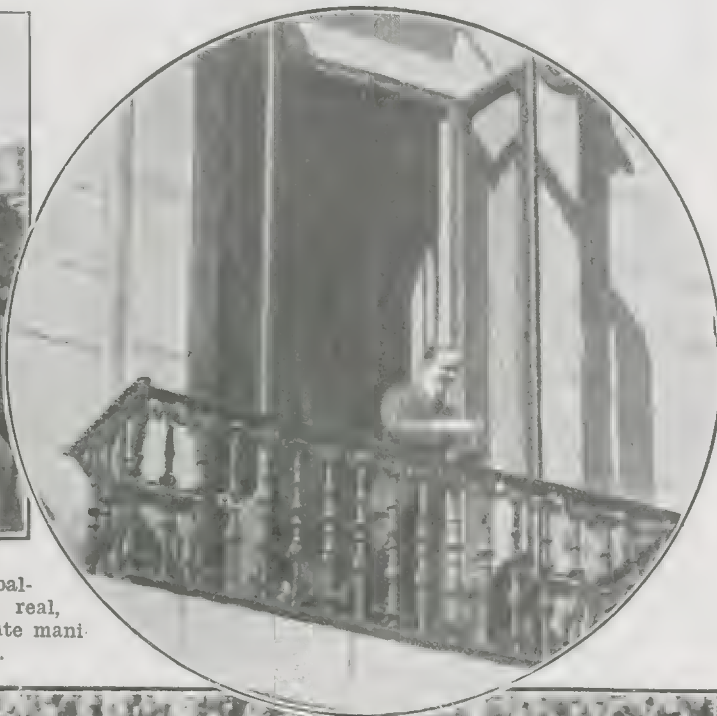


La actualidad española

Ultimas informaciones gráficas traídas por el correo



El pueblo de Madrid aclamando a Alfonso XIII al resolverse la última crisis ministerial.



El rey, en un balcón del palacio real, ante la imponente manifestación.



La reina con el uniforme de coronel del regimiento de cazadores de caballería que lleva su nombre.



Manifestación popular en honor del ejército el día en que se solucionó la crisis.



Primera reunión del gabinete llamado de ''concentración nacional''.

Ofrecemos las últimas creaciones en PIELES, a precios sumamente reducidos.







N.° 6. Cal. 558—**CAPA DE PIEL** en color marrón oscuro y negro, forrada en raso de pura seda. Manchón de la misma piel para hacer juego, forma de última moda.

La capa sola. . . . . $ 31.50
El manchón solo. . . . . „ 18.50
El juego. . . . . „ 48.—

N.° 1. Cal. 560—**CUELLO** de piel, color marrón oscuro o negro, forma de gran moda, forrado en raso de pura seda. Botamanga de la misma piel, para tapados y para trajes.

El cuello solo. . . . . $ 17.50
Botamanga para tapados. . . . . „ 17.50
„ „ trajes . . . . . . „ 8.90

N.° 11. Cal. 551—**JUEGO DE ESCOCES Y MANCHON** de piel. El escocés formando capa adornado con tres cabezas y cuatro colas; el manchón forma de gran moda; colores: marrón oscuro y negro.

El escocés solo. . . . . $ 24.—
El manchón solo. . . . . „ 18.50
El juego completo. . . . . . „ 40.—

OCASION JUEGO DE ESCOCES Y MANCHON de piel, en color marrón, forros de raso de pura seda.
Tamaño del escocés 90 x 22. Del manchón 32 x 36.
Precio de réclame. El juego completo. . . . . $ 19.50









N.° 2. Cal. 553—**JUEGO** de cuello y puños de piel Lapín negro, forrado en raso de seda.

El cuello solo. . . . $ 13.50
Los puños. . . . . . . „ 12.50
El juego . . . . . „ 25.—

N.° 12. Cal. 562—**JUEGO** de cuello y puños de nutria, en color natural, piel de gran moda.

Cuello solo	Puños solos
$ 15.50	8.70

El juego completo . . . . . $ 23.50
El mismo modelo en Loutre Colombie.

El cuello	Los puños
$ 15.—	9.90

El juego completo . . . . . $ 23.50

N.° 13. Cal. 561—**JUEGO** de cuello y puños, de nutria, en color natural, para tapados y trajes, forros de raso de pura seda.

El cuello solo. . . . . $ 21.—

Puños: Para tapados	Para trajes
$ 17.50	8.90

Igual modelo, en Loutre Colombie.
El cuello. . . . . $ 29.—

Puños: Para tapados	Para trajes
$ 21.—	9.90

N.°8. Cal. 550—**BOA** de piel, color marrón oscuro y negro, adornada con una cabeza y tres colas, forro de pura seda, a. . . . . $ 9.75

MARABOUT PARA ADORNOS

en general, colores: negro, marrón loutre, gris topo, gris perla, lila, rosa y celeste. El metro, pesos. 1.30

PIELES EN TIRAS

de un metro, para adorno de vestidos, sacos o tapados, en varios colores; tenemos un surtido completo. Precio según ancho.

Ctms.	1	2	4	6	8
El metro	$ 0.95	1.90	3.80	5.70	7.60

NOTA: Viniendo las tiras de 1 metro, nos es imposible vender menos de medio metro.

Además de los modelos detallados, disponemos de un surtido muy selecto en CUELLOS, CAPAS, ESTOLAS, MANCHONES y juegos de cuello y puños en Skungs, Martas, Renard Alaska, Renard Argente, Putois, Oppossum, etc., etc.

A LA CIUDAD DE MEXICO

Florida y Sarmiento-Bs. Aires

Chic femenino

Modelo de terciopelo de color castaño, con bordado chino. Las pieles son de zorro gris.

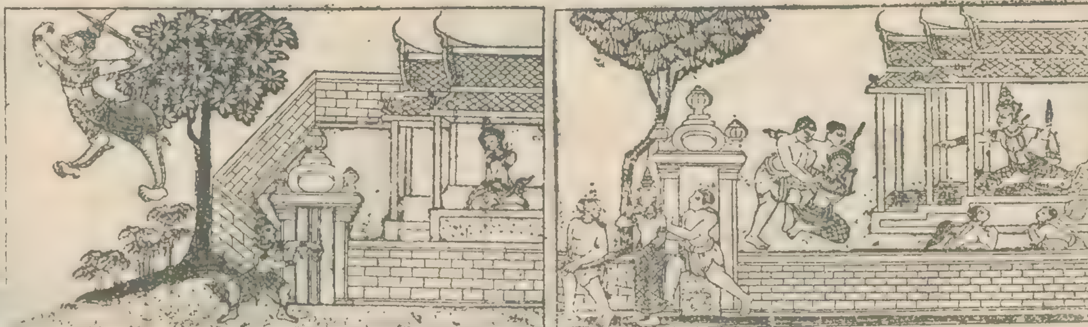
Traje de duvetina y seda color castaño. Sombrero de terciopelo negro, con plumas.

Tapado de género gris perla con aplicación de piel de zorro negro.

Original "cache-neg" de gran tamaño, a cuadros verdes y azules.

Traje de chifón de terciopelo, con pieles de ardilla. Sombrero de terciopelo.

La literatura indochina





Grabados del cuento "Neang-Kakey". Representan la seducción de una princesa, su condena por el rey y su castigo, arrojándola al mar.

Veinte años de trabajos en la península Indochina, procuraron a la Misión Pavía los elementos necesarios para publicar una interesante obra sobre la literatura de Camboya, de Laos y de Siam, de cuyos trabajos vamos a dar algunos extractos.

La novela Vorvong y Sorivong es la historia de dos muchachos hijos de un rey a quienes su padre creía culpables del mismo crimen que Fedra acusaba a Hipólito, por lo cual los mandó matar. Compadecido el verdugo, no cumplió la sentencia y los dejó en libertad. Después de pasar mil aventuras, los dos llegan a ser reyes de dos países. Entonces se vuelven a encontrar, reunen sus ejércitos y se dirigen hacia el reino de su padre para hacerle comprender el error y la injusticia que un día cometiera. Se libra la batalla, y el viejo rey es vencido. Convencido de su equivocación, lleno de remordimientos, manda matar a su mujer que había sido la causa de las desgracias de Vorvong y Sorivong.

El interés principal de estos ejemplares de la literatura indochina, de una sencillez primitiva, es que casi todos explican las particularidades de los suelos camboyano, laocio y siamés. Los nombres geográficos recuerdan o son los mismos que los de los personajes de su literatura.

Cerca de Luang-Prabang, dos colinas llevan los nombres de Rothisen y de su mujer Neang Kangrey. La leyenda del casamiento de los dos jóvenes nos da la causa de ciertas pesquerías que se practican anualmente en el Mekong.

El rey, padre de Neang Kangrey, no quería casar a su hija.

Cuando Rothisen se presentó en la corte para pedir la mano de Neang Kangrey, el rey al ver la apostura del pretendiente temió que su hija se enamorara de él, hizo traer un cesto de arroz y dijo al Buda:

Todos estos granos están marcados con un signo que puedes ver; están todos contados; voy a mandar que en tu presencia los esparzan por los jardines, campos y bosques de alrededor; si mañana me los devuelves todos sin que falte uno sólo, tomaré en consideración tu petición.

Así se hizo y Rothisen, con el cesto vacío delante de él, se arrodilló y exclamó:

"Vosotros, todos, pájaros e insectos del aire, y hormigas de la tierra no comáis los granos de arroz que acaban de llover sobre el suelo; secundad mi amor; no pongáis obstáculo alguno a la mayor de mis ansias.

Vosotros, genios protectores del país, si creéis que mi unión con la princesa, por quien a tan dura prueba me veo sometido, ha de ser un bien para el pueblo, haced que los seres animados a quienes invoco escuchen mi súplica".

Mientras así hablaba, alegres gorjeos se oían en las enramadas; habían escuchado su ruego y empezaron los pajarillos a recoger granos de arroz y depositarlos en el centro.

Entonces Rothisen les acariciaba suavemente y les daba las gracias.

Asombrado el rey de este resultado, pidió el cesto de arroz y lo hizo arrojar en las aguas del Gran Río, diciendo al joven:

"Traémelo mañana".

Los peces hicieron como los pájaros, devolviendo al protegido del cielo el arroz arrojado al agua.

El soberano contó los granos y dijo al pretendiente:

"Falta un grano de arroz, vuelve a buscarlo".

Rothisen volvió a la orilla del río y llamó a los peces.

"Amigos míos, les dijo. ¿Cómo es posible que falte un grano? Id a buscarle entre el fango y las piedras del río, buscadlo aunque sea dentro del cuerpo de algún malvado, o de alguno que no haya escuchado mi plegaria y se lo haya comido. La felicidad de mi vida depende de ese grano de arroz. Tened compasión de mí y haced que sea dichoso".

Todos los peces se miraron sorprendidos, hasta que uno de ellos dijo acercándose al joven:

—Yo soy el culpable, perdóname, toma el grano que falta, lo había escondido creyendo que no se notaría su falta.

Rothisen le dió con el dedo meñique, un golpecito en la boca, y en aquel momento todos los peces de su especie se encontraron con la boca torcida.

Desde entonces se conoce a esos malos peces, uno de los cuales tan mal se había portado con el santo, que después habría de ser nuestro amo y señor, con el nombre de "nariz torcida".

¡Cuántos siglos han pasado desde el día aquél!

Y, sin embargo, el "nariz torcida" no ha sido perdonado.

Todos los años cuando llega la estación de la lluvia, indicio de las inundaciones, todos los peces de la raza castigada se reunen en Kieruil-Kianva, cerca de Pnom-Penh, en nuestro Gran Río, para ir en masa al templo de Ang-kor, saludar la estatua del poderoso Buda y pedirle perdón por la ofensa.

Tal es el carácter de esa literatura oriental cuyos ingenuos y en cierto modo infantiles poemas no están desprovistos de encanto y amenidad.

El jardín de nuestros poetas

Mi muñeca

por José SANLLORENTI RUIZ

*"Tengo una muñeca
vestida de azul",
con labios de grana y ojitos travicsos
radiantes de luz.*

*Brilla en su figura
fresca juventud,
que trae al recuerdo los coros pueriles
cantando el Mambrú.*

*Su dulce palabra
semeja un frou-frou
de suaves sonidos, que fueran llegando
de allá, de lo azul.*

*Y es su risa loca
el arpegio de un
espíritu noble, que vibra en un cuerpo
lleno de salud.*

*Muñequita mía:
¿por qué serás tú
el dulce descanso de mi alma sedienta
de amor y de luz?*

¿Por qué, señora?...

por Antonio FONTANELLA

*¿Por qué, señora, bebéis
El néctar de mi pensil?...
Si su sabor es pueril
Como constancia tenéis,
Por qué, señora, bebéis?*

*¿Por qué, señora, aspiráis
Las flores de mi vergel?...
Si destilan tanta hiel
Como desdenes brindáis,
Por qué, señora, aspiráis?*

*¿Por qué, señora, absorbéis
La savia de mi panal?...
Si su dulzura es banal
Como el amor que ofrecéis,
Por qué, señora, absorbéis?*

*¿Por qué, señora, libáis
En savia, néctar y flores?...
Si son fríos mis amores
Como el hielo que emanáis,
Por qué, señora, libáis?*

Dulces palabras

por Mariano MACIA

*Han de ser de ternura ¡oh bella ingrata!
y para ti serán, tú que no sientes,
tú que nunca has gozado
del martirio de amar, tú que eres virgen.*

*El eco del torrente
desborda por los huecos de las peñas
como una voz lejana
que habla de ausencias y cariños muertos.*

*El canto lastimero
del ruiseñor oculto en la enramada
finge plegarias de ternura inmensa
en un Templo de amores silenciosos.*

*Y el perfume enervante de los nardos
que a orillas del arroyo
lucen su veste cándida de armiño.
también habla de amores.*

*La luz semi-velada
de los astros de noche azul y blanca,
es la lámpara ardiente
que alumbra los afectos de los hombres.*

*Y el Universo entero
es cámara nupcial siempre dispuesta;
y el bosque solitario
escucha los murmullos de los besos.*

*Y a través de los vientos y las brisas
vuela el amor cual ave,
y hace nido en los pechos encendidos
que amadores y amantes se extasían.*

*El rocío que cae a las mañanas
sobre el cáliz oculto de las flores,
es llanto que la noche
recogió entre su manto de misterio.*

*Son perlas del afecto,
son suspiros de almas amorosas...*

*El resplandor que fulge de los astros
para besar las flores que ya duermen,
son mensajes de tiernos sentimientos
con que se hablan los cielos y la tierra.*

*Y el susurro doliente
de las aguas que blandas se remueven,
es gemido de tórtola
que en su nido despierta al compañero.*

*Y es amor todo... los montes que palpitan,
las aguas que despeñan a las rocas,
los pinos seculares que se agrietan,
y los rayos del sol que al bosque alumbran.*

*Todo es amor... la humilde violeta
que se esconde fragante y ruborosa,
ama también al álamo sombrío
que en un rincón del valle vive y muere.*

*No lo quieres creer?... tú que no sientes,
tú que nunca has gozado
del martirio de amar, tú que eres virgen,
no sabes de ternuras? pues escucha,
atiende al despertar de tu alma inquieta
y oirás del amor los dulces ecos...*

*Pregúntate por qué eres tan hermosa,
interroga a tus ojos y a tus labios,
si se cierran aquéllos y éstos arden...
ya sabes que es amor, ya lo conoces...*

Dos sonetos

por Samuel GLUSBERG

POR EL SENDERO HUMILDE...

*Por el sendero humilde, voy hermanos
diciendo mi canción todos los días;
rimando mis suspiros, mis arcanos
pesares y mis fiebres y agonías.*

*Sé que algún día vendrán hombres vanos
que leyendo reirán las penas mías
y buscarán palpando con las manos
las lágrimas de todas mis poesías.*

*Sé que creerán literatura
y lo que es cierto, mi flébil amargura
que encubre siempre una sonrisa santa.*

*Pues en mi corazón, nunca en reposo,
guardo un Werther doliente y proceloso
que cada vez que quiere llorar, canta.*

EL LIBRO

*Es este, hermanos mi devocionario
espiritual. En lentas horas puras
puse en el además de mis ternuras
mi joven corazón de visionario.*

*Como si en un sentimental breviario
pusiera: mis ensueños y amarguras,
mi gran fe en el azul de las alturas
y mi canción humana casi a diario.*

*Canción que no sé si era de alegría
o pena; pues mi corazón sonoro
desasido de su íntima congoja*

*puso con la bondad del alma mía:
una cordial sonrisa en cada lloro
y una gota de sangre en cada hoja.*

La envidia del niño ciego

por Vicente A. Salaverri

Hubo revuelo extraordinario esa mañana en el Instituto. Doña Amelia, la directora, siempre teatral, obsedida con la idea de ver triunfante al fin la "Schola Cantorum", preparó un digno recibimiento al muchacho que le traían de Cosmópolis.

—Agustín — habíale advertido a su alumno predilecto:— viene un compañero espléndido. Tu voz de tenor, junto a la suya de barítono, permitirá que la señorita Perla saque nuevos efectos de los coros.

Y tras de palmotear las mejillas pálidas y descarnadas del zagalón, inquiría:

—¿No te alegras, Agustín?...

—Sí, señora.

—Además, pueden buscarse duos clásicos.

—Sí, señora.

—Y arias y romanzas.

—Sí, señora, sí.

—¿Conque dime lo que opinas?

—Lo que usted diga, señora.

—A la siguiente mañana, detúvose ante la verja el automóvil, del que descendieron tres damas y un muchacho de 16 años, como con las pupilas asombradas. Al no verle parpadear, se colegía su ceguera.

Del brazo, una de las señoras le condujo hasta el hall, atravesando el jardincillo. Los reclusos aguardaban en el patio, formados en hileras. La directora hizo la presentación.

—Niñas y niños: Desde hoy tienen ustedes un nuevo compañero. Es muy bueno y se llama Benito.

Se oyó el murmullo apagado de una risa discorde.

—¿Por qué se ríen?—preguntó el nuevo huésped.

Y era hosco su ademán. Intervino doña Amelia:

—¡Una tontería, hijo mío! Es tu nombre que les causa gracia.

—¡Porque palece un nomble de neglo!—se mofó, inquieto y vivaz, uno de los chicuelos, a quien las damas del Consejo profesaban real cariño.

—¡A ver ese atrevido!—amonestó la directora.

Y en seguida, dirigiéndose al nuevo alumno, con voz tierna y melosa:

—No te importe. Nosotros te pondremos aquí un nombre más en consonancia con tus actitudes artísticas. Hemos pensado llamarte René.

—¡Pero René es nombre de mujer! — alegaba Benito.

El coro de risas se alzó entonces franco:

—¡Dice que es nombre de mujer!...

—¡Orden!... ¡Orden!...—conminó la secretaria, recorriendo las filas.

Estos detalles dieron festividad al acto. Todas las damas del Consejo hubieron de asistir a la recepción del cieguecito. Alondra, la menor de las niñas, la única reclusa de ojos realmente bellos, tan bellos como si las pupilas viesen, guiada por la directora, avanzó unos pasos y dió, con un beso, la bienvenida al hermano en infortunio:

—Aquí todos nos queremos mucho. ¡Desde hoy te queremos, René!

Pocas semanas bastaron para convertirle en ídolo del Instituto. Era dócil y sentía por el estudio una gran atracción. La música le emocionaba aún más que los rezos. Su voz pastosa, de singular potencia, le valió todas las admiraciones.

—¡Es extraordinario!... ¡Con qué gusto frasea!...

Agustín, el tenor, para el cual eran antes todos los mimos y elogios, sintióse eclipsado. Sin energías para entablar competencia, notó su alma mordida, como por un grifo, por la envidia. El sufrimiento íbalo enervando. No le dejaba estudiar. Se distrajo de continuo.

—¡Estás más delgado!—advertía doña Amelia.—Bueno, es verdad que has crecido mucho. ¡El desarrollo!...

Nadie adivinó sus terrible congojas. Era todo a tiempo que el Instituto adquiría una boga codiciable. Hízose chic enviar donaciones al comité femenino que corría con su administración. Los poderes públicos acordaron subvencionar el establecimiento. Los periódicos callejeros dedicábanle extensas notas refiriendo sus progresos. En la "crónica social" el anuncio de la Misa de Gallo que iba a cantarse en el templo de San Francisco, estuvo apareciendo por espacio de un mes. Apellidos preclaros firmaban las invitaciones de esa fiesta, entre religiosa y mundana, que conmemoraba el nacimiento del Redentor.

Con la febrilidad de los aprestos, pocos fueron los que repararon en el brusco cambio habido en el carácter de Agustín:

—Habla solo, por las noches—previno una sirviente.

—¡No es extraño! ¡Está creciendo tanto!... Tal vez un poco de debilidad.

E hiciéronle tomar clorhidrofosfatos. Fué cada día más huraño, con la nostalgia de aquellas manos femeninas que ahora palmoteaban los hombros y las mejillas de René. Doña Amelia, sin embargo, siempre le dirigía frases alentadoras:

—¡Vamos a ver cómo se porta en la noche del 24 mi tenor!

Pero las efusiones de tan activa y empeñosa dama, así como el afecto, realmente sentido, de sus colaboradoras, estaban donde se hallase René:

—¡Oh, mi Titta Ruffo!... ¡Va a valernos un suceso!...

Advertía Agustín aquel inacabable concurso de alabanzas:

—¡Es una maravilla!... ¡Un verdadero prodigio de voz!... ¡Aquí en Urbemediana, con 17 años, nadie cantó de ese modo!... Si no fuera ciego ¡qué porvenir!...

Alentado con estas y otras amables exageraciones, el barítono estudiaba a más y mejor. Hizo progresos rapidísimos. En ocasiones, por ejercitarse, ni siquiera iba al recreo.

Agustín, entre tanto, rugía ahogado por el odio. La menor cosa llegó a exasperarlo. Una tarde a Genarito, el chiquilín avispado y travieso, dióle una bofetada. René acudió en defensa de su protegido. Eran protegidos suyos todos los pequeños:

—¡Cobarde!... Con los chicos te atreves. A mí, que soy de tu tiempo, no me haces eso.

—¡Igual!

—Prueba.

Se fueron a las manos. Confundidos en un abrazo mortal, rodaron por el suelo. René, más fuerte, inmovilizó a Agustín. Hubo que separarlos. La secretaria, tras de amonestar a entrambos, les puso en penitencia. Cuando la directora se impuso del suceso, ordenó que sólo quedara encerrado Agustín.

—¡Yo creo que es de malos sentimientos esa criatura!

La nueva humillación le hizo sentirse capaz del crimen. Todo eran tinieblas para su espíritu, como todo fué siempre negro ante sus ojos...

El ensayo, en la sala de música, resultó emocionante. Aquel conjunto de voces infantiles invocando a Noel, impresionaba a los menos sensibles:

—¡Qué no será bajo las naves del templo!—dijo ufana, a sus relaciones allí presentes, doña Amelia.

Un crítico pensó para sí que el público, sin ver aquellos pobres rostros de párpados rígidos y macilentas pupilas, quizá no iba a estremecerse tanto. Algunas caras tenían sombríos anteojos negros. Los vidrios ahumados ocultaban manchas blancas, como trozos de ópalo lechoso, extendidas pérfidamente sobre los iris...

Perlita Fym, con sus veinte años fragantes, era la directora de los coros, que acompañaba concienzudamente al piano. Sus padres, de sólida posición financiera, no repararon en gastos, con tal de que fuese completa su cultura artística. Llana y afectiva, tomó con entusiasmo el desempeño de aquella clase gratuita:

—¡Eres irreemplazable, hija mía!—ponderaba de continuo la directora.—¡Si me faltas, no sé qué voy a hacer!

Cuando los ensayos de la "Schola Cantorum" salían bien, repartía fraternales caricias entre sus colaboradores, dándole tanto que fueran muchachas de siete u ocho años, como varones con 15 ó 16. Para ella todos eran lo mismo: ciegos. Y aunque no se lo decía—pues nada irrita tanto al privado de la vista como oir en su torno exclamaciones de conmiseración—sentíase enternecida hondamente, ante la ajena desgracia.

—¡Muy bien ese agudo, Rodolfo!... ¡Alondra, hoy no te has apresurado como otras veces!...

Agustín sentía un intenso placer cada vez que la señorita Perla se acercaba para felicitarle:

—¡Muy bien, pero vamos a repetir el aria!... Quiero que seas el primero de la clase.

Y le tomaba de las muñecas a fin de conducirlo junto al teclado. Agustín sentía el sua-



(Continúa en la siguiente página.)

"La envidia del niño ciego".—(Final)

ve calor de las manos cordiales. Imaginaba la belleza de Perla por la voz cantarina y el aroma del cuerpo. Una vez que Perla le tropezó con su cadera, estuvo por rodar desvanecido. Jamás hasta entonces supo de aquel vértigo erótico. Muchas noches, mientras en la amplia sala dormitorio roncaban los compañeros, él, desvelado, dábase a concebir episodios imposibles. Perla fué siempre la ideal protagonista. Un calofrío de muerte recorrióle las vértebras al evocar su euritmia.

Pero desde el arribo de René, "la maestrita" (como decía doña Amelia), tuvo para Agustín un completo desvío. Ya no se le acercó sino muy de tarde en tarde, entusiasmada con los progresos inauditos del último alumno...

La envidia convulsionó un alma prístina. El odio fué su tóxico...

De la iglesia, resplandeciente de luces, el público hubo de retirarse entusiasmado. Cuando entonaba alguno de sus solos René, un murmullo de admiración corría por el templo. En cambio él estuvo mal. La voz le tembló, débil y rebelde como nunca. Habría deseado que la iglesia se derrumbara sobre su cabeza. Perla le dijo:

—¡No te aflijas! Sin duda te has resfriado al venir.

Ni una palmada cariñosa, ni un cordial apretón de manos. En cambio, al triunfador hasta le abrazaría...

En un coche tranviario regresaron al Instituto. Eran las dos de la madrugada. Diéronles un té y en seguida la orden de acostarse. Con la tenue brisa, entraba por las celosías el perfume sensual de las magnolias. Fatigado, enfebrecido, Agustín soñó. Soñó que le robaban "su maestrita". Al despertarse, notó en la boca gusto a sangre. Trémulo, en un delirio, escapóse del lecho para dar muerte al rival... Pero al sentir el frío contacto de otra cama, espantado con su propia audacia, cayó de rodillas implorando:

—¡Perdón, señorita Perla!... ¡Perdón, señorita Perla!...

Y lo llevaron al manicomio.

Dibs. de Martínez Jerez.

Un suero antidisentérico.—

Una memoria leída ante la Academia de Medicina de París, da a conocer una nueva victoria de la sueroterapia. Es ésta la curación de la disentería infecciosa o bacilar. Como nadie ignora, la disentería es una enfermedad muy grave. Contra ella luchaba difícilmente la ciencia médica, hasta que, hará cosa de un año, los patólogos franceses Vaillard y Dapter empezaron a ensayar en los atacados de dicha enfermedad el suero de caballo, inmunizado por inyecciones sucesivas de caldo de bacilo disentérico. Los resultados obtenidos por los experimentadores son altamente satisfactorios.

Han ascendido los casos tratados a la cifra de 243; de ellos, 200 de adultos o niños, y 43 de alienados. De los disentéricos del primer grupo, 99 se hallaban gravísimos, habiendo muerto solamente diez de ellos por efecto de lo avanzado de la dolencia cuando se aplicó el tratamiento. En los restantes casos no hubo ni una sola defunción.

Los efectos del suero antidisentérico son tanto más rápidos cuanto más tempranamente se le aplica. Las dosis son proporcionadas a la intensidad del mal; pero por término medio, ascienden a 20 o 30 centímetros cúbicos, pudiendo llegarse hasta 40, 60 y hasta 80 centímetros cúbicos en los casos graves.

Las inyecciones son repetidas varias veces cuando las primeras no producen efecto apreciable.

Un médico parisién, M. Nidal, ha tratado a un disentérico que llevaba padeciendo más de un mes, y que había sido rebelde a todos los ensayos terapéuticos. Una inyección de 40 centímetro cúbicos de suero Vaillard hizo que cedieran inmediatamente todos los síntomas. En quince días fué completa la curación, después de haberle sido inyectados al paciente unos 250 centímetros cúbicos de suero antidisentérico.

La mujer y el espejo.—

Aunque parezca mentira, un paciente observador inglés ha tenido la curiosidad de concretar en cifras el tiempo que invierte durante su vida ante el espejo la amable compañera del hombre.

La niña, entre siete y diez años, se mira al espejo diariamente unos siete minutos; de los diez a los quince, ese tiempo suma ya un cuarto de hora; de los quince a los veinte, la ración de espejo aumenta a veintidós minutos; de los veinte a los veinticinco, a media hora; de los veinticinco a los treinta, toda mujer que se estime en algo (¡y cuál de ellas se cree fea!) se pasa ante la azogada superficie sus tres cuastos de hora largos. Es el momento álgido de las "puñaladas" al espejo. Un momento que dura un par de lustros.

Desde los 40 a los 60 años, las consultas ópticas van disminuyendo poco a poco en número y en intensidad. La sexagenaria no dedica ya al espejo sino unos seis minutos al día.

Cómo se arrojan las bombas aéreas.—

Es creencia popular que para arrojar una bomba desde un aeroplano y dar en un blanco determinado, basta dejarla caer al pasar por encima del objeto que se quiere bombardear, pero la cosa no es tan sencilla.

Si desde un aeroplano que vuela a 3.000 metros de altura y lleva una velocidad de 160 kilómetros por hora se arroja una bomba, ésta no caerá perpendicularmente, sino a una considerable distancia delante del punto en que ha sido soltada, por lo cual la dificultad de dar en un punto determinado es grandísima.

Los alemanes tienen unos aparatos ingeniosos para hacer la puntería, aparatos que si bien facilitan en algo el disparo de las bombas, no son exactos ni mucho menos.

Consiste el aparato en un telescopio colgado en unos balancines en el departamento del artillero, y colgando al suelo.

Lleva unido un nivel de agua que sirve para indicar cuándo el telescpio está vertical o no. Bajo el telescopio hay un prisma, de manera que la imagen que se percibe por el anteojo no es de un objeto colocado directamente debajo, sino a una distancia determinada según el ángulo que forme el anteojo.

Si, por ejemplo, el aeroplano va a 3.000 metros de altura y la velocidad es tal que la bomba hay que lanzarla 800 metros antes de llegar al objeto, el prisma se colocará formando un ángulo de 15 grados.

A pesar de esto, los cálculos están sujetos a errores, pues la densidad de las diferentes capas de aire varía, y cualquier desvío del aeroplano puede fácilmente hacer fallar todo cálculo.

La terrible humillación de un emperador

IR A CANOSSA

"Ir a Canossa" es una frase que ha llegado a tomar carta de naturaleza en el lenguaje, que se usa mucho en política, y que tiene un origen curioso y rigurosamente histórico.

Cuando Gregorio VII quiso emancipar a la Iglesia de la autoridad laica, en la creencia de que en el mundo sólo la Iglesia podía ocupar el puesto de guía y de poder moderador, formó un proyecto de teocracia universal, por el que todos los reinos cristianos quedaban agrupados en un vasto imperio católico, presidido por el Sumo Pontífice. La autoridad del papa venía a ser de este modo, con respecto al poder real, lo que el sol con respecto a la luna, que no hace más que reflejar la luz que de aquel astro recibe. Los reyes, recibiendo de Dios su autoridad, debían, por razón natural, humillarse ante el representante de Dios en la tierra.

Para convertir en realidad su plan, comenzó Gregorio VII por imponer al clero la más severa disciplina, prohibiéndole, entre otras cosas, que aceptase de ningún soberano la investidura de los bienes de Iglesia, e impidiendo, además, a los laicos conceder esta investidura; bajo pena de excomunión.

El emperador contra el papa.—

No había contado el Pontífice con que el imperio alemán opinaba de un modo diametralmente opuesto. Los sucesores de Carlomagno entendían tener el derecho de dominar al papa, de ser ellos los verdaderos jefes de la cristiandad, de gobernar a su gusto sobre los prelados del país. A la primera intimación de Gregorio VII, el emperador Enrique IV contestó despachando con malos modos a los embajadores pontificios.

El papa invitó al emperador a que fuese a justificarse ante un sínodo, y como respuesta, Enrique IV convocó en Worms un sínodo alemán, en el que se atrevió a deponer al Pontífice, acusándole de perturbador. La sentencia llegó al papa, hallándose el sínodo pontificio reunido en San Juan de Letrán. Gregorio VII contestó excomulgando solemnemente al emperador y relevando a sus súbditos del juramento de fidelidad.

La excomunión.—

Una excomunión era en aquellos tiempos una pena terrible.

No sólo privaba al excomulgado de los sacramentos, sino que prohibía a todos los católicos hablar, comer o vivir con el réprobo. La ciudad y la provincia donde vivía, quedaban en entredicho; las iglesias se cerraban, celebrándose las bodas y los bautizos sobre las tumbas en vez de ante los altares; se interrumpía el comercio, los notarios suprimían de todos los documentos el nombre del príncipe excomulgado, y éste quedaba, en fin, reducido a la soledad y a las tinieblas, de que eran acertado símbolo los cirios apagados al final de la ceremonia, después de leído el anatema.

Gregorio VII no había obrado a la ligera. Conocía muy bien la autoridad que tenía sobre la Iglesia.

La excomunión pronto empezó a surtir efecto. Los amigos y los partidarios de Enrique IV le abandonaban poco a poco; los obispos alemanes que entre ellos figuraban, marcharon humildemente a Roma obedeciendo una orden papal, y en la dieta de Tribur se acordó la deposición del emperador y el nombramiento de otro.

La terrible expiación.—

Enrique, vencido, aniquilado, solicitó el perdón del papa. Este se lo otorgó; pero, ¡a qué precio!

Pocos días antes de la Navidad de 1076, el poco antes poderoso emperador, sin escolta ni más compañía que la de su mujer Berta y su hijo, todavía niño, salía de Spira, en dirección a Roma. Para pasar los Alpes, hubo de reclamar los auxilios de su suegra Adelaida, margravina de Suiza, que sólo se lo concedió a cambio de una provincia entera de la Borgoña.

Aquel invierno fué sumamente crudo. Los Alpes estaban cubiertos de nieve, y cuando los viajeros llegaron a lo alto de la vertiente italiana, creyeron que les sería imposible el descenso. Por fin, tumbados sobre pieles de vaca, el emperador y la emperatriz se dejaron deslizar por las pendientes heladas, y después de pasar los más espantosos peligros pudieron llegar a Turín. Más de una vez durante aquellas terribles jornadas, Enrique IV llevó a hombros a su mujer y a su hijo.

El papa se encontraba entonces con la célebre condesa Matilde, en la fortaleza de Canossa, situada en las abruptas gargantas del Apenino, no lejos de Reggio.

Rodeado de triple muralla, el castillo aparecía mudo y formidable a los ojos del emperador excomulgado.

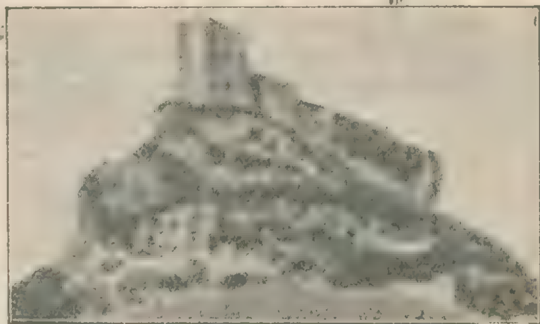
Este llamó, y en las almenas aparecieron algunos soldados preguntándole qué buscaba. Enrique se dió a conocer, y pidió ver al papa. Poco después, contestaba el Pontífice diciendo que ante todo tenía que entregarle las insignias del poder imperial.

Enrique tuvo que enviar por ellas, y cuando llegaron volvió al castillo con algunos criados que llevaban varios cofres conteniendo la corona, la espada cubierta de pedrería, el cetro, adornado con un Espíritu Santo de esmalte, y el globo imperial surmontado por el símbolo de nuestra redención, el mismo símbolo en cuyo nombre iba a ser humillado el monarca.

Apoderáronse los soldados de las insignias, y dejaron unos momentos solo al emperador; pero volvieron pronto con una nueva orden: "¡Que Enrique haga penitencia!"

Y la penitencia comenzó.

El emperador, descalzo, cubierto con un sayal de lana, fué conducido al segundo recinto, y allí se le dejó durante tres días, de rodillas y en el más absoluto ayuno.



Aspecto actual del castillo de Canossa.

La nieve cubría el suelo; el cierzo helado soplaba furioso entre las murallas. Enrique, temblando de frío y medio muerto de hambre, pedía perdón con gemidos.

Al acercarse la noche del tercer día, la altivez del emperador, tanto tiempo humillada, tuvo un arranque de soberbia indignación.

—¡El perdón o la muerte!—gritó.

El papa comprende que ha llevado las cosas demasiado lejos. Las noticias de la humildad de Enrique IV y de sus terribles sufrimientos en los Alpes, han llegado ya a Alemania y se han esparcido por la cristiandad. Los alemanes empiezan a resentirse del trato dado a su soberano; por todas partes, aun en la misma Italia, nacen las simpatías en favor del emperador. Gregorio VII, inquieto, cede, y anuncia a Enrique IV que se da por satisfecho con la penitencia hecha.

El perdón.—

Al día siguiente, el emperador, vestido siempre con su sayal de lana, cruza los dos recintos fortificados del castillo, y delante de la puerta de la capilla baja, se tiende en cruz sobre la nieve.

El papa se presenta vestido de pontifical, y escucha a Enrique IV clamar pidiendo gracia y perdón, "con acento que hizo asomar las lágrimas a los ojos de los presentes"—dicen los historiadores.

Entonces el papa declara al emperador desligado del anatema, y tomándole de la mano lo conduce ante el altar, y cambian el ósculo de paz.

El emperador y los alemanes no olvidaron nunca aquella terrible humillación de Enrique IV en Canossa. Renació la guerra entre el papado y el imperio, con una aspereza rencorosa que jamás había tenido, e influyó en el triunfo de la Reforma en Alemania.

GRANDIOSA EXPOSICIÓN DE BATONES

Gath & Chaves deseoso de hacer una demostración de su incomparable surtido de Batones, ha inaugurado en el Anexo una venta excepcional, que no sólo ha de llamar la atención por la real conveniencia de los precios sensiblemente bajos, sino que habrá de imponerse al general comentario, por la enorme diversidad y excelente buen gusto de los modelos en exposición. Las señoras, deben efectuar una visita de comprobación.



1—**BATON** en rico tejido Pyrenée de lana, de mucho abrigo, cuello festoneado, surtido de colores fantasía a rayas, forma práctica, talles 44 al 52. . . . . **$ 29.—**

2—**BATON** de bombasí "Veloute", cuello, puños y bolsillos adornados con bieses bien combinados, forma suelta, gran surtido de colores y dibujos, talles del 42 al 56, a. . . . . **$ 6.90**

3—**BATON** muy bonito, en tejido "cotelé", variedad de colores, con cuello y puños de tonos bien combinados, forma suelta con cinturón lacet, modelo muy chic, talles del 44 al 54, a. . . . . **$ 32.—**

4—**BATON** de moletón doble faz, género de mucho abrigo, gran cuello de última creación, forma suelta con cordelière, gran surtido en colores y fantasías a rayas, talles del 44 al 54. . . . . **$ 14.50**

5—**BATON** confeccionado en bombasí de calidad inmejorable, cuello, bieses y botones de terciopelo negro, forma vestido, colores oscuros, elegidos para medio luto, talles del 44 al 54. . . . . **$ 9.90**

6—**BATON** confeccionado en fina franeleta, gran cuello adornado de la misma tela, forma muy práctica, gustos y colores seleccionados, talles del 42 al 56. . . . . **$ 7.50**





ARTÍCULOS DE
ABRIGO PARA
Hombres, Señoras, Niñas, Niños y Bebés
FRAZADAS Y ACOLCHADOS

Gath & Chaves celebra actualmente, una exposición extraordinaria de artículos de abrigo, en la que pone en evidencia un surtido de grandeza tan ilimitada, que no admite comparación ni reconoce competencia. Hablar de la calidad de todos estos artículos, lo mismo que de sus precios, es tarea inútil, pues, es bien notorio que Grath & Chaves vende siempre lo mejor al precio más ventajoso. Visite la Casa Central y el Anexo.



THE SOUTH AMERICAN STORES

Gath & Chaves Ltd

Casa Central: CANGALLO y FLORIDA
Anexo: AVENIDA DE MAYO, PERU y RIVADAVIA



Curiosidades, rarezas y extravagancias



Debut de Eleonora Duse.—La enfermedad de Eleonora Duse, que ha privado a la escena italiana de una de sus glorias más legítimas, ha hecho recordar el debut de la más tarde famosa actriz. Ese debut se llevó a cabo en Viena, interpretando "La mujer ideal", de Marco Praga. La sala estaba casi totalmente vacía, y ello se explica, pues se trataba de una pieza nueva de un autor tan desconocido entonces como la artista que iba a encargarse del papel de protagonista. En un palco, un hombre de mirada penetrante, y cabello y patillas tempestuosas, contemplaba el escenario con atención creciente. Al finalizar el segundo acto, exclamó:

—¡He ahí una mujer! ¡He ahí una artista! ¡He ahí una vida! En ese cuerpo y en ese cerebro hay una fuente de la cual emanarán olas de cristal y que durante muchos años llenará de belleza la escena.

Así se entusiasmó Wagner con la Duse debutante.

* * *

Aplicación del megáfono en los ejércitos.—Como en muchos de los campos de instrucción del ejército norteamericano hay contingentes de 40.000 o más hombres y se ha observado que el corneta ordinario no puede hacer oir los toques de órdenes en todos los sitios importantes de un campamento de grandes dimensiones, se resolvió buscar el "medio de intensificar el sonido de la corneta", lográndose muy buenos resultados con el uso de un megáfono, pues por medio de este aparato se puede hacer llegar el toque de una sola corneta a la misma distancia que alcanzarían las de toda una banda.



Aplicando el megáfono para intensificar el sonido del clarín.

La prensa japonesa.—En la actualidad existen en el Japón 861 periódicos diarios y 2.725 revistas y periódicos no diarios.

La ley exige que todos los periódicos políticos, sean o no diarios, presten una fianza que varía de 170 a 2.000 "yens" (o sea de 425 a 5.000 francos).

El Gobierno tiene el derecho de disponer de esos fondos para cobrar las multas por delitos de imprenta y en pago de otras obligaciones pecuniarias que pueden ser impuestas a la Prensa por decisión de una Cámara legislativa especial.

Aparte de esta caución, la Prensa japonesa es tan libre como la europea. La prohibición, la supresión o la suspensión de un periódico son cosas rarísimas, y sólo se imponen por motivos de extraordinaria gravedad.

El "estado mayor" de un gran diario japonés se compone de más de 300 redactores, contando desde el redactor en jefe hasta el último secretario de cualquiera de sus secciones. La sección de asuntos exteriores está siempre organizada con el mayor cuidado y encomendada a redactores que hayan recibido una educación especial y hayan vivido algún tiempo en el extranjero. Asimismo han de acreditar una preparación adecuada los encargados de las secciones de literatura, comercio, hacienda y publicidad.

Los diarios importantes tienen redactores corresponsales en el mundo entero, para estudiar sobre el terreno las cuestiones de actualidad.

Los periodistas japoneses (sin duda en razón del gran número de ellos empleados en cada periódico) no están tan bien pagados como los europeos en general, y mucho menos tan espléndidamente como los ingleses y los norteamericanos.

* * *

Un sustituto del trigo.—La feterita es uno de los granos más nuevos que se han cultivado en los Estados Unidos, habiendo sido importada a dicho país hace seis años por el Departamento de Agricultura. Aun cuando no se le ha cultivado lo bastante como para demostrar su valor cabal y su adaptabilidad a los suelos y condiciones estadunidenses, es evidente que se advierte una demanda creciente de la misma y que pronto llegará a ser uno de los reconocidos artículos de primera necesidad, sobre todo en el sudoeste del país mencionado, en razón de su peculiar resistencia a la sequía. La feterita es un poco más blanda que el maíz de Catrería, y por este motivo da mejores resultados en experimentos de orden digestivo. Su adaptabilidad al suelo y a las condiciones climatéricas del sur de los Estados Unidos de Norte América, pondrá a esa región en condiciones de producir enormes cantidades de este sustituto del trigo.

La preparación de harina de estos granos es cosa sencilla, siempre que los mismos hayan sido limpiados cuidadosamente. Después de pasados por un molino, puede usarse un tamiz fino para obtener harina de buena calidad.



Una hermosa espiga de feterita.

* * *

El origen del pelo corto.—Antes del año 1000, todos los individuos pertenecientes al sexo masculino, llevaban la cabeza adornada como las mujeres, con la cabellera tan larga como les salía. Pero en 1006, el clero, deseoso de conservar la higiene entre sus feligreses, publicó un edicto en Ruan, mandando que todos llevasen el pelo cortado, para evitar, sin duda, la propagación de la miseria en las cabezas de aquellas gentes.

El obispo de Noyon logró persuadir a sus fieles en el curso de una epidemia, de que la causa del mal residía en las cabelleras largas, y muchos jóvenes decidieron tonsurarse.

Pero los nobles no hicieron caso de tales consejos, hasta que Felipe el Bueno de Francia ordenó en 1461 que todos fueran rapados. La orden tuvo su origen en el hecho de que, habiendo poseído el monarca una cabellera espléndida y habiendo tenido que desprenderse de ella a consecuencia de unas fiebres tifoideas, le daba vergüenza presentarse pelado ante su corte, y no encontró mejor medio que dictarla, para que los nobles estuviesen en igual estado de inferioridad que él en lo referente al cuero cabelludo.

La orden hubo de cumplirse a rajatabla, porque el noble que se mostraba reacio, era detenido y rapado a la fuerza.

* * *

El palo borracho.—Este original representante de la flora subtropical argentina hállase principalmente diseminado en las selvas de Tucumán, Salta, Jujuy, el Chaco y Corrientes.

Llamado "yuchán" en las primeras, y "samohu" en esta última provincia, el "palo borracho", como generalmente se le denomina, ofrece a la curiosidad del viajero el raro espectáculo de su planta deforme con su tronco abultado en la parte media como una especie de tonel, coronado por gruesas y retorcidas ramas, que en la estación propicia se cubren de vistosas flores de corola blanca, más tarde reemplazadas por frutos que recuerdan a las peras.

Afirman los entendidos que no hay vino más alegre ni más confortable que el conservado en un barril hecho con la parte gruesa del tronco.



El "yuchán o palo borracho.

Imposible destinar a otro uso la madera del palo borracho, que para hacer debidamente los honores de su apellido. Es, pues, madera consagrada al buen humor, al dios de los pámpanos, ilustre desconocido de los indios como entidad mitológica, mas no como fondo de tonel.

* * *

Animales que siguen a las tormentas.—Entre los animales cuyas costumbres intrigan más a los naturalistas, están ciertos antílopes que viven en desiertos tan áridos, que parece imposible puedan encontrar en ellos la menor brizna de hierba para alimentarse. De uno de estos antílopes, del llamado orix veisa, se sabe hoy la extraña manera que tiene de procurarse el necesario sustento.

En las regiones del nordeste de Africa, donde viven estos animales, críanse una porción de plantas que brotan solamente después de las grandes lluvias, para secarse pocas horas más tarde; en algunos sitios, a continuación de una gran tormenta, se ve cubrirse la arena del desierto de lozana vegetación, que al cabo de un día ha dejado de existir por completo.

El orix veisa, busca con afán estas plantas de un día, y sabiendo que son una consecuencia de la tormenta, marcha siempre en pos de las nubes.

* * *

Jugando con leones.—Por mansos que resulten los leones—fieras al fin y al cabo,—se necesita estar dotado de un gran cariño hacia los animales y de mucha sangre fría, para adoptarlos como si fueran inofensivos pichichos.

En la adjunta fotografía, que nos fué remitida por el señor A. Marzocchi, desde Villa María, provincia de Córdoba, la señora Dalbiez se dispone a recorrer su establecimiento "Los Zorros", en automóvil, acompañada de dos pumas, que hacen las veces de dos guardianes. Y no hay cuidado de que con semejantes guardianes nadie se acerque a la mencionada señora. Estos leones, cachorros aún, juegan con su dueña como si fuesen dos perritos y demuestran tenerle entrañable cariño.



La señora Dalbiez con sus leones.

* * *

Impresionante episodio.—La autenticidad del siguiente episodio aparece certificada por una importante revista inglesa. En una sección de primera línea, en que las trincheras no estaban separadas por una distancia mayor de 30 metros, se había combatido reciamente ese día, y uno de los hombres había quedado malamente herido sobre el terreno, sin que fuera posible retirarlo. Era un británico. El oficial de esa sección comprendió que era menester curar en seguida a aquel soldado, pero, ¿cómo? En cuanto asomara cualquiera, sería acribillado a balazos. Su mirada tropezó entonces con un perro perteneciente a uno de los hombres de la compañía, y que estaba acostumbrado a ir de las trincheras británicas a las alemanas, donde también tenía amigos. Rápidamente escribió el oficial este menasje, que sujetó al collar del animal: "¿Quieren permitirnos traer a ese herido que está ahí? Necesita ser curado sin tardanza". El oficial lanzó al perro por sobre el parapeto. Instantes después volvía el mensajero conduciendo en el collar un papel que decía: "Les damos cinco minutos". Sin pérdida de tiempo, el oficial y dos hombres saltaron fuera de la trinchera. En ella estaban nuevamente cuatro minutos después, llevando a su herido, y toda la sección dió un "hurrah" de agradecimiento antes de que, terminado el plazo señalado por los germanos, se volviese a la pelea.

* * *

Un banquete en la Edad Media.—Supongámonos transportados por arte de encantamiento, a los tiempos de Felipe III, e invitémonos a comer en casa de un magnate de la época. Es seguro que iremos de sorpresa en sorpresa. Ante todo buscaríamos en vano el aposento que nosotros llamamos comedor. Reyes, príncipes y meros vasallos destinan a comedor su propia antecámara. La estancia, enlosada por lo general, se encuentra provista de grandes aparadores, de nogal o de roble tallados.

Fijándonos con más detenimiento, observaremos que la mesa se halla cubierta por hermoso mantel adamascado que cae hasta el suelo. Los puestos de los comensales están señalados por sus platos correspondientes (uno por cada convidado), y sobre los mismos se encuentran, en amigable consorcio, un pan pequeño, un cuchillo y un tenedor, disimulado todo bajo los pliegues de una servilleta. No nos asombre el que dejen de figurar sobre la mesa, vasos y copas. Es esa, práctica prohibida por la buena crianza. Los recipientes donde se bebe están proscritos de aquel lugar. Cuando el convidado tiene sed, llama a los criados y ellos le sirven el vino o el agua, trayéndolos en una bandeja, y volviéndose a llevar la copa vacía o a medio vaciar.



Banquete dado por el duque de Alba en 1707

El personaje que preside el banquete disfruta de ciertos privilegios. Un criado permanece constantemente a su espalda provisto de dos platos: uno, para cambiar los que ensucie el personaje, y el otro para llevar de parte de éste a algún convidado un trozo de tal o cual manjar particularmente selecto y del que ya ha gustado la ilustrísima persona.

A la hora del "Benedicte" todos los varones se descubren (porque ha de advertirse que los caballeros se han sentado sin quitarse los sombreros); órase brevemente, y cada cual vuelve a acomodarse en torno de los blancos manteles. El presidente hace la señal de comenzar el banquete, colocando la mano en el plato. Visto lo cual, se sirven ya los restantes invitados, poniendo en ello grave ceremonia.

* * *

Un pueblo en una cueva.—Casi todos los famosos parques nacionales de los Estados Unidos son notables por sus maravillas naturales, por sus géyseres, sus glaciares o su variada fauna montaraz; pero hay uno, el de la Mesa Verde, en Colorado, cuyas principales curiosidades son de carácter histórico y de un interés sin igual en el mundo. La Mesa Verde contiene, en efecto, las ruinas más importantes de los pueblos precolombianos conocidos hoy con el nombre de "cliff dwellers", esto es, habitantes de los acantilados. Los tales pueblos vivieron en plena edad de piedra hasta que los españoles llegaron a aquella región en 1540 y enseñaron a los indios a tejer la lana y a trabajar la plata, trastornando con ello su vida primitiva y sencilla. A veces, dentro de una misma cueva había dos o más grupos de casas, correspondientes a otros tantos "clanes" o unidades sociales. En la gran caverna del Cañón de la Mesa Verde, hoy conocida con el nombre de Palacio del Acantilado, vivían más de veinte clanes, cada uno con su grupo de viviendas, su granero comunal y su "kiva" o cámara del consejo.

Interior de una "kiva" o cámara del Consejo.

Una periodista norteamericana, Mrs. Gilberta MacClurg, las exploró detenidamente y llamó hacia ellas la atención de toda Norte América. Gracias al entusiasmo de aquella señora, el gobierno de los Estados Unidos se empezó a preocupar de aquellos olvidados parajes, construyó carreteras que los hiciesen accesibles, restauró algunas ruinas, costeó expediciones, y hoy el parque nacional de la Mesa Verde es uno de los que atraen mayor número de turistas, entre los que predominan los etnógrafos y antropólogos deseosos de conocer los restos de una civilización primitiva enteramente peculiar.

Manual de labores

por A. ASPLANATO

Motivos de encaje Venecia



Motivo de encaje "Venecia" simbolizando "La Poesía".

El encaje "Venecia" es muy conocido de las gentiles lectoras de "El Hogar". Ofrezco hoy una serie de motivos ovalados reproduciendo el símbolo de las distintas artes. La nitidez de su ejecución, la correcta pose de sus figuras hace que dichos motivos sean toda una primicia que podrán apreciar por los grabados.

Para obtener un encaje prolijo debe empezarse por obtener un buen dibujo prolijo en sus líneas y bien definido en sus detalles, para que pueda seguirlo la aguja; la colocación de la guía sobre el dibujo, es la parte más delicada que tiene el encaje y la que debe hacerse con mucha prolijidad y especial cuidado para no deformar las líneas del dibujo.

Los motivos que simbolizan a la pintura y a la poesía llevan en su ejecución los mismos puntos, predominando el punto tela o punto zurcido, cambiando la dirección de la puntada para darle mayor naturalidad a los pliegues que forman el vestido; las puntadas que forman la paleta son en sentido contrario de las empleadas en el vestido y redondeando en parte para formar mejor su forma.

El atril está formado de punto festón y punto tela, dejando un punto abierto como si se hiciera la vainilla de un diente; todos los calados empleados en el sillón, el terreno, el cabello y en las flores, son todos puntos de fantasía y de adornos formados por puntos alternados, puntos dobles y calados, que se emplean en el bordado en blanco.

Para el motivo que simboliza la poesía, son empleados los mismos calados, el fondo que es estilo mosaico veneciano, debe ser todo dibujado y colocar sobre el dibujo la guía del algodón para obtenerlo con mayor prolijidad.

Para el próximo número los ofreceré dos modelos más que hacen combinación con los hoy publicados.



Motivo de encaje "Venecia" simbolizando "La Pintura".

Perfiles del suelo patrio: La pampa, por Angel J. PARIENTE

Inmensa como el infinito, tranquila cual las almas señoriales, y con la faz riente, plácida, tiende la pampa argentina la serena majestad de su paisaje.

Bajo la azulosa bóveda de su cielo, el sol caldea con los rayos a plomo y con el fuego vital de su lumbre: pasan las auras, rizando mansas los trigales de oro; el pródigo maizal extiende su cortina de esperanza; con la cercana realidad del grano suculento y jugoso; y el mar de lino ondula suave, luciendo el azul candoroso de sus esbeltas florecillas.

Tira la yunta uncida al arado, carro triunfal del trabajo, y desgárrase la entraña fértil para alojar la simiente que amorosa recoge.

¡Nunca es el acero más bendito que cuando hunde la hoja relampagueante en el seno de la madre tierra!

¡Arreee!... grita el labriego. Con los brazos desnudos, dando al aire los férreos biceps que parecen reventar dentro de la piel rugosa, firme el puño en la corva esteva, ahonda el surco. Y hundido en él hasta la caña de la bota crujiente, parece un semidiós brotando triunfador, para trazar, en la inmensa superficie de los campos, aquellas interminables paralelas que marcan, en su proyección al infinito, la pauta del trabajo honrado, del sudor de los afanes y de los desvelos fructíferos del hombre laborioso.



Detrás del surco, revolviendo y hurgando entre los terrones renegridos, las gaviotas se hartan en bandadas, a expensas del laborar ajeno; como ciertos seres que van a la zaga por el mundo, picoteando en el camino abierto por los otros...

Luego, en la calma tranquila de aquella pampa generosa, pasará el sembrador cargado, cuya silueta broncínea se recorta allá al fondo del cuadro, sobre la alfombra deslustrada de la loma, en una apoteosis grandiosa de ubérrima cosecha. En tanto que el pampero, juguetón, le hace tremolar el mandil, desplegándolo como una bandera de paz, de vida y de labor, tendida sobre la asombrosa feracidad de nuestras tierras.

Aquí, es un rebaño que bebe goloso en el arroyo, sorbiendo con lenta fruición el agua cristalina. Allá, es un rancho en barro y amarillo, que da su pincelada y su color en el fondo luminoso de la tarde, irguiéndose frente al sol que se hunde entre algodones de rosa y carmín. Más lejos, un monte de flexibles álamos traza su línea verdinegra en el confín de los cielos y la tierra.

Y luego, campos... campos... Vastísima sábana terrosa, matizada por el ombú venerable y de leyenda. Allá, en el horizonte, un molino levanta su gallardía hacia las nubes, como un mensajero de vida, cuya silueta sugiere la visión de un refrigerante chorro de cristal, en las abrasadoras cargas del estío; y cual rueda volteando incansable, nos recuerda el incesante tráfago del hombre: girar, girar siempre, en procura del pan, del cuerpo y del agua del espíritu...

En el alfalfar, corto y tupido, pasta la rechoncha novillada, mientras los recentales balan amorosos, regodeándose luego en la opulenta ubre materna.

Un zaino bebe inquieto en la represa, cerca de una tropilla que se revuelca a pleno sol. De repente, el potro da un respingo, y atraviesa frenético el trebolar oloroso, largado a carrera tendida, voladora la crin hirsuta, dibujando en el aire mil arabescos y molinetes con su abundosa cola.

A la sombra de una parva de trigo dorado, que emerge como la media naranja de una catedral de oro, los bueyes desuncidos descansan con pacífica beatitud, resoplando junto a tierra. Flota en el aire un perfume de vida y naturaleza, que llena el alma, rejuveneciendo el músculo ahito de fatiga. Nuestro ser se inunda de luz, de frescura, de dulzor.

En la confortante paz de los campos, se calman las ansias del dolorido; se aquieta el espíritu; se solivianta el corazón acongojado, y la Fantasía descorre el cerrojo de nuestra jaula, para echar a volar las alondras que gimen dentro...

En aquel ambiente de mansedumbre y bienaventuranza, óyese de pronto trepidar el suelo. Los animales atiesan las orejas, enarcando la cola; y huyen medrosos los corderillos y becerros, volviendo los flancos al progreso, que pasa veloz entre nubes de polvo y humo, con su silbar estridente, rodando loco sobre las cintas de plata bruñida que la civilización ha tendido en la faz anchurosa de las pampas argentinas.

Tierra bendita, granero pródigo que devuelves, con el gesto de los grandes, mil por uno. Fecunda entraña entre cuyas venas teje la madre los laureles de este suelo, mientras el sol pone su beso candente sobre la serenísima realeza de tus campos, para jalonar, a chorros de luz, el camino de nuestra incontestable grandeza nacional.

El camino.—

Ahí está, con su fisonomía inconfundible. Largo, amplio, con la huella en medio, donde el transitar continuo ha puesto su marca indeleble, como ciertos signos que se graban eternos en el rostro de los viciosos.

Es el mismo camino que tantos han seguido.

Por él va el peregrino errante, sin hogar, acaso sin familia, con el saco y las penas a la espalda. Por él pasaron las chatas rebosantes de grano, al canturreo soñoliento de los carreteros. Por él volvió la vetusta trilladora, luego de haber convertido la mies en pan. Por allí avanza gozoso el chacarero adinerado, lleno el pecho de salud, con la cara alegre y coloradota. Y en él detiénense los pordioseros mendicantes, a recoger el desperdicio que rebosó de los carros repletos. Son las migajas del festín, que dan vida a los pajarillos del cielo, a los pobres de la tierra y a las ratas del campo. En el banquete del mundo, ¡cuántas se alimentan del desecho!...

El polvo finísimo, cual harina tostada, reseco a favor de la llamarada solar, se presta manso y dócil a las exigencias de su cargo. El sabe que forma una lonja de terreno inculto, donde la germinación es imposible. Está ya trazado su destino y diseñada su misión pasiva: se agosta un retoño plantado en él; una semilla arrojada en su seno se pierde sin remedio. Y el camino se resigna. No se queja. Sólo que en las noches plácidas, cuando todo es calma y silencio, cuando las vizcachas y mulitas se dan las buenas noches sobre sus espaldas, el camino llora... ¡Por eso le encontráis regado muchas mañanas!

Pero se consuela. Al fin, vale para algo. Es indispensable que exista en el mundo quien quiera servir de vehículo a los demás, quien se preste a dejarse transitar. Alguien ha de estar debajo, pisoteado, zarandeado y tal vez escarnecido, mientras la caravana pasa sobre sus lomos pacientes...

¡Qué bueno es el camino! Dice a voces cuál es la senda que lleva a la ciudad, a las casas, a la estancia vecina, a la escuela, al boliche y al cementerio. Es la única brújula de nuestra pampa; es la ruta certera del caminante.

Y los hombres le oyen, le quieren y le buscan afanosos. Desgraciado del que le pierda, porque habrá de vagar sin rumbo, y pernoctará en la maleza, como hacen los peregrinos que sobre la tierra se extravían.

Pasa un viajero. Y otro... y otro... Aquí viene una aldeana, tirando su vaca del ronzal tres veces anudado. Luego, un destartalado carricoche cargado de arrapiezos, que chillan gritones, desgreñados y famélicos, semejando pichones escapados de un nido de buitres. Son los chicos del puestero, que vuelven de la escuela.

Un paisano enjuto, manojo de nervios, centauro de las pampas, arrea una tropilla de colorados, que galopan sumisos bajo el arriador amenazante. ¡Cómo recuerdan las multitudes ignaras, que corren junto al caudillo bravucón, al hombre ladino y al político sagaz, confiándole su orientación y sus destinos!... Y allí lejos, muy lejos, repechando una cuesta, un coche negro, grande, con una cruz en alto como dos brazos abiertos que pidieran clemencia, se aleja en la calma de la tarde con rumbo al cementerio. ¡Es el último viaje que alguien hace por este camino!

Bajo el sol quemante del mediodía, acariciado por las auras perfumadas del amanecer, blanqueado y endurecido por la helada, o regado copioso por el llanto de las nubes, el camino sigue impávido. En las charcas de su trayecto se refleja, a ratos, el azul del cielo, como una perpetua advertencia a los mortales... Pero el camino está siempre ahí, el mismo, trazado desde tiempo inmemorial, testigo mudo de días alegres y de noches tristes. ¡Cuántas veces un viajero lloró sus congojas, tendido de cara a la tierra! El camino recibió el bautismo de lágrimas y lo trasmutó en bálsamo de consuelo para el afligido.

Alma buena, alma santa la de esta larga lonja de tierra, que reseca o barrosa, húmeda o calcinada, tiene para todos un consejo, una caricia y un recuerdo.

Siempre alerta, en su puesto, despierto siempre, el camino mira correr la vida extático, mudo. Ahí le han puesto, para guía de los hombres; y ahí se quedará, cual pastor de almas descarriadas, llamando, con su gesto de bondad y de dulzura, a todos los que buscan orientación y norte en medio de su viaje sobre la tierra...

El alambrado.—

Es una pauta gigantesca, colosal pentagrama de acero, donde los vientos ponen las salvajes notas de su gama, y donde las brisas riman, al pasar, la melodía sublime de las pampas.

Larguísimo, hasta perderse en la lejanía, el alambrado sigue fiel los accidentes del terreno y las sinuosidades del camino.

Está tendido al sol, con aire de juvenil alegría. Sus paralelas se dibujan netas, bien distintas, rotundas, sobre el fundo de luz matinal. En la extensión que los ojos barcan, puede percibirse su cordaje cimbreante y espacioso.

Costeando su flanco, le vemos amoldarse a los tumbos del recorrido, con esa admirable ductilidad de los grandes espíritus. Salta aquí y allá, con el garbo ágil de quien se conforma al ajetreo de la suerte, poniendo buena cara si hay temporal. Y achicándose cuando un árbol espinoso pretende cerrarle el paso, nos dice que la clave del vivir se reduce a comprimirse cuando el tonel nos resulta pequeño.

Bruscamente, en una traidora sima de la senda, se esfuma rápido. Ya desaparecen sus hilos, uno a uno; primero los de abajo, luego los otros, después la cabeza del poste que los sostiene. Ya no se ve nada. Tal vez la hondonada lo ha rendido, al hundirlo entre la maleza y los cardales... ¡Pero no! Ahí emerge clamoroso, subiendo la loma, trepando la cuesta del otro lado del barranco.

¡Ya está otra vez en alto! Pasó el Rubicón, cual los hombres fuertes que parecen hundirse para siempre a un revolcón de la vida, y luego tornan a subir de nuevo, altivos, serenos, potentes, impertérritos, cantando el himno de las victorias, con el alma llena de fe y el corazón rebosante de esperanzas.

El sol pega de soslayo en los alambres que reverberan brillantes, cual cintas de oro rodeando prolijas el maizal alto y tupido.

¡Diríase una faja luciente de áureos anillos, anudada en torno de un manojo de esperanzas!...

De trecho en trecho, para darles mayor rigidez y para encarrilar las hebras, están plantados los postes. Duros, gruesos, poderosos y firmes en su sitio. Inconmovibles por lo bien cimentados, no permiten a los hilos apartarse de la ruta, ni cejar en su tensión. Son como los sentimientos nobles que, infiltrados en el alma del hombre, le impiden transigir con las tentaciones de curvatura que le asaltan en cada recodo del camino...

Sobre aquellos plateados alambres, los gorriones, festivos y coquetos, se alisan el plumaje con femenina prolijidad; bañándose de sol y bebiendo las lágrimas de la noche, que cual sarta de perlas iridescentes, fulguran temblorosas pendientes de los hilos.

Ahí está el alambrado, junto al camino, para delimitar la propiedad de todos y el dominio de cada uno. Fiel vigilante y celoso cumplidor de sus designios, opone su barrera a los avances del caminante, para decirle con sus voces de fulgente acero: —¡Alto! Hasta aquí podéis llegar. De aquí en más, habéis de caer en delito!

Detiénese el viajero. Y ante aquellos alambres endebles, flexibles, silbantes, cuyo poder anularía de un sólo golpe, piensa que así, en nuestro viaje por el mundo, hallamos a cada jornada el divino alambrado de nuestra conciencia, cuyos lindes no deben sortear las alimañas venenosas del rastrojo...

(*Continúa en la siguiente página.*)

"La pampa".—(Final)

La tranquera.—

De recia envergadura, solidez a prueba, pesada en su armazón de combate, girando con cautela sobre sus goznes temerosa de gastar benevolencia con algún descomedido, álzase en pleno camino, a mitad del alambrado, la gentil tranquera.

Hay en su actitud mesurada y cavilosa, un algo de la humana sensatez que ponen los hombres de bien al acoger con ciertas reservas la presencia del advenedizo desconocido.

Puesta allí de centinela para guardar la entrada, se muestra celosa de su noble empresa. Campea por sus fueros de inflexible guardadora, y por los respetos de su dueño que le confía la tranquilidad de la casa.

Su férrea contextura le permite desafiar serena las furias del vendaval, que se estrella en sus batientes con el estoicismo de aquellas almas grandes que reciben a pie firme los chaparrones del destino.

Solícita y amable con los de casa, con el viajero amigo y con el hombre bueno, se franquea mansa y cariñosa para acoger con gesto de amable cortesía hospitalaria al labriego que retorna de la faena; al arado polvoriento que vuelve tras la yunta sudorosa; al peregrino errante que pide asilo, y al rebaño trashumante que al son de la esquila llega presto al encierro.

Para todos ellos murmuran sus herrajes un cordial saludo, franco y jubiloso. Y hay en su actitud tal benévola obsecuencia, que es la imagen fiel de los afectos del hombre, cuando éstos se abren a las solicitaciones del hermano que sufre, del amigo que llora, del huérfano que gime o del mendigo que ruega.

¡Jamás alma humana llegue a cerrar sus puertas al dolor, porque habrá de encontrar tendida la tranquera, cuando vencido y anhelante abandone este campo para siempre!...

¡Cómo se amohina en cambio, la buena celadora, cuando es un traidor el que se avecina! Su armadura tiembla de coraje, y se estremece aferrándose en el cierre. Clama contra el que la atropella, implora justicia, acude al cielo en su ruego postrero... Pero el intruso malvado, abusando de su fuerza, la toma por asalto, la sacude frenético, forcejea tanteando la juntura de la hoja en procura de un resquicio por donde colarse, y por fin la franquea de un salto y penetra en vedado. Dejándola escarnecida, pisoteada torpemente y dolorida, mientras él sonríe, gloriándose del vilipendio... ¡Valiente victoria que suele consumar la justicia del mundo, cuando vence, oprobiosa y traicionera, la fortaleza de las almas honradas que naufragan en los mares del dolor y la miseria!...

Asentada en la cabeza de la tranquera, una lechuza curiosea el horizonte ya oscurecido, volviendo a los cuatro puntos sus redondos ojos de sibila empedernida, con esa avidez insana de los fisgones de oficio que a todos estorban y a nadie favorecen.

Pronto vendrá la noche. Cuando el sol ya no luzca y las tinieblas arrojen su velo sobre la llanura solitaria, ennegreciendo el camino y ocultando el alambrado, la simbólica tranquera extremará su vigilancia y sus afanes, pues sabe por experiencia que todas las traiciones se consuman en la sombra.

Y colocada frente a las brisas, a los soles, a las nieves, a los vientos y a las aguas, ha de seguir guardando incorrupta y virtuosa, la casa de su amo. Como debe guardarse nuestro espíritu de las emboscadas que nos tiende este camino tan transitado, tan fatigoso y tan largo...

Hombres de todo el mundo:

Venid presurosos y confiados a traer a este suelo vuestros afanes, vuestras ilusiones y vuestros brazos. ¡Para todos hay sitio en esta tierra fértil y grande!

Veréis como son de amables los caminos de nuestra patria, cuando viaja por ellos el trabajo; conoceréis la protectora red del alambrado de nuestras leyes, si habláis con el alma; se os abrirán amigas todas las tranqueras, si albergáis sentimientos puros, y habéis de gustar maravillados el elixir de la vida, bebiéndolo en la copa generosa de las fértiles pampas argentinas.

Dib. de Friedrich.

Estereóscopo para postales.—

Desde hace algunos años disfruta el estereóscopo de gran favor. Ciertamente, la fotografía plana no es de desdeñar, pero la verdad es que por muy perfecta que sea, carece del encanto particular de la fotografía en relieve. En esta última, el paisaje se anima y todo adquiere vida hasta el punto de que se cree tocar con la mano los árboles, los edificios y el agua. La ilusión es completa.

Los ópticos satisfacen esas aficiones del público, poniendo a su alcance estereóscopos de todas las formas y precios imaginables. Lo que hay es que los aparatos buenos son costosos y además solo sirven para un tamaño determinado de fotografías. Pero el inconveniente principal del estereóscopo está en que exige pruebas fotográficas perfectas para que la visión de la imagen sea buena.

Hoy abundan, como es sabido, las tarjetas postales representando figuras, edificios, paisajes, etc., ninguna de las cuales puede ser llevada al estereóscopo. Esto se debe, en primer lugar, a que carecen de las dimensiones necesarias, y luego porque la generalidad de ellas tras de ser vistas sencillas (no dobles como exige la visión estereoscópica) están grabadas sobre retícula, no perceptible a simple vista, pero sí cuando se mira con los lentes del aparato. En tal caso, el efecto del entramado perjudica extraordinariamente a la visión.

Ahora bien, cierto M. Pigeon, profesor de física de una Universidad francesa, ha inventado recientemente un estereóscopo que permite sacar partido de las impresiones tipográficas para obtener imágenes en relieve, con poco gasto. El aparato ofrece el aspecto de un álbum de 35 centímetros de longitud por 20 de ancho, en cuyo interior se halla una sola hoja de cartón sólidamente unida a la base por juegos de charnelas. En la parte superior de la hoja, y hacia el medio, se encuentra un pequeño espejo. Ese es todo el mecanismo del aparato. Para servirse de él se sitúa sobre una mesa la tapa inferior, mientras se inclina la superior con un ángulo determinado, retenida por las charnelas, que la unen a la hoja de cartón central. Esta se halla entonces a igual distancia de ambas tapas formando exactamente un plano medio o bisector. Cada una de las tapas dispone en su parte interna de ranuras que permiten colocar, según la forma adoptada, las dos imágenes fotográficas o tipográficas. El observador no tiene que hacer otra cosa para que aparezca el relieve sino mirar la imagen puesta sobre la cara interna de la tapa mantenida sobre la mesa. Una condición ha de llenarse, sin embargo, y es que se mire colocando la nariz casi en contacto con la parte superior del plano medio, de modo que el ojo izquierdo pueda ver en el espejo la imagen situada a la izquierda sobre la tapa superior del álbum. En esas circunstancias, cada uno de los ojos fusiona las dos imágenes, y el relieve aparece con toda limpieza.

Una planta que tose.—

La ciencia moderna ha demostrado que las plantas no se diferencian de los animales tanto como se creía.

La respiración de los vegetales presenta, sobre todo, particularidades muy curiosas.

En la cara inferior de las hojas y de algunos tallos hay millares de bocas microscópicas, cada una de las cuales se abre y se cierra, y está provista de dos labios movibles. Estas aberturas son la salida de canalitos llenos de vapor de agua, de aire y de otros gases producidos por las transformaciones químicas que acompañan al crecimiento.

La vid llamada vulgarmente "planta que tose" y que en botánica lleva el nombre de "Eutada tussiens", es indígena de los países tropicales húmedos. Pero a consecuencia de haber sido transportadas accidentalmente sus semillas, ha ido extendiéndose e invadiendo regiones menos cálidas, y estableciéndose sobre todo en las vías férreas, donde prospera y soporta muy bien las sequías.

Hay sin embargo una cosa que esta planta no puede soportar, aunque en sus emigraciones ha demostrado grandes resistencias: es el polvo.

Cuando sus poros se obstruyen de polvo, los gases se acumulan en los canalitos de las hojas y acaban por salir como una diminuta explosión que es un verdadero paroxismo de tos y de estornudo que se oye perfectamente, y que hace temblar violentamente a la hoja. Y lo más curioso es que cuando se realiza este fenómeno, toda la planta toma un tinte tan rojizo como una persona cuando hace un esfuerzo grande o cuando tiene un golpe de tos.

La eutada se cultiva también como planta de salón, y basta barrer la habitación donde está para provocar en ella accesos de tos, con asombro de las personas que lo ven y que no conocen el fenómeno.

Un episodio olvidado de la independencia rioplatense

"¡Vayan con sus matreros, los gauchos!"

En el aniversario: 1811 - Mayo 21 - 1918. — Por Gontrán ELLAURI OBLIGADO

(Para "El Hogar".)

Es necesario que no se olvide la historia, cuando la historia quiere repetirse en estas altas horas de evolución democrática y de cultura social.

Grandioso, emocionante, era el espectáculo que presentaba la Banda Oriental del Uruguay al comenzar el año de gracia de 1811. El heroico grito de Asencio había resonado en todo el territorio y sus ecos llenaban el espacio; por todos los ámbitos se levantaban caudillos que, a la mágica voz de ¡Patria y Libertad!, aprestábanse a luchar contra el secular y malquerido dominador del suelo nativo.

En el Pantanoso, en las mismas puertas de Montevideo, se sublevó Fernando Otorguez; en Canelones, Tomas García de Zúñiga, Pedro Celestino Bauzá, Francisco Javier de Viana y otros; en Casupá y Santa Lucía, Manuel Artigas y Joaquín Suárez; en Minas, Juan Antonio Lavalleja; en el Yí, Félix Rivera; en Maldonado, Manuel Francisco Artigas; y, así, en San José, Paysandú, Belén, Tacuarembó y Cerro Largo, y en toda la campiña, que se alzó, unánime y entusiasta, contra el régimen del coloniaje; gesto heroico que pronto veríase coronado con los triunfos legendarios de La Colonia, San José y Las Piedras, primeros e inmarcesibles lauros de la épica corona de nuestros hermanos uruguayos.

Pero en la misma forma que toda la masa moradora de los campos había respondido al sublime conjuro de la patria, levantándose en armas, también, dentro de los muros de Montevideo, alentaban,—como veremos,—partidarios de la libertad, que, con singular estoicismo, trabajaban activamente y sin temor a las terribles represalias, difundiendo el ideal revolucionario.

Existía en aquella época premencionada, en Montevideo, un convento de Franciscanos, en el cual se habían educado los jóvenes más distinguidos de aquel tiempo. Algunos de los religiosos eran orientales, y entre ellos destacaba por su virtud y saber, Fray José Benito de Lamas, descendiente de una acaudalada e ilustrísima familia. Estos religiosos eran decididos apóstoles de la revolución y coadyuvaban a su triunfo en todo lo que les era posible, haciendo propaganda secreta y noticiando a los libertadores de cuanto ocurría dentro del recinto de la plaza.

Gobernaba a la sazón en Montevideo el teniente general don Francisco Javier de Elío, quien, habiendo arribado de España, revestido del pomposo cargo de virrey del Río de la Plata, en los primeros días de 1811, y encontrado insurreccionada a la capital del virreinato, se había quedado en esa ciudad, con el propósito de dirigir las operaciones de la guerra "sin cuartel" que declarara a los que hubieron de haber sido sus subordinados.

Hombre de carácter violento y atrabiliario, en cuanto incautóse de la actitud de los franciscanos, no atreviéndose a mayores desmanes, en atención al sagrado carácter que investían, resolvió arrojarlos de la ciudad.

Y como esta es, sin duda, una de las páginas más interesante, más dramática, que nos ofrece la crónica de la epopeya libertadora rioplatense, vamos, exhumándola del olvido, a exponerla en todos sus detalles, juntamente con los episodios y con los hombres que le dieron su colorido inmortal.

A propósito de Elío y de sus antipatías por todos los que comulgaban con la idea revolucionaria, don Francisco Bauzá, en el tomo III, página 164, de su importante obra *"Historia de la dominación española en el Río de la Plata"*, dice: "Hacía tiempo que miraba de reojo al convento de San Francisco, centro de ilustración y sociabilidad, donde la juventud se iniciaba en los dominios del saber, y los hombres principales se reunían en núcleo selecto para espaciar el ánimo durante las horas libres. Antes que la insurrección estallara ya se había hecho sospechosa aquella tertulia habitual, donde fray José Benito Lamas, futuro prelado uruguayo, derramaba todos los encantos de su elocuencia juvenil, hablando de la libertad y de la patria; mientras fray Benito en sus cortas estancias, interrumpidas por excursiones o misiones religiosas continuas, solía hacerle coro, usando el estilo torvo y declamador aprendido en los escritos de los revolucionarios franceses, tan leídos entonces. La ojeriza de Elío contra el claustro franciscano, acentuada desde sus primeros reveses militares, se culminó con la llegada de Artigas al Cerrito y la alegría subsiguiente que supo haber causado entre los frailes patriotas."

Resolvió, en consecuencia, expulsarlos de la ciudad.

Y en la noche del 21 de mayo de 1811, en circunstancias que hallábanse los frailes uruguayos reunidos tranquilamente en su convento, se presentaba en él un oficial español, de apellido Pampillo, con una fuerte escolta armada y, luego de aprehender a nueve religiosos, entre los cuales se contaban los padres Lamas, Posse, Santos, Fleytas, López y Faramiñán, con palabras duras y sin permitirles siquiera tomar equipaje alguno, ni aun el breviario, les intimó en nombre del virrey que lo siguieran. Obedecida, como es de imaginar, tan insólita disposición, cruzaron los frailes, en el mayor silencio, varias calles de la ciudad, hasta llegar al portón de San Pedro, en el fortín de la Ciudadela, donde el oficial, mandando abrir aquél, y al mismo tiempo que con la espada señalábales las hogueras del campamento patriota, que brillaban a lo lejos, les ordenó que salieran al campo, gritándoles en son de burla: *"¡Vayan a juntarse con sus matreros, los gauchos!"*. Hecho lo cual, ordenando la clausura del postigo, los dejó en medio de la soledad del paraje y de la obscuridad y el frío de la noche.



Retrato del R. P. Fray José Benito de Lamas, de honrosa figuración en la historia religiosa y política rioplatense. (1787-1857).

Fray Bernardino de Guzmán, fundador de las misiones franciscanas en el Uruguay. (Copia de un retrato sacado por el pintor Juan Manuel Blanes, de un cuadro antiguo y litografiado en la Escuela de Artes y Oficios de Montevideo).

Retrato del Padre Monterroso, uno de los frailes patriotas de 1811.



Vista parcial del convento de San Francisco, de San Bernardino de Montevideo, según una fotografía antigua.

Y al día siguiente, no satisfecho con esto, el impulsivo gobernante expulsaba, también, a cuarenta familias orientales, de las más distinguidas, entre ellas la del glorioso "vencedor en Las Piedras", don José Gervasio Artigas, sin permitirles llevar consigo "ni una pieza de ropa..."

De más está decir, que este proceder, en cambio de beneficiar las aspiraciones del mandatario español, encendió en el ánimo de los frailes criollos nuevos impulsos para no desmayar en sus empresas en pro de la emancipación.

Tal, someramente narrado, uno de los dramáticos episodios de la epopeya redentora rioplatense, y que hoy, en su aniversario, nos complacemos en exhumar, para conocimiento y ejemplo de las hodiernas generaciones.

El—como ya lo ha dicho un ilustrado historiador de esos sucesos—demuestra claramente que no sólo el elemento campesino, los gauchos ignorantes—como erróneamente se cree—que trabajaban en las estancias de las poéticas, incomparables campiñas uruguayas, habían abrazado con entusiasmo y decisión, despreciando las más severas amenazas realistas, el partido de la libertad; también los frailes ilustrados, y las personas pudientes que habían vivido rodeadas de comodidades se convertían repentinamente en soldados, abandonando sus intereses, sus casas, sus familias, yendo, quizás, por vez primera, a exponer la vida en los riesgos de la guerra, y dejando a sus esposas y a sus hijos sumidos en la mayor tristeza y desolación, para pelear por la independencia de la tierra natal. ¡Es que sordos a la voz de la naturaleza, sólo oían el clangor del clarín de llamada de la patria!

No en vano, una de las más puras glorias del Parnaso Neo-latino, Ricardo Gutiérrez, ha dicho:

"Cuando el lamento de la patria suena
Hasta el lamento de la madre calla."

¡Argentinos! ¡Uruguayos! No olvidéis jamás de enseñar a vuestros hijos a venerar la memoria de los frailes patriotas de 1811. Que a la historia, al pasado rioplatense, por más de un motivo clásico y legendario, debe estar sus nombres en esplendentes letras esculpidos, en una página que, si carece de mérito para los que sólo se deleitan en el oropel de las cosas, lo tiene—y muy subido—para los que, amantes de la patria y sus tradiciones, investigan con cariño y no quieren perder ni el más insignificante latido, que ha sido como verbo en el alma culta o salvaje de una raza.

Ellos fueron los que con ahinco opusieron, en horas inolvidables, la civilización a la barbarie, la libertad al despotismo, la ciencia a la ignorancia, para levantar en alto a los intereses políticos, económicos, religiosos y sociales en la tierra que constituyen los estados que hoy afirman su troquel, para orgullo de la estirpe, en las márgenes del Plata.

Mayo, 1918.



"¡VAYAN CON SUS MATREROS LOS GAUCHOS!". — Cuadro alegórico, por el pintor uruguayo Diógenes Hequet, de la expulsión de los franciscanos de Montevideo, por el virrey Elío, la noche del 21 de mayo de 1811.

¿Diamantes o guano?—

Una expedición dedicada a buscar tesoros ha encontrado grandes depósitos diamantíferos en una isla cuyo nombre de fijo inspirará recelo y duda en nuestros lectores: la isla "Plumpudding", que forma parte del archipiélago de las islas del Guano o de Ichaboe.

Cuando trató de explotar esas minas se encontró con que una ley dada por el gobierno del Cabo prohibe perturbar a los pájaros que, productores del guano, constituyen la principal riqueza de dichas islas.

Tal disposición fué comunicada por medio de un oficio en que se negaba el gobierno a discutir con el sindicato la preferencia de derechos.

La compañía que trata de explotar los tesoros de la isla Plumpudding ha impreso una circular invitando a los accionistas para que dirijan al gabinete Sudafricano una enérgica exposición pidiendo que no sea preferido el guano a los diamantes.



La ciudad de las gallinas

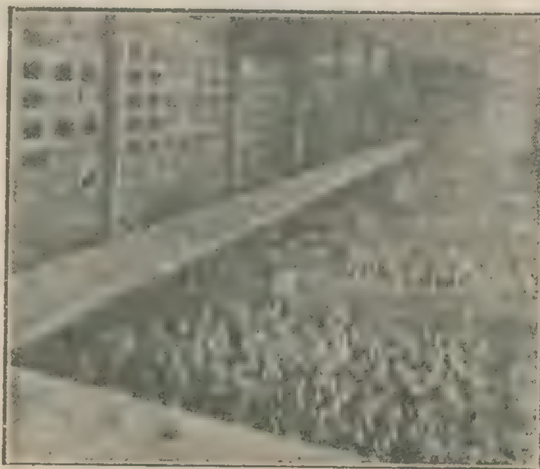


Una ciudad con más de un millón de gallinas y sólo 6.000 habitantes, no es cosa que se vea todos los días. Precisamente por eso es notable la ciudad de Petaluma, única en el mundo que presenta semejante particularidad.

Petaluma está en California, a unos 75 kilómetros de San Francisco. Su única riqueza la constituye la cría de las gallinas. En uno de los últimos años se produjeron en la región más de 120 millones de huevos, o lo que es lo mismo, más de diez millones de docenas. ¡Qué colosal tortilla se hubiera podido hacer! De ella podrían haber participado todos los habitantes de los Estados Unidos, y aun habría sobrado.

Tres cuartas partes, por lo menos, de la población de Petaluma, se dedica a la explotación de las gallinas. Los hombres adoptan allí esta ocupación como en otras partes la de abogado, la de médico o la de comerciante. Y no se crea que es ocupación baladí, porque requiere mucho tacto, mucha experiencia y muchos conocimientos; pero en cambio es lucrativa, dando considerables utilidades con relación a los gastos que exige. Algunos criadores llegan a tener en sus corrales diez mil o quince mil aves, lo que supone una ganancia de 36.000 francos anuales, sin que para cuidar aquéllas sean necesarios más de dos o tres hombres.

Los corrales están instalados en las laderas de verdes colinas. En ellos hay multitud de casetas semejantes a perreras, en torno de las cuales picotean millares de pollos blancos, que a cierta distancia simulan una gran mancha de nieve. Todas estas aves son de la raza llamada Leghorn blanca; si se ve alguna de otra casta distinta, es sólo como una rareza que algún criador curioso desea conservar. Las gallinas Leghorn blancas tienen la ventaja de ser muy ponedoras y muy rústicas, además de que empiezan a poner muy pronto. Muchos gallineros están construídos a la antigua, sobre carriles de madera, para poderlos mover cuando hace falta limpiarlos; pero en general, los criadores de Petaluma son partidarios de toda innovación ventajosa. Algunos de ellos conocen y emplean hasta cuarenta preparaciones alimenticias diferentes para sus gallinas.



Parte de uno de los locales de cría de patos, con la distribución de agua caliente para mantener alta la temperatura.

Mirando desde lo alto de cualquiera de los cerros que rodean a Petaluma, en toda la extensión que abarca la vista, no se ven más que ranchos inmensos, algunos de ellos de 200 hectáreas o más, cada uno de los cuales contiene de 3.000 a 15.000 gallinas. El número es siempre próximamente el mismo en cada rancho, pues cuando las gallinas tienen tres años y medio, se matan para el mercado y ocupan su lugar los pollos.

No es necesario decir que en Petaluma es de rigor el uso de las incubadoras. Todos los ranchos tienen sus cámaras de incubación, donde se empollan a la vez millares de huevos. Junto a ellas hay departamentos especiales para los pollitos pequeños, que pueden allí correr a sus anchas y recogerse por las noches bajo una cubierta rellena de algodón.

Algunos criadores compran los pollitos en la ciudad, donde hay establecimientos exclusivamente dedicados a esta rama de la industria. Son edificios de un solo piso, con grandes salas donde se ven filas interminables de incubadoras, mantenidas artificialmente a una temperatura constante. Una de estas "fábricas de pollos" puede incubar 100.000 huevos, es decir, que en caso necesario puede producir 100.000 pollitos cada tres semanas. De este número mueren un diez por ciento, y de 35 a 50 por ciento son machos, que se separan y se ceban para venderlos muertos.

Los pollitos nacidos en la ciudad, se despachan inmediatamente para los ranchos o para otras ciudades. Colocados en pequeños compartimentos, son metidos en el tren y van a veces a poblaciones situadas a 500 ó 1.000 kilómetros de Petaluma.

De nuestra cosecha y la ajena

LA HERENCIA DE UN GOBERNADOR

El nuevo gobernador de Jujuy está desconsolado. Cuando subió al gobierno, pensó en aquello en que piensan los sobrinos cuando se muere el tío: ¡la herencia! Veríamos a ver la herencia que le tocaba. El pobre gobernador mandó a la tesorería que practicase el arqueo de caja. ¿Cuánto hay?, preguntó. Todo lo que hay, le respondieron, entre créditos y efectivo, no alcanza a 147.000 pesos. Pero, añadieron, hagamos de cuenta que son pesos bolivianos. ¿Cómo así?, preguntó el gobernador. De esta manera, le respondieron: hay que descontar cerca de 73.000 pesos, de los cuales una parte salieron sin comprobante o sin orden, y otra parte fueron entregados de más al tesoro de la policía. ¿Serían fondos invertidos en servicio secreto?, pensó el gobernador. E hizo otra pregunta: ¿Cuál es la existencia en caja? No alcanza a 724 pesos, señor gobernador. ¿Boliviamos?, dijo él por broma; y con gran sorpresa suya oyó que le respondían: En efecto, señor gobernador. ¡Es posible!, exclamó, ¿y cómo se entiende? Se entiende así, excelentísimo: más de la tercera parte son falsos.

Y era la verdad. Sobre menos de 724 pesos, cerca de 262 eran en billetes falsos o sin valor.

EL REY VALIENTE

El rey de España fué una vez llamado por "La Nación" el rey valiente. Aludía, si mal no recordamos, a cierto episodio en que fuera actor el rey, quien no había vacilado en realizar una peligrosa proeza de equitación para impedir la muerte de una niña. Ese episodio venía a continuación de los difíciles trances en que el rey había sido puesto por los anarquistas, y en los cuales él, con su serenidad y su entereza, había acreditado su bravura. ¡El rey valiente! "La Nación" tradujo con este epíteto el sentimiento de los argentinos. Rey valiente, sí, máxime siendo un rey de a caballo.

Los franceses, aunque no habían llegado a expresar sintéticamente su juicio por medio de un apodo como el de "La Nación", no habían estado menos psicológicos que ella, y cuando el rey de España los visitaba, tenían buen cuidado de presentarle a Francia bajo su aspecto heroico: fiestas militares, y sobre todo, cargas de su brillante caballería, que bien evocaban las sombras gloriosas de Ney y de los coraceros del 70.

Ahora se nos refiere un rasgo de Alfonso XIII, conforme con su psicología. Todo valiente ha de ser admirador de los valientes, pues cualquiera de las dos cosas implica la otra, según lo ha comprendido muy bien aquel refrán que dice: "No es mal sastre el que conoce el paño." Dice, en efecto, un telegrama:

"Madrid, 21.—Telegrafían de San Sebastián que durante la permanencia de D. Alfonso en aquella ciudad, fué servido un día, durante el almuerzo en el hotel María Cristina, donde se hospedaba, por un mozo de nacionalidad italiana, que después, de prestar servicio en el ejército de su país fué licenciado para reponerse de heridas recibidas en el campo de batalla.

"El monarca, al advertir que se trataba de un inválido de guerra, se levantó de la mesa y estrechó calurosamente la mano del mozo, felicitándole por su comportamiento. Acto seguido le gratificó con largueza."

La palabra gratificar quizá no sea la más acertada, pero estos, se dirá el inválido, son escrúpulos de monja.

MONUMENTO AL OBRERO

Es cosa nueva esta noticia que viene de Mendoza:

"Por decreto de fecha de ayer (1.°) se resolvió erigir un monumento "en honor del obrero", a cuyo efecto se llamará a concurso a los artistas de la república, para que dentro de seis meses presenten un proyecto.

"El primer premio será de 10.000 pesos, y el gasto se costeará por suscripción pública, con la contribución del gobierno, para lo cual se requerirá de la legislatura la suma que corresponda.

"Al efecto se nombró una comisión formada por el vicegobernador, el intendente municipal, el director de escuelas y el presidente de la federación obrera."

Trátase, en fin, de un monumento al obrero, decretado el 1.° de mayo, día de la fiesta del trabajo, y de una comisión en la que figuran el vicegobernador de la provincia y el presidente de la federación obrera. Después de esto, que está muy bien, el obrero sólo puede pedir una cosa: que el monumento sea comestible.

SODA CAUSTICA

Según el doctor Heffter, ex jefe del laboratorio de química industrial de la Escuela Industrial de la Nación, en la República Argentina se puede producir fácilmente soda cáustica, a mejor precio que el producto importado en tiempos normales. Disociando bajo ciertas condiciones (temperatura, concentración, amperaje, etcétera) una disolución acuosa de sal, se consigue un líquido muy rico en soda cáustica, sustancia ésta última que por concentración en aparatos al vacío, puede ser fabricada como lejía más o menos concentrada o en forma sólida. Estando la sal compuesta de sodio y cloro, este último puede servir para fabricar al mismo tiempo hipoclorito de cal. La solución acuosa es fácil de obtener con poco gasto a la concentración deseada, debido a que nosotros tenemos sal sin necesidad de ir a extraerla de minas ni del agua del mar. Nuestros lagos salados, como el de Bebedero, nos la dan hecha, pronta para ser utilizada en la mesa o en la cocina, o para preparar la solución acuosa del doctor Heffter.

LA SALIDA AL MAR

Bajo este título, el crítico naval de "La Nación" hace una observación muy justa. Dice:

Todos los pueblos de cierta cultura han luchado en su desenvolvimiento histórico, desde que el mundo es mundo, por la salida al mar. Los ejemplos son numerosos y en la actualidad esta tendencia está bien definida con la política alemana, austriaca, búlgara, serbia, rumana y rusa. Alemania lucha por llegar al Atlántico, a través de la Mancha; Austria por conservar el fondo del Adriático; Bulgaria por Salónica hoy y por Constantinopla mañana; Serbia por puertos en el Adriático; Rumania por las costas del Mar Negro y las bocas del Danubio; y Rusia, es decir, lo que queda de Rusia, luchará por alguna salida al océano.

La historia de Rusia es toda una emigración permanente hacia el mar. Desde las estepas de la Tartaria y del Ural persiguió constantemente los caminos de las cuencas de agua salada. Así alcanzó el Báltico, el mar Artico, el Pacífico y sostuvo varias guerras por abrir los Dardanelos. ¡Cómo podría dejársela hoy sin costas! Si la Ukrania la substituye en el mar Negro; si un estado autónomo le quita las aguas del Báltico; si Fin-

(Continúa en la siguiente página.)

"De nuestra cosecha y la ajena".—(Final)

landia ocupa las costas de los golfos de este nombre y de Botnia, incluyendo la Ingria con Petrogrado no quedará a la despedazada Rusia otro mar que el Pacífico, esto en el caso de que Siberia no se le separe también. Es decir, que al cabo de mil años volverá la Rusia a ser un estado asiático, o quedará un germen permanente de guerra futura: los pueblos siempre corren hacia el mar y las provincias bálticas tendrán eternamente por detrás un torrente que las impuje o las devore.

¿CUANTO VALE UN CASCO POLICIAL? Debido al fracaso de la licitación pública, hecha con el fin de adquirir cascos para el personal de policía,—dice una de las noticias de la semana pasada,—el Poder Ejecutivo ha autorizado a la jefatura de esa repartición, para adquirir 7.000 en una casa de esta plaza, para lo cual se podrá invertir hasta la suma de 44.650 pesos.

Resulta así, sacando la cuenta, que un casco policial cuesta seis pesos y casi 38 centavos. Si han de juzgarse los cascos por el tamaño, no parecen caros. Pero aun cuando esto perjudicase la respetabilidad del agente—el casco impone respeto, no hay duda—el gobierno, ya que anda pobre, podría economizar unos pesos generalizando a todo el personal de policía la gorra de los suboficiales.

NUESTRA CULTURA El doctor Lucas Ayarragaray publicó en "La Nación" un artículo, dedicado al doctor Joaquín Castellanos, en el que nos da su opinión sobre algunos problemas argentinos. Dice sobre nuestra cultura:

"La incoherencia mental y moral argentina, es fruto de nuestra deficiente cultura. Los estudios desenvueltos entre programas incongruentes y técnicos, no suscitan ideas generales, sino tendencias por la actividad profesional y la rutina burocrática: aquéllos carecen de amplitud y de vida y, por consiguiente, se cursan aulas sin ambiente, en las que imperan métodos estrechos y mediocres, capaces de acumular conocimientos fragmentarios, pero dislocados y sin un concepto educativo. Ningún elemento coordinado tendiente a fecundar el espíritu que, en pleno albor, se debate ya, en actividades subalternas, espiando la ruta para penetrar precozmente en la actividad positiva. Sin cultura humanista, carecen los estudios de germen fecundante y expansivo, de modo que cuando, por temperamento, se aman las cosas del pensamiento y se siente el acicate de la alta vida del espíritu, es menester rehacer, en el esfuerzo individual y solitario, los rudimentos adquiridos en las aulas.

Con todas las deficiencias de una escolástica resabiada y las rancias estrecheces mentales que caracterizaban en América los programas prevalecientes en las últimas décadas de la colonia, quizás asimismo fueron más eficaces y tuvieron más gérmenes de cultura, que los estudios superficialmente enciclopédicos y técnicos, que después de la independencia y de la organización nacional, empezaron a predominar en nuestro país. Es posible que por haberse substraído a la deformación consiguiente que imprimían al espíritu tales métodos esterilizantes, algunos de los hombres que se independizaron de aquellas disciplinas oficiales y vivieron como autodidactas, fueron, al fin, poseedores de una cultura más expansiva y fecunda y cuya acción, por consiguiente, proyectó más influnecia sobre la civilización espiritual argentina".

MONEDA DE NIQUEL Don Carlos Bellagamba nos escribe diciéndonos que el público, las empresas de tranvías y los periódicos podrían muy bien aliviar la necesidad de moneda de níquel. Por cuanto al público, los pasajeros del subterráneo, en lugar de tomar un boleto por vez, podría acostumbrarse a comprar los libritos de diez boletos que el Anglo pone a su disposición. Por su parte las empresas podrían extender el sistema de los libritos a todas las líneas, o vender abonos mensuales con derecho a un número limitado de viajes. Para los periódicos propone que el Círculo de la Prensa haga imprimir libritos semejantes a los del subterráneo, cada uno de veinte boletos de cinco centavos, destinados al pago de los periódicos. El público los compraría en las administraciones o a los canillitas, y luego éstos y aquéllas los recibirían en pago de los periódicos.

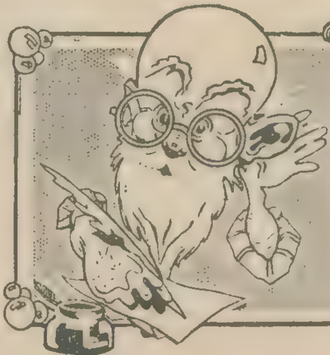
EL COMANDANTE RAYNAL De acuerdo con un convenio franco-alemán, se permite que ciertos prisioneros de ambas partes puedan pasar a Suiza, permaneciendo allí internados por lo que reste de la guerra.

El comandante Raynal, defensor del fuerte de Vaux, uno de los de la cintura de Verdún, fué incluído en ese número, y acaba de llegar al cantón de Vaud. Al anunciarlo los telegramas hacían notar que el comandante llevaba consigo su espada. Todos recuerdan cuán heroica fué la defensa de Vaux, y cómo Raynal tuvo que rendirse porque había llegado al límite de las fuerzas humanas. Los alemanes habían obstruído todas las entradas del fuerte, amontonando ruinas sobre ruinas y escombros sobre escombros, mediante los disparos de su artillería. Trescientos metros a retaguardia había una trinchera francesa, pero en el espcio mediante explotaban las granadas alemanas, formando una cortina de fuego. Raynal no podía ya retirarse, ni tampoco recibir municiones, víveres ni refuerzos. Fué entonces que se rindió y entregó su espada. En aquel tiempo, hace aproximadamente dos años,—las fuerzas del sector de Verdún pertenecían al ejército del kronprinz. Raynal fué tratado por el jefe alemán a quien se había rendido, con las consideraciones debidas a su valor. Antes de que pasase a Alemania, el kronqrinz quiso que le fuera presentado, y en esa entrevista le devolvió su espada. En cuanto al gobierno francés, confirió al comandante el título de comendador de la Legión de Honor. Las insignias fueron entregadas a su mujer, en una tocante ceremonia realizada en el patio de los Inválidos.

EN COMISION El ejecutivo ha declarado en comisión al personal de la Aduana de la capital. Acerca de esto, de ser declarado en comisión, dice "La Prensa": "La frase "en comisión" carece de sentido. Se le da el significado de poner al empleado a disposición, para separarlo en el momento que ella considere oportuno". Estar en comisión, pues, es tener la espada de Damocles suspendida sobre la cabeza.

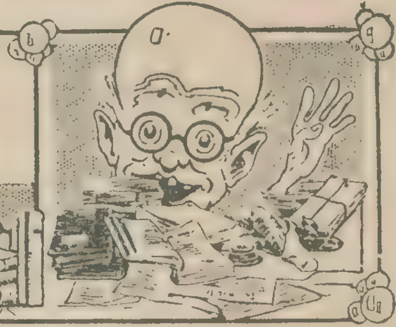
CONTRA LOS ARBOLES Varios propietarios de casas de la Avenida de Mayo han decidido pedir a la municipalidad que suprima los árboles de las aceras. Dicen que los árboles ocultan las fachadas de los edificios e impiden el embanderamiento y la colocación de letreros luminosos, los cuales, según el parecer de dichos propietarios, dan mucha animación a otras calles y producen buena renta a la municipalidad. Estas opiniones tomarán de sorpresa a los transeuntes.

UNA FAMOSA COLECCION FILATELICA Dícese que el señor Felipe La Renotière von Ferrary, fallecido últimamente en Suiza, legó al museo postal de Berlín su famosa colección de sellos de correo, conocida por la Colección Ferrary. Trátase de una colección formada mediante grandes gastos, y cuyo valor se estima en varios millones. Contienen el timbre único de 1 cent. de la Guinea inglesa, emitido en 1856, y que vale él solo un precio fabuloso; cinco de los timbres redondos, de 2 cents., de la misma Guinea, emitidos en 1852, que se cotizaron hasta los 86.250 francos el par, y cinco de los preciosos timbres de la isla Mauricio emitidos en 1847, que se cotizaron hasta los 87.500 francos el ejemplar. La Renotière von Ferrary es hijo de la difunta duquesa de la Galliera, que vivió largo tiempo en París, y en cuyo hotel el duque de Braganza, después rey de Portugal, casó con la princesa de Orleans. La duquesa de la Galliera era la esposa del marqués de Ferrari, riquísimo genovés a quien el anterior Víctor Manuel hizo príncipe de Lucedia, y el papa duque de la Galliera. En Francia ha causado cierto escándalo la noticia del legado, y como von Ferrary presenta el apellido de la Renotière y es un Ferray con y griega, algunos diarios franceses manifiestan dudas acerca de su parentesco o acerca del legado.



La paja en el ojo ajeno...

por PESCATORE DI PERLE



Semanalmente se premiará con una libra esterlina al que remita la mejor "perla" a juicio de nuestro "Pescatore".

No se admiten "perlas" anónimas, es decir, sin documentación. Cada envío debe acompañarse con el recorte del diario, revista o libro donde se hizo el hallazgo. "E si non, non".

Esta semana corresponde la áurea moneda a "V.Do. Ya", de La Plata.

"Revista Popular", del 29 de abril, reproduce una cuarteta criolla que viene muy a pelo en estos calamitosos días de 1918. Dice así:

Con el "cuento de la guerra"
andan matreros los cobres,
vamos a morir de pobres
los paisanos de esta tierra!

(MARTÍN FIERRO).

Y Martín Fierro—que no fué autor nacional ni cosa por el estilo—si se enterara de esto que le atribuye la "Revista Popular", retrucaría: "Compadre: ¡a otro perro con ese güeso!"

Porque, en efecto, Martín Fierro nunca dijo tal cosa. La frase es del gaucho Laguna, el "cuñao" de Anastasio el Pollo, como puede verse en el "Fausto", de Estanislao del Campo.

Por lo demás—y sin ninguna intención de plagio literario—a todos se nos ha ocurrido, de un tiempo a esta parte, eso de que...

...con el cuento de la guerra
andan matreros los cobres...

"La Nación" del 22 de abril, en sus fantasías telegráficas a propósito de la guerra:

Madrid, 21.—Oficialmente se anuncia que entró en el puerto de Gerona el paquebote francés Idroverce con averías...

Esta noticia—como tantas otras que publica el colega—debe tener una intención puramente satírica. Porque ni Gerona es puerto, ni es cosa fácil que un paquebote entre en una población situada a 45 kilómetros del mar.

Y que "La Nación" anda mal en asuntos navales, lo prueba este otro telegrama humorístico publicado el 24 de abril:

Wáshington, 23.—Los aprovisionamientos prometidos a España, Holanda, Suiza *y Suecia, a cambio de buques, no son expedidos a causa de la presión que ejercen los alemanes sobre las empresas navieras, amenazándolas con hundirles los barcos que han de llevar esos aprovisionamientos.*

¡Lástima que al colega no se le ocurrió describir cómo Suiza iba a mandar sus buques a los Estados Unidos!

La descripción hubiera quedado muy bien con música de Offenbach.

Un señor José M. Espigares, de 25 de Mayo, ha publicado en "La Epoca", del 21 de abril, unos versos titulados "Hipólito Yrigoyen", con esta poética advertencia: "¡De rodillas la canalla!". Y dice a renglón seguido el bardo de 25 de Mayo:

Surgió puro de su llano como el alma de la [aurora...
...*y al llegar serenamente hasta* el picacho de la [cumbre...
...*que su* propio, *que su noble, que su* mismo co-[razón...
Le salieron a su paso los tormentos del desvelo,
y por cada rosa de oro del jarrón de su consuelo,
la canalla le dió un vaso rebosante de dolor;
pero nunca consiguieron los sicarios consumarlo,
porque tienen que postrarse, *porque tienen que* [adorarlo
de rodillas, *junto a su ara de sublime redentor!!*

Después de la lectura de estos versos, el "sublime redentor" no va a tener más remedio que enviar una intervención a 25 de Mayo, para ver qué diablos están haciendo allí con el sentido común.

"El Nacional", diario de Juárez (provincia de Buenos Aires), ha publicado un boletín, a propósito de no sé qué porquerías políticas, en el que dice:

En el campo de batalla esos traidores sin decoro, son afusilados *por la espalda...*

Y los de Juárez, ¡claro!, menos sanguinarios, dejan en paz a los traidores con o sin decoro, y "afusilan" al idioma...

Un avisito de "La Nación", del 26 de abril:

Al norte vendo una magnífica casa de renta, lujosa, bien hecha, admirablemente destruída...

Esta es una muestra de los nuevos avisos que en Rusia han puesto de moda los maximalistas.

"El Hogar", del 29 de marzo:

**** La velocidad de las pulsaciones es de 120* por segundo *en la infancia; 80, a la edad viril; y 60, en la ancianidad.*

Si un viejo tiene normalmente la friolera de 3.600 pulsaciones por minuto, ¿a cuántas alcanzará en estado febril?

"Caras y Caretas", del 27 de abril, al pie de un retrato de Mariano de Vedia:

Ojeando *los diarios de la mañana.*

Y como el grabado representa a Mariano de Vedia con un periódico en la mano, *pero mirando* al lector, resulta que "ojea" a este último. Porque "ojear" quiere decir: "dirigir los ojos y mirar con atención a determinada parte". Hubiera dicho el colega:

Hojeando *los diarios de la mañana.*

y hubiera dicho bien.

La paz y sus pretendientes



—De cada ventana llueven piropos, pero de ahí no pasamos por ahora.

En "Mundo Argentino", del 17 de abril, en un artículo titulado "Periodismo de combate":

Se está liquidando un ciclo histórico y ya hemos pisado *los dinteles de otro.*

Y el periódico "La Verdad", de Puán, en otro artículo que se titula "Regeneración actual", dice:

¡Eureka! Pisamos los dinteles *de la era de perfeccionamiento político...*

Advierto desinteresadamente a los colegas que eso de *pisar* los *dinteles* no es cosa tan fácil y hacedera como parece. Porque "dintel" no es sinónimo de "umbral", sino cosa muy distinta: es la parte superior de las puertas y ventanas que carga sobre las jambas.

De modo que se puede pasar o transponer los dinteles. Pero *pisarlos*... ya es más serio.

"La Prensa", del 2:

En la "kermesse" realizada *por el comité "Des Jeunes Filles Françaises", que* se efectuará...

¿En qué quedamos? ¿Se realizó o se va a efectuar? ¿Qué responde "La Prensa"? ¿Qué dicen las "Jeunes Filles"?

El sabio y erudito gobernador de la provincia de Buenos Aires, don José Crotto, en su discurso ante la legislatura platense:

...la armonía del sistema republicano representativo federal, entre los poderes públicos, comparable al sistema planetario, *cada cual de los* astros *en su giro maravilloso, no falte nunca...*

Pues faltan siempre a semejantes citas. Porque los astros, que nada tienen de entrometidos, no tienen por qué girar en sistemas dedicados sólo a los planetas.

"Tit-Bits", penúltimo número de abril, en la sección "Respuestas del director":

—Ramón Balbuena.—Concepción del Uruguay.—Las manchas de tinta (supongo que de escribir), en el piso, (supongo que de madera) se pueden sacar con una solución de oxalato de potasa (sal de higuera). Si la mancha es vieja lo mejor es sacarla con un cepillo de carpintero.

Supongo que me hallo indispuesto y supongo también que no me haría mal un purgantito. Supongo que elijo la "sal de higuera" y, al efecto, compro en cualquier droguería veinte centavos de "oxalato de potasa"; supongo que lo tomo disuelto en agua, y... ¡adiós, bellos sueños!... El director de "Tit-Bits" me ha llevado insidiosamente a un suicidio involuntario.

Porque la sal de higuera es sulfato de magnesia. Oxalato de potasa es la sal de acederas.

Una medicina nueva.—

El cloretono es un medicamento hipnótico y analgésico poco conocido todavía, pero que sin duda se popularizará muy pronto. Por su composición química y sus efectos, se parece al cloroformo y al cloral, y su principal aplicación parece ser por ahora en ciertas afecciones de la boca y de la garganta. En las afecciones graves de la laringe, que impiden deglutir la saliva y los alimentos si no es a costa de atroces dolores, una insuflación de cloretono produce un alivio instantáneo y de larga duración, próximamente dos o tres horas. Para estas aplicaciones locales, el doctor Fiocre, aconseja el empleo del cloretono en vapor. Un tubo de vidrio, con un ensanchamiento en el centro, se adapta a un vaporizador. Los cristales de cloretono se introducen en el ensanchamiento del tubo, y sometiéndolos a la llama de una lámpara de alcohol, dan vapores blancos que llenan el tubo mismo y pueden proyectarse sobre la región afectada por medio de vaporizador. Es un remedio inofensivo y sencillo.

Manera de desprenderse de un cutis malo

(Del "Woman's Realm.")

Es una tontería el intentar cubrir un color cetrino, cuando se puede hacer desaparecer el mismo, o cambiar el cutis. El "rouge" u otras sustancias similares aplicadas a una piel morena, sólo sirven para hacer más palpable el defecto. El mejor medio es aplicarse cera pura mercolizada — lo mismo que se pone el cold-cream — poniéndoselo por la noche, lavándose la cara por la mañana con agua caliente y jabón y después un poco de agua fría. El efecto de unas pocas aplicaciones es simplemente maravilloso. La cutícula mortecina la absorbe la cera, gradualmente y sin dolor en partículas imperceptibles, mostrando la hermosa piel blanca aterciopelada que había debajo.

Ninguna mujer debe tener un cutis pálido, con ronchas, con barrillos, o con pecas, si compra en una botica un poco de cera buena mercolizada y la usa como dejamos dicho.

Resultado del concurso infantíl número 32

LOS PREMIADOS

Jorgelina Hernández, Justina Lilias Urricelqui, M. E. Wyszteleuski, Dora Cafferata, María Margarita Vignau, Eduardo Burbridge, Victoria Nieto, Titita Castelhun, Alicia Tejón, Roberto Link, María A. Garat, Ellita Merlo, Horacio Desrets, Haydée Figueroa, Alfredo Bruni, Irma M. Argento, María Delia Reali, de la Capital; Iza Cherro Peluffo, (Montevideo); María H. de Herrera, (Montevideo); Ada Troisi, (Córdoba); Raúl Odtiz, (Villa Ballester); Carmelina Baligé, (Pavón); Zulma G. Juanto, (Salta); Hercilia Funes, (Banfield); María E. Sánchez, (Adrogué); Haydée A. E. Méndez, (La Plata); Rosa Botto, (Rosario); Argentino R. Tompson, (L. M. Saavedra); Filomena R. Cebey Farías, (Chivilcoy); Mercedes Soloreo, (Corrientes); Deolinda M. Laplane, (Los Toldos); Jorge Díaz, (3 Arroyos);; Roberto Müller, (Rosario); Berta Holmberg, (Mendoza); Jesusa H. Muelle, (Posadas); Edmelinda Nieto, (Tucumán); Luis Bustos, (Corrientes); Juan Perlender (Santa Fe); Clementina Garrido, (La Plata); Augusto Rañó, (La Rioja); María L. Gaviña, (Córdoba); Delia Pasini, (Villa María); José Torres (Mar del Plata); Antonio Minetti, (Montevideo); Teresa Fernández, (Dean Funes); Jacinto Pourtalé, (Chacabuco); Mercedes Redín, (Daireaux); Adolfo Palacios, (Gualeguay); Josefa V. Sojo, (25 de Mayo); Gabriela Giménez, (Nogoyá); Rodolfo Pasano, (Colonia, R. O.); María E. Brizuela, (Ñanducita); Concepción Hidalgo, (9 de Julio); Filiberto L. Núñez, (Necochea); James Ranson, (San Francisco); Raúl D. Castañeda, (Valparaíso); Luisita Cassia (Formosa); Adelina Miranda, (Esquina); Jaime I. Balestra, (Tandil); María Mercedes Ballesteros, (Córdoba); Guillermo Balza (Moisés Ville); Eduardo Casal, (Concordia); Fernanda Bash, (Tucumán); Enrique P. Denis, (Curuzú Cuatiá); Margarita Ferro, (P. Militar); Vicente del Valle, (Sgo. de Chile); Horacio G. Cruz, (Chascomús); Emilia Chiappa, (Cañada de Gómez); Angela Vanoli (Alta Gracia); Lucía Gandini, (Brandzen); Carlos Torrent, (Comodoro Rivadavia); Juliana Saavedra, (Luján); Rosa E. Dolores, (Marcos Juárez); María Teresa Zavalía (Maipú); Rafael Delpino, (Arrecifes); Isabel Rodín, (Mendoza); Marta Leiza, (Santa Fe); Tomasa Bancalari, (San Francisco); Alfredo Rozas (Pehuajó); Julia Rodríguez, (Bahía Blanca); Susana Arias (Tucumán); María Irene Cabal, (Rawson); Francisco Vangi, (Zárate); Saturnino Ruiz, (Villaguay); Catalina L. Bravo, (Rufino); Jeanne Simonazzi (Santos Lugares); Sebastián Luro, (Reconquista); Miguel Sánchez, (Tristán Suárez); Florinda Spinetto (Roque Pérez); Ambrosio Alcorta, (Los Talleres); Santiago Méndez, (Villa María); Cándida Bonomi, (La Plata); Delia S. Demarco, (Corrientes); Arturo Zabala (Paso de los Libres); Antonia Badíe, (Dolores); Carlos T. Bini, (Rosario); Guillermo Belou, (Mendoza); Adolfo Savino, (Alta Córdoba); Magdalena Taddeo, (San Martín); Felipa Iribarne, (Capilla del Monte).

CUADRO DE HONOR

Ana Samolovich, (Pergamino) Hilda Rutt, (B. A.); Rosa Garrido, (B. A.); Francisco Fuentes, (B. A.); Alberto V. Zorrilla, (B. A.); Alfredo Mass, (B. A.); Inés A. Paglicro, (B. A.); Juan A. López, (B. A.); Marcelo Sempé, (B. A.); Adolfo Tijera, (Montevideo); Zulema Peluffo, (B. A.); Ana María Junquez, (Rosario); Nélida E. Bosco, (B. A.); María Alicia Jáuregui, (B. A.); Federico E. Trabucco, (B. A.); Susana E. Laprida, (B. A.); Sixto Quiroga, (Ramos Mejía. Rosa J. Cisneros, (B. A.); Luis La Madrid, (B. A.); Silomara Figueroa, (B. A.); Juan González (S. Genaro).

Las de Wilson, por Victorina MALHARRO

Es decir, precisamente por una servidora de ustedes, no. El título de este artículo es el de una novela aparecida poco ha, y de la que quiero ocuparme.

Hasta ahora no me llama Dios por el camino de la crítica literaria, y no voy a hacerla tal.

Eso sí, en mi condición de mujer decente y de maestra de conciencia, no quiero silenciar las reflexiones que me ha sugerido la lectura de esa obra de un amigo, al que tengo por muy sensato y muy bien inspirado, y, por lo tanto, me duele mucho verlo embarcado en el mismo tren de la mayoría de los que publican, en el momento actual, cuentos y novelas en los que se confunde con los prejuicios infundados, muy merecedores del más cruel vapuleo, delicadezas fundadísimas dignas de todo respeto.

Las de Wilson son cuatro hermanas; dos, las mayores, señoritas. Las otras dos... ¿cómo diremos lo que son?

Si hubiera de dirigírseles una carta, en el sobre habría que darles el tratamiento de "señoritas", ya que no consta en el registro civil su cambio de estado.

A pesar de eso, no son lo que habitualmente llamamos "señoritas", si bien yo prefiero designarlas con este largo, acampanillado y, por lo mimoso, feo calificativo, a llamarlas con la palabra "señora", tan linda, sonora y respetuosa, que muy de veras lamento yo se dejara perder en nuestro país la antigua y caballeresca costumbre española de llamar "señora" a toda mujer honesta, fuese cual fuere su edad y su estado civil.

La mayor de las de Wilson, una solterona a la que el autor le tiene un fastidio único, es la mujer más mujer de toda la obra.

¡Y la ha pintado bien el autor! Tan bien, que, a despecho de no reconocerle él ninguna de sus cualidades, nos deja a los lectores enteradísimos de ella.

Tiene también la semi-vieja sus defectos. ¡Quién no los tiene! Pero esos defectos, más que de ella misma, son del medio en que vive, y debe ella haberlos padecido desde joven y los padecería aunque se hubiese casado, pues jóvenes y casadas hay pagadísimas de las apariencias y muy ilusas respecto a posibles ventajosos casamientos para sí y para sus parientas, que tal es el gran pecado de Silvia Wilson.

Pero la pobre va para vieja, es flaca y no es bonita. El autor — hombre, al fin — no puede perdonarle a una mujer ninguno de esos tres delitos.

¡Cómo le va a perdonar los tres reunidos a la pobre Silvia!

Las dos hermanas menores, ya se habrá comprendido lo que son. Sumémosle el ser muy jóvenes y ser lindísimas, y ya no nos sorprenderá que le hagan perder al autor la cabeza.

Para debilidades, no hay como el sexo fuerte.

Y el lector que se escandalice por la preferencia del autor, que haga examen de conciencia, se ponga él en el caso y verá como en seguida pierde cabeza y pie.

La pobre solterona, que no tiene motivo para conocer a los hombres tan bien como las hermanas menores, los juzga unos benditos. Hasta llega a creerlos capaces de apreciar la honestidad de la mujer, por lo menos cuando se trata de buscar esposa.

Sin duda, no ha conocido a ninguno de tantos que, después de mariposear alrededor de señoritas, verdaderamente señoritas, han bolseado a alguna, precisamente por eso: por verdaderamente señorita, y han concluído casándose con la maritornes de la pensión donde se alojaban o con cosa peor.

Tanta importancia le da la ingenua de la vejancona a la vida honesta, y tanto cree que los hombres la estiman, que llega a parecerle posible que después de tres años de llevar una vida recogida la tercera de sus hermanas, pueda con eso redimirse de su falta anterior y dar con un buen esposo.

Pura, que así se llama la aludida — y aquí es el caso de repetir "le nom ne fait pas la chose" — no es tan optimista como ella. Sabe bien que si ella llegara a encontrar marido, no sería porque el candidato la apreciase a causa de haberse purificado por el arrepentimiento, sino porque con su juventud, hermosura, gracia y elegancia le habría ella vuelto los sesos del revés.

Por otra parte, Pura ni piensa en arrepentirse de lo de antes. Su arrepentimiento está sólo en la imaginación de Silvia.

Cuando un cortejante surge, la solterona no duda de que Pura encontró el marido que ella le desea. Pura no es tan optimista, y le hace ver que ese cortejante lo que quiere es lo que todos: sacar leña del árbol caído.

La discusión se encrespa entre las dos hermanas. Pura trata a la mayor de "vieja zonza". El calificativo no es del todo inmerecido, pues la pobre Silvia no sólo cree posible que su hermana se case con un joven de fortuna, gracias a la dote del arrepentimiento, la juventud y la hermosura, sino que para sí misma cree posible surja un novio. Para sí no tiene tantas pretensiones. La dote de ella es la honestidad y el ser mujer de su casa. Y piensa que para otro viejo, que también hubiese doblado el cabo, no sería del todo mal partido.

La inocentísima mujer no sabe que los hombres no saben que el tiempo corre también para ellos; y que en la frontera del medio siglo son capaces de presentársele a una muchacha que no ha llegado al cuarto, a pedirle su mano y corazón en cambio del nombre, mano y corazón del pedigüeño, y hacerlo muy convencidos de que ella no perderá nada en el cambio.

Como a nadie le gusta que le digan verdades desagradables, lo de vieja zonza la deja a la solterona con sangre en el ojo, y le dice a la hermana otra verdad igualmente desagradable. Pero no se alarmen: no se lo dice así como se lo hubiera dicho en tiempos de Cervantes, sino con una perífrasis.

Al autor se le importa un comino lo que Pura dice a Silvia; pero la contestación de ésta lo mortifica mucho. Sin duda, la pobre Silvia, por ser vieja y zonza, ha de serlo tanto como para dejarse insultar por la hermana y no devolverle la pelota.

Bueno: resulta que a Pura se le hace la vida insoportable al lado de Silvia, y decide irse de su casa.

Y es inaguantable de verdad la Silvia. Tiene la casa arreglada con un gusto que crispa los nervios de las personas de sentido estético, tal como Pura.

¿Por qué no se encarga Pura de arreglarla con un poquito más de gusto, dentro de lo que la pobreza les permite? El autor no lo dice. Sin duda, Silvia, que tan condescendiente es cuando se trata de una posible boda para alguna hermana, ha de ser una arpía cuando éstas quieren permitirse cambiar de sitio algún cachivache.

Entre éstos, le cuenta el autor en un altar que ha de ser, por la descripción, como la vidriera de un boliche de turcos, un corazón con "ocho" espadas.

¿Estará seguro de que eran "ocho"?

Porque la devoción a la Virgen de los Dolores es una de las que yo conservo y nunca he visto que se la represente sino con corazones atravesados o por siete espadas o por una sola.

Silvia la majaderea a Pura porque no va a misa, y esta majadería es de las menos perdonables porque, según dice el autor, Silvia no es devota. Va a la iglesia por el buen parecer.

La menor de todas las hermanas, Tota, es mamá de un lindo nene venido al mundo por una simplificación de los trámites corrientes. Se ha suprimido el matrimonio que suele preceder a la natalidad.

Cuando esas desgracias ocurren en una familia donde hay varones, éstos no matan a la parienta en desgracia porque se interponen las mujeres para impedirlo. Con menos de echar a la calle a la desgraciada no se satisface la pudicia irritada de los hermanos y aun del padre.

Silvia no hace nada de eso. Conserva a su lado a la hermana culpable y al sobrino. Pero lo ocurrido la entristece y la avergüenza, y el autor no le perdona ni la tristeza ni la vergüenza.

(Continúa en la siguiente página.)

No sé si él, con una desgracia así ocurrida a una pariente a la que quisiere y en cuya casa viviera, estaría muy orgulloso y con ganas de tocar las castañuelas.

Pura se va de la casa. Consigue empleo de maestra en una estancia. Estando allá le llega, después de un tiempo, la agradable noticia de haberse casado Tota con el individuo de marras.

Vecina a la estancia donde está de maestra Pura, hay otra cuyo dueño es un joven buen mozo, rico, simpático, educado, emprendedor, buen guitarrero y que canta con lindísima voz unos muy lindos estilos criollos.

El resto se adivina solo. El se enamora de Pura, que ha de ser como una estrella caída en la monotonía del campo. Y Pura, sin familia, con tan tristes recuerdos de su pasado, su porvenir tan inseguro, siente más que nunca el vacío de su corazón de veintitrés años, y se enamora del hacendado trovador con el entusiasmo que debemos suponer estaba enamorada cuando aquello.

Desgraciadamente, el hacendado está divorciado de su mujer, en nuestro país, por lo que, si es como soltero en cuanto a que no tiene mujer, es como casado en cuanto a que legalmente no puede conseguírsela.

Pura se confía a Silvia y Silvia le aconseja exactamente lo que usted, lector, le aconsejaría a su hermana en un caso análogo.

Aunque, siendo usted hombre, es probable que no perdiera el tiempo en dar consejos, sino que descalabrase de una paliza a la pobre chica y la secuestrara para no tener nunca usted que avergonzarse por lo que ella hiciera.

Cuando la dueña de la estancia donde está Pura descubre los picos pardos, hace lo mismo que hubiéramos hecho el autor, usted, lector, y yo: la despide: Pero nosotros la hubiésemos despedido con comedimiento, no como lo hace ella que, aparte de no tener educación, es una mujer inhumana.

Pura se dispone en secreto a regresar a Buenos Aires. Va a un bailecito, al que asistirá también el estanciero; pero su único propósito es ver por última vez al hombre amado. Cuando él está cantando, ella sale sin dejarse ver y parte a la estación, a donde llega buen rato antes de la salida del tren.

El hacendado, del que ya sabemos que es hombre resuelto y emprendedor, en cuanto deja de cantar, averigua dónde anda Pura; y, de una galopeada de su lindo pingo, se planta en la estación en el preciso momento en que llega el tren. Salta a un vagón, encuentra a Pura, se le sienta al lado, le conversa y, unas cuantas estaciones después, bajan ambos y se van a un establecimiento que el hacendado tiene por ahí y en el que parece está todo dispuesto para recibir a su dueño con la compañía que lleve.

Hombre prevenido vale por dos.

Ya está para concluir el libro. Cuando en la vida real ocurren casos como los de Tota y Pura, en noventa y nueve casos y medio sobre cien, terminan como lo dice la sentida y exacta observación del gaucho Anastasio:

> Soltar al aire su queja
> será su único consuelo,
> y empapar con llanto el pelo
> del hijo que usted le deja.

El autor, que quiere a las dos menores de Wilson tanto como odia a la mayor, no la casa a Pura como la casó a Tota, porque la ley no se lo permite. Pero hace todo lo que puede en su favor: que el estanciero le sea fiel y la quiera mucho.

Hará bien el estanciero en asegurar el porvenir pecuniario de los hijitos que le vayan naciendo porque, según una ley inicua, las pobres criaturas no podrán heredar nada, por rico que su padre sea, mientras la lagarta con quien tuvo él la desgracia de casarse y que sólo le ha servido para destrozarle su vida, vendrá, a la muerte de él, a alzarse con el santo y la limosna.

Entretanto, ha muerto la segunda de las hermanas, una hermana anodina que desempeña un papel del todo secundario, y la pobre Silvia, aniquilada con este golpe, se refugia al lado de lo que de su familia le queda. El autor nos la presenta al final, en lo de Pura, consagrada por completo al hijito mayor de ésta.

El dueño de casa la mira entre burlón y compasivo, y le dice a Pura:

—...Pienso que cambió a las convenciones sociales toda su vida, por... por nada.

Y Pura, como pretendiendo disculparla, le dice:

—Cállate; en el fondo es buena.

Parecería que este breve diálogo resumiera el pensamiento de la obra, que sería el del autor.

Y él es el que me ha hecho escribir estos largos considerandos.

¿Cree el autor sinceramente que Silvia ha perdido su vida y la han ganado Pura y Tota?

"Las de Wilson".—(Final)

Padre él de una niña, ¿preferiría verla en el caso de Pura o de Tota, madres de cuya maternidad tendrán que avergonzarse mañana los propios hijos, o en el de Silvia, solterona de cuyo celibato ni ella ni los suyos tienen que sonrojarse?

Bien, muy bien están las páginas que inspirándose en el bellísimo ejemplo de Jesús cuando impidió lapidar a la adúltera, nos avisan que no debemos arrojar sobre la mujer caída la primera piedra. Ni la primera ni la última. Los maestros de la virtud nos enseñan a no ensoberbecernos ante el prójimo caído, porque no sabemos si en el caso de él no hubiéramos caído más hondo y si él, en nuestro caso, no se conservaría más enhiesto que nosotros.

Pero no por no tirarle la primera piedra ni la última, vamos a tirarle flores y, sobre todo, no vamos a pintar ante los jóvenes esa caída con colores que los engañen y los induzcan a caer en el mismo precipicio.

Está bien que las compadezcamos a Tota y a Pura y nos alegremos de todo el bien que les ocurra. Pero guardémonos de presentarlas como modelos a las jóvenes.

La maternidad es en toda mujer de buenos sentimientos y de cordura, una aspiración que la enaltece.

Pero la maternidad, no siendo en las especies inferiores, donde sólo es una función de las vísceras, es hecho de tanta o mayor importancia písiquica que física.

Se es madre por el corazón, con el alma, antes de serlo por la sangre.

¡Cuántas jovencitas — no siendo locuelas o tontas a nativitate—han hallado en la pre-idea de la maternidad la mejor salvaguardia de su virtud en los desfallecimientos de las primeras pasiones! Con el pensamiento de no dar motivo para que nunca un hijo pueda avergonzarse de ellas, han encontrado en sí mismas toda la cordura de los años que no tenían, toda la fortaleza de las pruebas porque no habían pasado.

Precisamente, ni las Puras ni las Totas son las que tienen de antemano alma de madres. Menos mal cuando, como en ellas, el alma materna surge junto con la vida del hijo. Que las hay en quienes no surge nunca.

La vida de Silvia no puede presentársele a las jóvenes como vida perdida sólo porque no haya sido madre.

Los pobres huérfanos de las casas de expósitos reciben cariños y cuidados gracias a la abnegación de mujeres que han renunciado a tener hijos propios, precisamente para emplear las ternuras de su corazón en aquellos que no la reciben de los suyos.

¡Cuánta viuda se vuelve a casar desentendiéndose de los hijos del primer matrimonio, confiada en que les servirán de madres las hermanas o cuñadas o las pobres abuelas!

¡Cuánta criatura, de su madre sólo ha recibido la existencia corporal, mientras su corazón y su mente se han formado bajo la benéfica influencia de otras mujeres que velaron por ellas como no hubiese sido capaz de hacerlo la que las llevó en su seno!

Y, por otra parte, es hacerle un mal a las jóvenes sobre las cuales tienen las novelas tanta influencia sugestiva esos casos de faltas redimidas con casamientos a posteriori, no sólo porque en la vida suelen ser poco frecuentes, sino porque por mucha desconfianza que los hombres inspiren a las muchachas, nunca les inspiran tanta como cada hombre desea le merezcan todas las demás a las mujeres de su familia. El lenguaje con que cada uno se dirige a éstas es muy distinto del que gasta con las otras.

Velarde no era un poeta pesimista. Su hermosísimo poema "La desconfianza" es un credo del amor. Lo que no le impidió aconsejar a una amiguita querida:

> El hombre, siempre de malicia lleno,
> busca, como el insecto, una flor pura;
> liba en ella: le deja su veneno
> y acaba con su vida o su ventura.
> Y el mundo entonces, con horrible saña,
> con maldad que a los cielos estremece,
> llama ¡conquistador! al vil que engaña
> y a la inocente víctima escarnece.

Y el festivo Vital Aza, la advertía a otra niña de su relación:

> Mira que el hombre es un tuno
> que aspira del mal al premio.
> Esto te lo dice uno
> que es del gremio.

Impreso en Buenos Aires, en los talleres heliográficos de Ricardo Radaelli, para la Casa Editora Empresa Haynes, Maipú 393.

